

PARA TODOS



N.º 86 (20 mil/311)

HECHO EN CHILE POR

CHILE

\$ 1.00

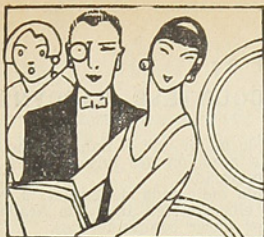


¡UNA HERMOSA BOCA!

¡CUANTAS PROMESAS
PARA EL AMOR!

PASTA

ESMALETTINA



PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL

AÑO IV NUM. 86

Santiago de Chile, 20 de enero de 1931

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag» perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



Las representantes de las veinticuatro naciones en el concurso de belleza de Río de Janeiro

En un salón del diario "A Noite": de izquierda a derecha, sentadas, Misses Antillas (Yvonne Pampellone); Austria (Juggeborg von Grienberger); Hungría (Eva de Szaploneczay); Italia (Mafalda Mariottino); Bélgica (Lily Lendrs); **Brasil Yolanda Pereira**, 1er. premio; Francia (Ivette Labrousse);

las bellezas norteamericanas disfrutaban por este motivo de una considerable ventaja. Ha sido con el objeto de remover este inconveniente, y debido a la iniciativa tomada en París, por M. Maurice de Waleffe, quien había sido desde un principio, el activo animador de esta original competencia, que



Argentina (Cecilia Basavilvaso); España (Elena Plá); Cuba sentadas, Misses Antillas Yvonne Pampellone); Austria (Juggeborg von Grienberger); Chile (Aida López Buendía); Turquía (Mubedjel Namik).

De izquierda a derecha de pie.

Misses Estados Unidos (Beatrice Lee), 3er. premio; Perú (Enriqueta Burgos Avila); Libano (Laila Zoghbi); Yugoslavia (Estefanía Drobayak); Grecia (Alice Diplarakou), 2.º premio; Portugal (Fernanda Gonçalves); 2.º premio; Rumania (Zoița Dona); Bulgaria (Gormka Ychobanova); Inglaterra (Benie Dicks); Rusia (Irene Wentzell); Checoslovaquia (Milada Dostalova); Alemania (Dorrit Nitykovsky).

Faltan en esta fotografía Miss Holanda y Miss Uruguay, por haber estado enfermas.

LA ELECCION DE MISS UNIVERSO 1930.

El simpático torneo que consagra cada año bajo el nombre de Miss Universo a la Reina de la Hermosura del mundo, ha revestido en 1930, un nuevo carácter. Hasta ahora se desenvolvía en la playa mundana de Gálveston, en Texas. Cada nación estaba representada por su "Reina", pero los Estados Unidos tenían el singular privilegio de poner en línea una concurrente para cada uno de los cuarenta y ocho Estados federales. Sea como hubiese sido la imparcialidad del jurado,

las condiciones han sido este año, profundamente modificadas.

No ha sido esta vez en Gálveston, sino en Río de Janeiro, la capital del Brasil, en donde el torneo se ha realizado con la presentación de veinticuatro concurrentes solamente, no habiendo tenido los Estados Unidos, derecho, como los demás países, sino a una sola.

Aparte de esto el jurado ha sido internacional, y compuesto de pintores, de escultores, de hombres de letras y de periodistas, y se componía de once miembros, de los cuales dos eran brasileños, dos portugueses, dos franceses, un italiano, un alemán, un español, un argentino, y un norteamericano. Estaba presidido por el Conde de Pereira Carneiro, presidente de la Asociación Comercial de Río de Janeiro. Los dos miembros franceses, fueron M. Petrus Verdier, pintor, profesor en la Escuela de Bellas Artes, y M. Maurice de Waleffe, el eminente periodista parisiense, secretario del sindicato de la prensa latina.

El concurso se llevó a cabo el 7 de septiembre en el rascacielos del gran diario "A Noite", presentándose las concurrentes en traje de tarde, habiendo los organizadores excluido en esta ocasión, la malla de baño, por considerar exagerado, el presentarse en esa tan sencilla forma. El primer

(Continúa en la página 25).

DOS ARTISTAS

Por
COUNTESS BARCYNKA

De común acuerdo los esposos Marjorams dejaron la pieza que quedaba entre sus dos estudios como terreno neutral. Si acaso, Emilia, como pensaba Santiago, quería discutir mucho o enojarse, él sencillamente, cerraba la puerta de comunicación y asunto concluido. Lo cierto era que no estaba tampoco muy seguro de él mismo; a veces, convenía en que no se había portado muy bien.

—No encuentro nada que reprocharte, dijo un día Santiago, a su mujer, sólo tu crítica exagerada que me deja incapaz de trabajar.

—¿Mi crítica? y ¿qué me dices tú cuando has hecho pedazos mi gloria?

—¡Oh!... tu gloria... Le das demasiada importancia a eso. Mejor será que no hablemos más.

—Me opongo, dijo ella. Yo hice célebre mi nombre antes que el tuyo. Parece que te olvidas de que soy una famosa retratista.

—Admito algo de eso, contestó Santiago en un tono despreciativo, cualquier persona que nace con títulos superfluos puede instalar un estudio, ponerse delante de pintor y sacarle plata al público.

—¡Ah!... ¿estás celoso?... Y todo porque tú vas para abajo con tus pinturas.

Esta verdad hirió a Santiago medio a medio. Era cierto, últimamente sus trabajos se vendían muy poco.

—Bueno, esto se termina, declaró él, llegamos a la separación de nuestros caminos.

—De artistas supongo, corrigió Emilia. Sin embargo, si tú insistes... nunca he hecho mi equipaje desde que llegamos de la luna de miel.

Emilia empaquetó sus cosas, su caja de pinturas, paleta, pinceles, delanteles y se fué muy digna y altiva. Santiago creyó verla llorando, arrepentida, tal vez humillada, entonces quizás; pero su independencia y dominio de sí misma, helaron su corazón. Sabía que se iría donde su tía favorita, una de las señoras con título a quien él se refería irónico, de modo que por ese lado se quedó tranquilo.

Estas cosas sucedieron en vísperas de Navidad. Santiago afiebrado e inquieto, se dedicó a terminar su pintura para la Academia; un estudio de una linda muchacha mirando una redoma con peccecitos colorados, cerca de la chimenea. No se sentía con ánimos de trabajar y le echó la culpa a Emilia por haberlo abandonado.

En el día se sentía flojo, en las tardes sentimental. Se le ocurrió cambiar de idea y pintar para la Academia un retrato de su mujer. Algo muy al fondo de su corazón le decía que si lo pintaba bien podía tener un éxito maravilloso y quizás hacer que ella volviera de nuevo arrepentida.

Pero en la mañana los sentimientos eran de otra calidad. Su café le parecía agua sucia, los riñones pedazos de piedra. No estaba allí Emilia para llevarse la responsabilidad; pero de todos modos se llevaba el enojo.

En este terrible estado de ánimo comenzó el retrato. La expresión del rostro le quedó demasiado dulce y atrayente; ¿para qué la idealizaba?... Emilia, a quien no le importaba que el café de su marido estuviera caliente o frío y que los riñones estuvieran sin cocinar, no; Emilia no merecía una expresión así.

¿Por qué, se preguntó, iba a pintar una santa cuando el original era un demonio?... Pintarla tal como era, con todos sus defectos, sería un triunfo para él. Demostraría sus cualidades de retratista; también Emilia se vería como otros la veían o al menos como la veía su marido después que se había tomado el desayuno.

Trabajó todo enero y febrero utilizando retratos y estudios de su mujer ya que no tenía el verdadero modelo. Como

pintura estaba bien, tal vez lo mejor que él había hecho. Estaba seguro que llamaría la atención del jurado y así fué, pues quedó entre las obras premiadas.

Todo ese tiempo no había oído nada de Emilia; a veces pensaba si habría mandado ella también algo a la Academia y deseaba que sí, para poder hacer comparaciones.

Emilia había enviado un trabajo a la Academia, una bonita composición que mereció el honor de que la colocaran en un sitio prominente. Ella, al asistir a la apertura privada de las obras premiadas, creyó encontrar a Santiago. Por casualidad era su cumpleaños, y esa mañana había recibido un lindo anillo con una rosa esmaltada. El regalo era anónimo; pero ella supo que provenía de Santiago.

Se fué a la Academia muy temprano llevando una caja de pintura para dar un último retoque a su cuadro.

Muy pocos artistas habían llegado y, todos ellos estaban completamente dedicados a su trabajo.

Emilia encontró que su pintura estaba bien, que no necesitaba nada; entonces se fué a ver la obra de Santiago.

Desde que no lo veía, su resentimiento se había enfriado. Echaba de menos la vida del estudio, el trabajo en común; se aburría de la vida de sociedad a la que había vuelto; en una palabra echaba de menos a Santiago. Encontraba que podía haberle tolerado más sus faltas y defectos.

Entró a la sala N.º 7 y se encontró con un retrato, su retrato. ¿Era posible que ella fuera así?... ¿Con esos labios tan estirados, con esos ojos tan fríos?... Ese era el retrato de una mujer muy enojada y sintió la vergüenza de haber sido así con su marido, ya que como artista tuvo que reconocer que la seme-

janza era perfecta. De pronto se rió. El sentido humorístico latente en ella le sugirió una idea estúpida. Eso podía arreglarse fácilmente. Un toque en los ojos, una pincelada, una no más en los labios. Había que retocar ese retrato como las mujeres retocan su propio rostro.

Miró a su alrededor. Nadie. Abrió su caja y comenzó. Trabajó por media hora, y su audacia llegó hasta pintar en su mano izquierda dos anillos que no tenía.

Santiago, que junto con recibir el anuncio de su obra premiada recibió un pedido de afuera para un retrato, se había ausentado y sólo regresó el día de la apertura oficial de la Exposición.

Vió en el catálogo que le correspondía la sala N.º 7 y allí se fué. ¿Qué pensaría Emilia cuando viera aquello?... ¡Su retrato!... Esperó que un grupo de críticos se retirara y entonces se acercó. Primero una ola de calor y luego un frío... Era su retrato de Emilia; pero todo el enojo y austeridad habían desaparecido. Ahí había una Emilia encantadora con los ojos y los labios sonrientes como en los días de su feliz matrimonio. ¡El no había pintado eso!...

El anillo que Emilia no usaba hacia tiempo... y, además, ese otro, la rosa esmaltada... su regalo para el cumpleaños!... Se sintió mal. La sala se llenaba de pronto, un murmullo entre la multitud y Emilia entró triunfante y gozosa. Se veía encantadora, elegante, feliz.

—¿Qué hay Santiago, exclamó, vienes a ver mi pintura? —Aún no, contestó él, vengo de ver la mía. ¿La has visto tú? —No; desde el día que se abrió el salón para los premiados; a propósito gracias por el lindo anillo que me mandaste.

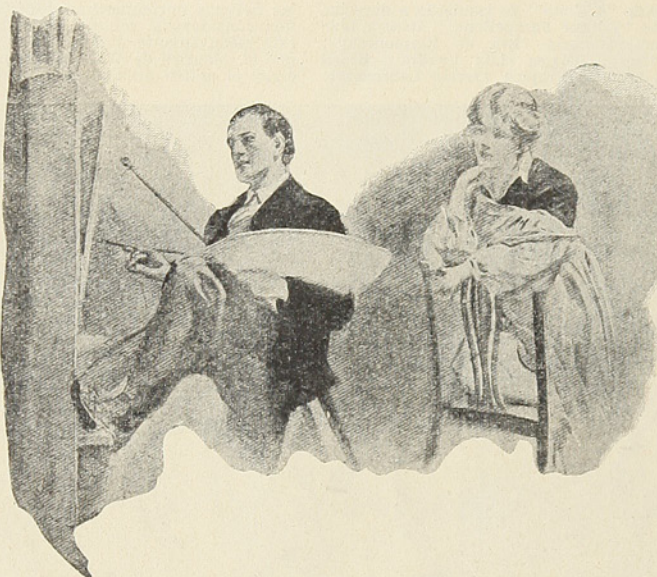
—¡Ah!... no hay por qué, ¿sabes que está en el retrato? Una sonrisa curvó los labios de Emilia.

—Vamos a verlo, dijo.

—Dices que tú viste mi retrato, siguió Santiago, el otro día, ¿estuviste sola aquí?

—Sí más o menos media hora.

—¿Fuiste tú?... (Continúa en la página 27).



LA MODA EN HOLLYWOOD: OPINA DOROTHY MACKALL

Me agrada extraordinariamente la moda de la falda larga. Puede, naturalmente, decirse mucho en favor de la falda corta, sobre todo en lo que se refiere a la sensación deliciosa de soltura y libertad que proporciona. Creo, sin embargo, expresar la opinión de la mayoría de las mujeres al afirmar que la moda de los vestidos largos habrá de reinar aquí durante largo tiempo. Cuando se ha experimentado una vez la elegancia, la gracia acentuada y la suavidad de líneas que brinda, no se prescinde fácilmente de ella. La mujer moderna se ha dado cuenta exacta de que así ocurre, y al apreciarlo, en consecuencia, lo aprovecha en beneficio de su tipo individual. La suavidad de línea necesita, asimismo, de un cierto equilibrio que venía faltando hasta ahora en los vestidos de falda libre y suelta, y la mujer que muestra equilibrio en su «toilette» resulta siempre atractiva.

Por lo que hace a la reacción que los vestidos largos producen, entiendo que no necesito siquiera decir que lo que está parcialmente oculto es siempre más seductor que lo que se expone francamente a la vista. Opino, pues, que los vestidos largos habrán de intrigar más a los hombres que los de falda corta, por la sencilla razón de que ponen en juego la imaginación masculina.

Aunque la falda corta volverá, probablemente, más pronto o más tarde, mi opinión y la de mis amigos de Hollywood es esta: la moda de la falda larga durará aquí algún tiempo.



Petición de mano

Por **FREDERIC BOUTET**

Teresa.—¿Qué hermanita? ¿Has terminado ya de instalarte en tu nuevo domicilio? ¿No te parece demasiado chico, después de tu gran casa de provincia?

Magda.—¡Oh! Ya sabes, Teresa, que hemos tenido tantos trastornos y fastidios en nuestra casa desde que murió el pobre Edmundo, que Claudina y yo le hemos dejado casi con satisfacción. Mi vida, al fin y al cabo, ya no tiene objeto... Pero mi pequeña Claudina... Acaba de cumplir diez y nueve años, es orgullosa... Al partir me dijo: "Mamá, esto es un alivio". Nuestro departamento le agrada mucho. Y te agradezco nuevamente, Teresa, que te hayas preocupado por encontrarnos un refugio tan lindo y tan conveniente...

Teresa.—¡Oh! Vuelvo a repetirte que hay que agradecerlo especialmente a mi marido.

Magda.—Os lo agradezco a los dos, a ti y a tu marido. Habéis sido tan buenos y afectuosos con nosotras!

Teresa.—Pero, Magdalena, ¿vale la pena tener una hermana para no amarla?

Magda.—¡Tienes razón, Teresa! Siempre nos hemos querido mucho...

(Las dos hermanas se besan. Se parecen. Ambas son altas y rubias. Pero el rubio de Magda principia a palidecer, y su rostro sin afeites, su luto, su expresión grave, no la rejuvenecen. En cambio, Teresa, gracias a los artificios de los cuidados de belleza, y aunque mayor que su hermana, parece mucho más joven.)

Teresa. (Mientras oprime el botón de una campanilla eléctrica).—Tomaremos el té y podremos seguir charlando. (En el gabinete donde ha recibido a su hermana, entra una muchacha con el servicio de té). Entonces, tu hija.

Magda.—Sí, Teresa. El único interés actual de mi vida es la felicidad de Claudina. Es necesario que encuentre un

Magda.—¡Oh, Teresa! Tú también has sido fiel...

Teresa.—No ha sido ningún gran mérito, en mi. Yo me casé con el hombre más encantador del mundo, pero eso dura todavía... que jamás ha pensado más que en colmarme de todos los bienes de Dios, que me ha proporcionado una vida brillante, perfecta...

Magda. (Suspirando).—Esa es la vida que yo ambiciono para mi Claudina...

Teresa.—Y cuentas conmigo para encontrar el ave fénix... Escucha: haré todo lo que pueda. Concurrirás con tu hija a todas mis recepciones, a todas mis comidas cuando haya algún invitado. No protestes. Tu luto ha terminado ya hace bastante tiempo. Y ahora permíteme una observación: para lograr nuestro objeto, es necesario que cambiéis un poco de actitud y de aspecto, tú y Claudina... tú especialmente. Basta de vestidos severos como los que usas actualmente, basta de gravedad, basta de reserva... Debes descartar esa austeridad provinciana que te envejece...

Magda.—Pero, vamos, Teresa: ¿crees tú que yo...?

Teresa.—Tú te ciernes sobre Claudina, le das sombra; y eso hay que evitarlo... Claudina es bonita; realízala y no la envejecerás al envejecerte tú prematuramente... Ese es tu primer deber, Magda. Cuando ella esté casada, volverás a tu sombra si eso te place. Entretanto, sigue mis consejos...

(No sin cierta violencia, Magda Lecordier se cide a seguir los consejos de Teresa Larcher, en



marido digno de ella, que la haga feliz. Ahora bien, después de la catástrofe financiera que alcanzó al pobre Edmundo y que causó su muerte, nuestros recursos son bastante escasos, tú lo sabes. Todos los acreedores han sido pagados, pero nos queda poco dinero, y sin la pensión vitalicia que me ha dejado mi madrina, difícilmente podríamos vivir... No olvido, Teresa, que me has ofrecido generosamente tu ayuda, pero no quiero... es decir, sí; quiero que me ayudes a casar a Claudina... Aquí en París, donde no tengo relaciones donde estoy sin apoyo, no sé cómo podría arreglarme si no fuera por ti...

Teresa.—Tu hija es preciosa, tan bella como tú a su edad. Eso facilitará mucho las cosas...

Magda.—Tal vez. Pero allá en nuestra provincia te aseguro que no hay pretendientes para una joven sin dote, por linda que sea. Hablo, desde luego, de pretendientes que convengan. Claudina siente la atracción del lujo. ¡La hemos mimado tanto... Tengo miedo de que le asuste nuestra mediocridad actual... Es independiente, moderna. Ello no quiere decir que no me sienta orgullosa de la educación que su padre y yo le hemos dado... (Pausa). Entonces, cuento contigo. Es necesario que me aconsejes, que me ayudes. Me falta experiencia de la vida parisiense. Me siento como perdida...

Teresa.—Tu marido era un hombre chapado a la antigua, él decía: "la mujer en su casa..." Y tú te sometías, sin discusión y sin desalicateamientos. Eras la perfecta mujer hacendosa, sumisa, abnegada, fiel...

quien tiene toda confianza. Poco a poco modifica su actitud y su aspecto, lo que la rejuvenece sensiblemente. Tal vez experimenta con ello un placer inconfesado, pero todas sus facultades están concentradas en el matrimonio de su hija. Claudina muy bella, muy inteligente y de amable carácter, obtiene gran éxito en sociedad y ya ha iniciado muchos flirts encerrados, naturalmente, dentro de los límites de la corrección. Pero ningún pretendiente se ha presentado todavía con intenciones concretas. Cinco o seis parecen posibles, y ninguno se ha declarado aún. Magda Lecordier se siente un poco apenada. Después de tres o cuatro meses, comunica su decepción a su hermana.

Magda.—Dime, Teresa: ¿es que los jóvenes de hoy se sienten verdaderamente avidos de dinero? ¿Cómo es posible que una niña como Claudina no pueda encontrar un hombre bien intencionado por falta de dote?

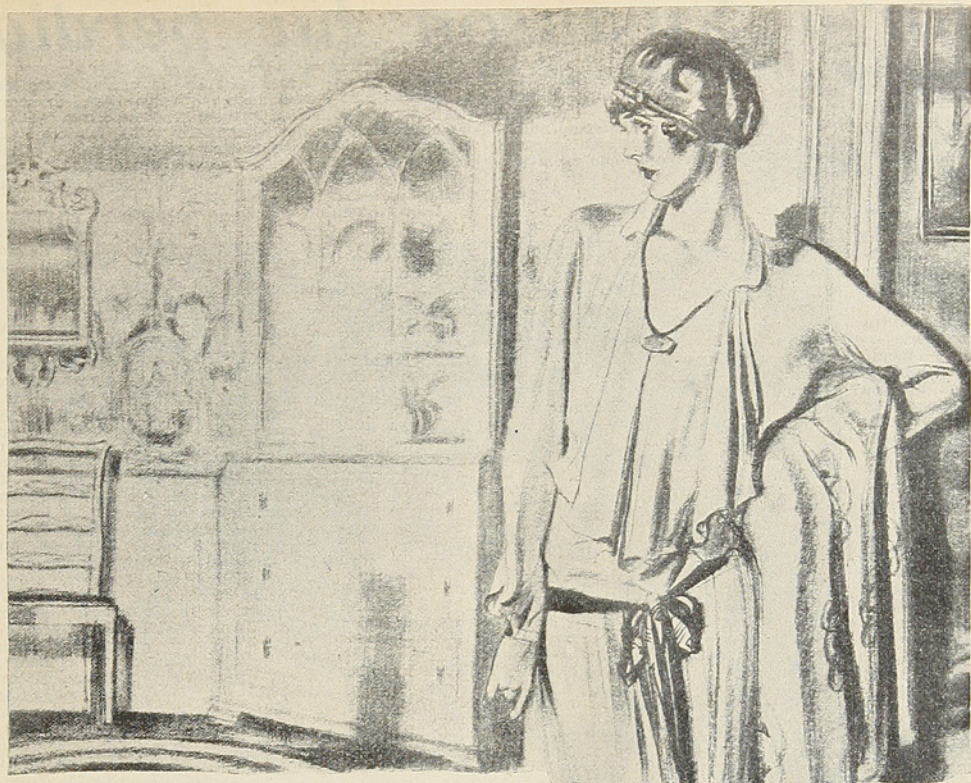
Teresa.—Hermanita, justamente iba a anunciarte una visita... Desde luego, no se trata de un hombre joven... El señor Frilav me ha preguntado si podía permitirse visitarte...

Magda.—¿El señor Frilav?... ¡Pero si es un viejo, Teresa!

Teresa.—No es joven, ciertamente. Pero es un hombre cortés, amable, inteligente, muy rico, que mi marido y yo tratamos desde hace varios años, que tú misma conoces perfectamente...

Magda.—¿Y quiere casarse con Claudina?

Teresa.—Me ha preguntado si podía hacerte una visita. Yo le he dicho que tú lo recibirías mañana.



Magda.—¡Ah, no, Teresa!... Es decir, si a ti te parece, lo recibiré... Le diré que... buscaré cualquier excusa, ¿verdad?... Pero no pienso avisar para nada a Claudina... ¿Consentiría, ella?... Yo, francamente, me opongo... Es un caballero, no lo discuto, pero demasiado viejo para mi hija... Claro que los jóvenes de hoy día...

(Al día siguiente. El señor Frilay, 48 años, hombre apuesto que tiene el buen gusto de no disimular su edad, se presenta en casa de Magda Lecordier. Magda ha alejado a su hija y le recibe muy agitada.)

Frilay (Con amable desenvoltura). Señora, el motivo que me induce a visitarla es para mí de una importancia excepcional... Tengo la aprobación de su hermana y de su cuñado... Si mis palabras reciben también de usted una acogida favorable, me consideraré un hombre dichoso...

Magda.—Señor Frilay, ya sé de que se trata.

Frilay.—Entonces me evita el tenerle que explicar con detalle el motivo de esta entrevista...

Pero la primera persona a quien debe consultarse es mi hija Claudina.

Magda (Cada vez más turbada).

Frilay (Asombrado).—¿Qué dice?

Magda.—Usted comprenderá que en un asunto tan delicado nada debo hacer sin consultar con ella.

Frilay (Sin salir de su asombro).—¿Cómo, señora? ¿Necesita usted consultar a su hija antes de ser mi esposa?...

Magda.—¿Eh?... ¿Qué dice?...

Frilay.—Lo repito: que vengo dispuesto a hacerla mi esposa.

Magda.—¿Su esposa?... ¿He comprendido bien?

Frilay.—Pero, ¿cómo?... ¿No sabía nada?

Magda.—Ignoraba en absoluto que usted venía a mí con ese objeto...

Frilay.—¡Oh! Entonces, ¿nada le había dicho su hermana?

Magda.—¡Nada absolutamente!...

Frilay.—¿Y cómo ha podido usted suponer?... ¡Yo, pensar yo en casarme con una niña!

Magda.—¿Por qué no?

Frilay.—Pero, señora, si yo ya he cumplido los cuarenta y ocho años.

Magda. — Otras parejas he conocido con mayor desproporción de edades...

Frilay.—¡No, de ninguna manera! Lejos de mi tal idea. No soy de los que tratan de forzar a la naturaleza y se arriesgan en aventuras semejantes.

Magda.—¡No diga eso!...

Frilay.—Sí. La naturaleza castiga siempre a los osados que van contra sus leyes sabias. Una vida en su ocaso, ¿cómo puede unirse por el amor a un alma joven, en plena primavera? La felicidad no puede existir en esas uniones disparatadas, créame señora. La juventud busca por compañera a la juventud. Y aunque parezca que algunos jóvenes de hoy prefieren al hombre maduro, no es precisamente

por sincero impulso de sus almas: es que transigen con unos años más en el candidato a sus manos a cambio de una mayor independencia moral y económica de éste, pues que el hombre demasiado joven, aún no ha afirmado su porvenir y, aunque sea rico, todavía no ha conseguido la conveniente emancipación de su familia.

(El prosigue con galantería respetuosa y familiar. Magda Lecordier, en medio de su estupor, a pesar de la sorpresa, se siente dominada por un sentimiento imperioso: una alegría emocionada, una alegría vanidosa, jamás experimentada hasta entonces en su existencia monótona. Ella ha vuelto, pues, a ser bella y deseable. La aman. Este hombre inteligente, expe-

(Continúa en la página 25).

Gloria Swanson ha perdido

La divertida comedia de costumbres que trasladada a la escena podría ser la histórica lucha enpenada entre Gloria Swanson — obstinada en seguir siendo marquesa — y Constance Bennett — deseosa de añadir a su condición de millonaria un auténtico título de nobleza — parece que toca a su fin. Antes de contar el argumento empezaremos, como es de rigor, por presentar los personajes.

E L

¿Quién conocía el año 1924 al ciudadano Jacques Henri Bailly y de la Falaise de la Coudraye? Era uno de tantos nobles arruinados — verdaderamente abundantes en la republicana Francia — que para sostener con mediano brillo el prestigio de sus títulos, había buscado ocupación remuneradora en una editora cinematográfica.

A ésta llegó un buen día Gloria Swanson, estrella rutilante del cine americano, contratada para ser la protagonista de "Madame Sans Gêne" que necesitaba naturalmente, un acompañante distinguido que la sirviera de intérprete y escolta en sus andanzas por París. Delicada misión que fué inmediatamente confiada al joven marqués de la Falaise de la Coudraye, suponiendo, acertadamente, que su elegancia y su título habían de halagar a la encantadora ex bañista de Mack Sennett.

Aquel día el noble francés avanzó prodigiosamente en su carrera: el mundo del cine había trabado conocimiento con su ilustre persona, aunque sin llegar a sospechar la enorme importancia que debía alcanzar aquel otro día del mes de enero de 1925, cuando en la "mairie" del distrito dieciséis de París aceptó por esposa a Gloria Swanson, teniendo por testigos a Leonce Perret y André Daven.

E L L A

Poco nuevo podía decirse, en cambio, de la esposa. Nadie — medianamente aficionado al cine — ignoraba ya entonces que Gloria Swanson, nacida en Chicago el 27 de mayo de 1897 — versión oficial — casó el 20 de febrero de 1916 con el conocidísimo "traidor" Wallace Beery; después — el 22 de diciembre de 1919 — con el capitalista Herbert Sonborn y que tenía una hija de su segundo matrimonio. Nadie ignoraba tampoco que durante sus dos anteriores desafortunados matrimonios la eminente actriz había conservado orgullosamente — en público y en privado — su nombre de soltera que el cine hizo famoso.

En su tercera etapa matrimonial cambió completamente de táctica. Aun conservando en los carteles, por comprensibles razones financieras, su nombre propio, lucía en todas las ocasiones posibles aquel pomposo y recién adquirido título de marquesa que hacía palidecer de envidia a sus queridas compañeras millonarias esposas o divorciadas de millonarios plebeyos. ¡Tener en Hollywood algo incopiable! ¡Qué sueño, qué divino sueño felizmente realizado!

Gloria Swanson era la única marquesa de Hollywood y lucharía hasta el último extremo para no dejar de serlo.

Y LA OTRA.

Tan olvidadas estaban sus primeras actuaciones cinematográficas, que al reaparecer su rostro en la pantalla, Constance Bennett, era, para el público, una actriz nueva. Su historia — oportunamente recordada por las revistas profesionales — aunque corta en años, es pródiga en aventuras.

La rubia, esbelta y elegantísima Constance, que gasta anualmente doscientos cincuenta mil dólares en su guardarropa, y tiene casa abierta en París, en Niza, y en los Angeles, nació el 22 de octubre de 1905, en Nueva York, mostrando, desde niña, afición al lujo y a las aventuras extraordinarias. Apenas cumplidos los dieciséis años, encontrando demasiado monótona la existencia conventual del colegio, decidió escapar de allí en la grata compañía de un amigo poco más viejo que ella.

Este pequeño escándalo llevó hacia ella la atención de un director cinematográfico que la hizo debutar en el film "Citiera". Tres años después — el 3 de noviembre de 1925 — Constance Bennett, abandona su carrera cinematográfica para unir su destino al de Phil Morgan Plant, joven millonario, pariente del conocido banquero igualmente millonario Morgan. Siguió a un año de vida matrimonial en Europa, un ruidoso divorcio en París y el consiguiente regreso a Hollywood — con un hijo y varios millones de "limony" — para reanudar su interrumpida ascensión en el horizonte cinematográfico e inmediatamente se inicia la tragicomedia.

PRIMER ACTO.

El día 18 de septiembre de 1929 el joven marqués de la Falaise de Coudraye abandona Hollywood con rumbo a la dulce Francia. Nada tenía esto de extraño por ser costumbre suya el visitar anualmente su patria; pero quiso la "casualidad" que coincidiera en el mismo barco la distinguidísima Constance — de quien había sido constante y rendido caballero en la última temporada — también en viaje de vacacio-



La primera marquesa de Hollywood, Gloria Swanson, que ha perdido su marquesado por que su esposo, el inconstante marqués de la Falaise de la Coudraye, ama ahora a otra artista: Constance Bennett

su corona de marquesa

nes, y pocas semanas después ambos descendían juntos de un expreso en la suntuosa estación Bahnhof Zoo de Berlín.

No tardó mucho la noticia en llegar a Hollywood, y al conocerla, Gloria Swanson sintió vacilar por primera vez su cabecita ambiciosa la brillante corona tan tenazmente defendida.

Hace unos meses, al llegar el marqués a Hollywood — la bella Constance le había precedido, — los reporteros se precipitaron a su encuentro en demanda de noticias de su inminente divorcio.

Henri de la Falaise sonrió galante y aristocráticamente. — Pregunten a la marquesa que podrá, si quiere, comunicarme algo interesante. Yo nada he de decir.

Pero Gloria Swanson, dominada por una emoción que no sabía ocultar, se limitó a responder:

— A pesar de todo, seguiremos siendo buenos amigos.

Poco después el marqués de la Falaise de la Coudraye firmaba como "representante personal" de Constance Bennett un contrato con la casa Pathé y casi simultáneamente presentó Gloria Swanson, en el juzgado de Los Angeles, una demanda de divorcio. Se funda éste en abandono, por parte del marido, del domicilio conyugal.

TERCER ACTO.

Interrogados nuevamente por los indiscretos periodistas, dijo el marqués:

— Las cosas marchan demasiado de prisa en Hollywood para que pueda perdurar un matrimonio feliz. Aún no he pensado en volver a casarme.

Y la ya casi ex-marquesa, repitió sonriendo:

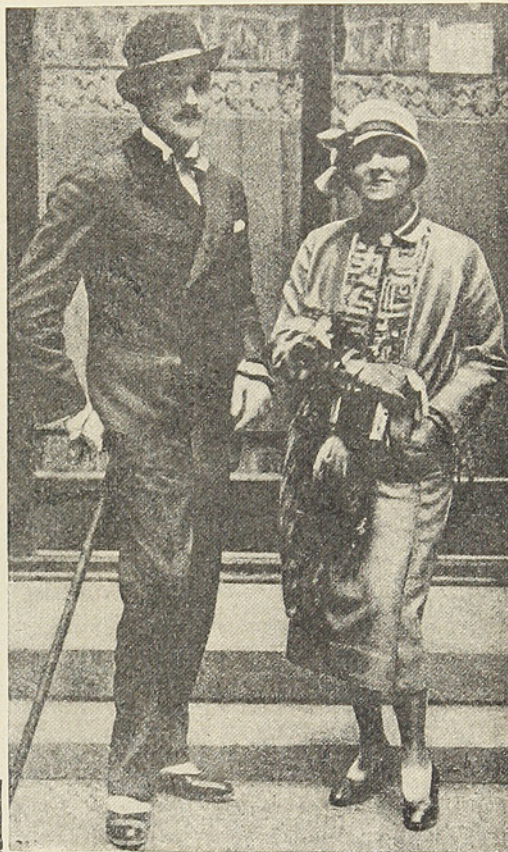
— A pesar de todo, seguiremos siendo buenos amigos.

AMPARO VERARDINI.

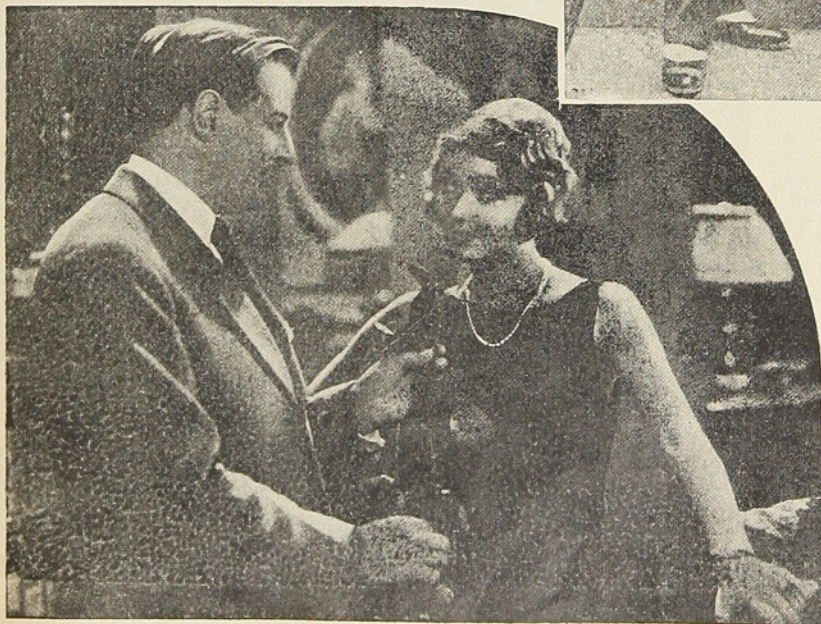
Curiosidades

La cúpula de la iglesia-catedral de la Seo, de Saragoza, fué mandada construir por el llamado antipapa Luna, el cual, para nacer ostensibles y patentes sus derechos, le dió la forma de tiara pontificia.

En todos los restaurantes chinos establecidos en San Francisco, Hong-Kong, Shangai y en otros puntos del Asia y América se entra al salón comedor pasando por la cocina, con objeto, sin duda, de que se aprecie así su pulcritud y limpieza.



Gloria Swanson con el marqués,
el día de su matrimonio



La rubia, esbelta y elegantísima
Constance Bennett, rival victo-
riosa de Gloria Swanson, a quien
acaba de arrebatárle el marido
y la corona de marquesa. En la
fotografía aparece recibiendo del
director de películas Edward H.
Griffith, una rosa, al iniciarse
el rodaje de «Gente rica».

El grave síntoma de las citas fracasadas

Días pasados viajaba yo en el tren, sentado frente a dos chicas. Iban ellas conversando y, contra mi voluntad, me enteré de lo que decían.

—No puedo comprender por qué Jorge ha cambiado tanto últimamente— decía una de ellas, una rubia muy bonita. —En la época en que lo conocí, acudía a nuestras citas puntualmente; pero ahora cada vez llega más tarde y la semana pasada cometió la imprudencia de faltar, teniéndome esperando toda la mañana sin avisarme. Cuando le telefoné para pedirle explicaciones, me contestó que estaba tan ocupado que se había olvidado por completo de que teníamos que vernos. Y al día siguiente llegó media hora más tarde de la convenida. Supongo que, efectivamente, tendrá mucho que hacer; pero sería bueno que no me descuidara tanto, ¿verdad?

Tenia razón la linda rubia al hacer esta observación final. Su novio bien podía estar muy ocupado con sus quehaceres; pero, si realmente hubiera tenido interés en verla y en estar a su lado, hubiera encontrado el medio de hacerlo en cualquier forma. Cuando un hombre quiere de verdad, siempre consigue hacer un lugarcito en sus diarias ocupaciones para ir a reunirse con la mujer objeto de su amor. Y aun admitiendo que alguna causa de fuerza mayor lo retiene contra su voluntad, eso no suele ocurrir dos veces seguidas.

Pero si los hombres empiezan a llegar tarde a las citas o, lo que resulta peor, a faltar a ellas, es porque comienzan a olvidar. Esto parecerá brutal, dicho en esa forma, pero es la pura verdad.

PLANTEAR FRANCAMENTE LA CUESTION

Hay criaturas de espíritu simple que, cuando quieren obtener una cosa, se encaminan rectamente hacia ella. Ahora bien: la idea de que un hombre puede ser lo suficientemente tímido como para ocultar sus sentimientos, no pasa de ser una fábula. Hasta el más temeroso de los hombres vacila un poco cuando tiene que declarar su cariño a una mujer. Lo mismo ocurre con las citas. Si quieren acudir a ellas, lo harán en cualquier forma que sea.

El hecho de que no procedan así significa que, más tarde o más temprano, van a buscar un pretexto valedero o no para dar por terminado el noviazgo. Y en vuestro interés entonces, mis buenas amigas, está el prevenir semejante contingencia antes de que se produzca.

La chica de mi referencia, por ejemplo, debería apersonarse a su Jorge y plantearle francamente la cuestión: decirle que no está dispuesta a permitir que siga desatendiéndola en semejante forma. El protestará un poco al oír esos reproches, pero finalmente terminará por quedar, en el fondo de su corazón, agradecido de que la crisis se produzca. Si todavía sigue queriendo a su novia y sus retardos y ausencias se deben nada más que a exceso de preocupaciones, tratará de enmendarse y no repetirlas. Pero si, en el peor de los casos, resulta que comienza a olvidarse de ella, con decirle "adiós" todo queda arreglado. El amor no admite imposiciones y, cuando está muriendo, no puede ser obligado a vivir. Es preferible matarlo

del todo antes que sufrir las dolorosas consecuencias de la incertidumbre.

Tal vez penséis que estoy equivocada; que es preferible mantener la ilusión de un amor el mayor tiempo que se pueda. Pero, si tal hacéis, cometeréis un lamentable error. Tarde o temprano el rompimiento vendrá; y mientras más se prolongue el sueño, pero resultará el despertar. ¡No esperad hasta que la ilusión se caiga en pedazos, porque entonces nuestro dolor será mucho más grande!

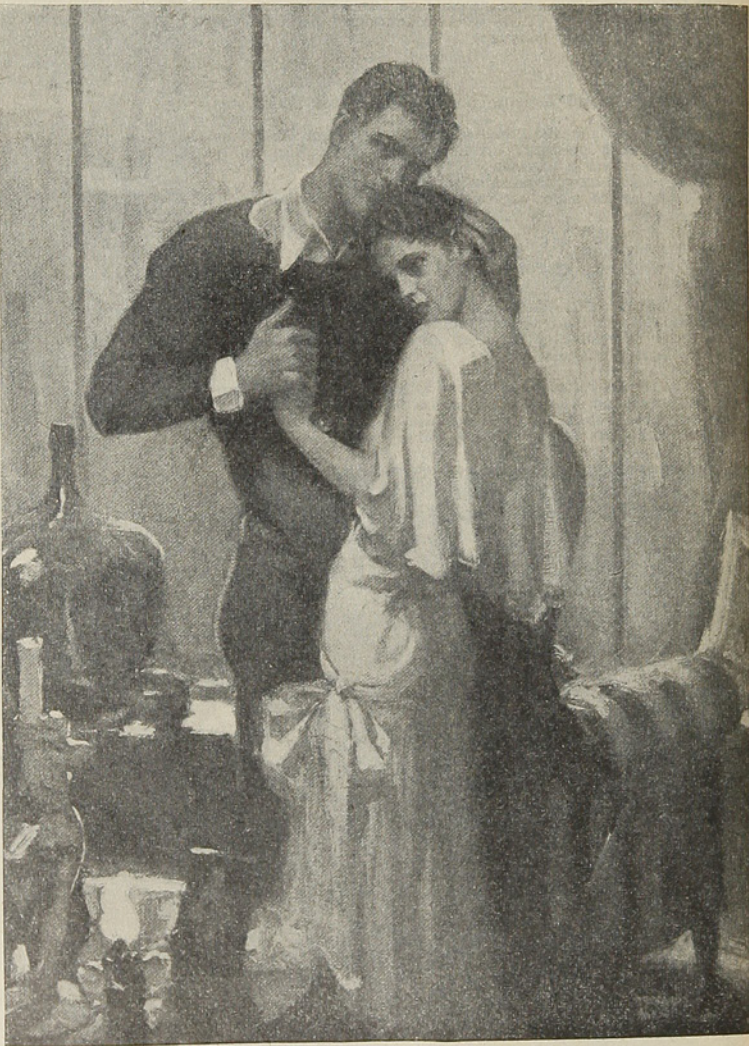
¿Creéis acaso que, si llegarais a casaros con un hombre así, vuestro matrimonio sería feliz? De ninguna manera. Aun en los casos en que el amor existe todavía, muchos enlaces han re-

sultado terribles fracasos. ¿Qué ocurriría, pues, si uniérais vuestras vidas a la de un ser cuyo amor ha comenzado a entibiarse de larga data atrás?

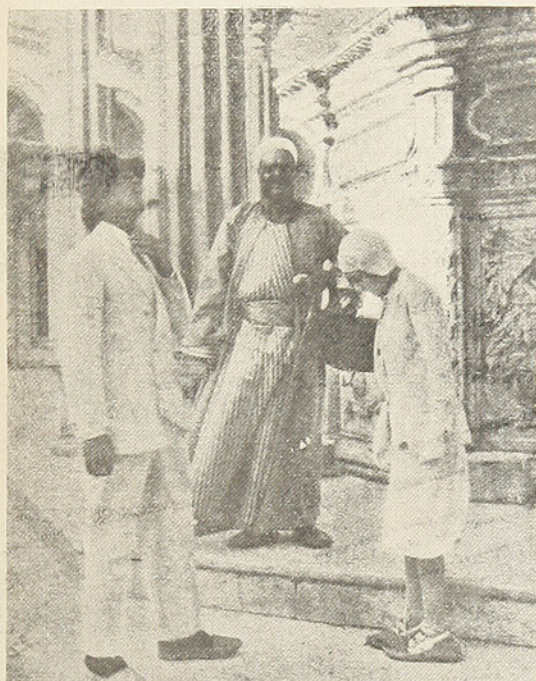
Por eso es que debe prestarse mucha atención a las pequeñas desviaciones del novio, ya que ellas indican las futuras tendencias del marido. Y las citas fracasadas constituyen, a este respecto, un síntoma por demás elocuente; revelan en el hombre que falta o que llega tarde a ellas, un desamor que no anuncia nada bueno para el porvenir.

Y ya dice el sabio refrán que "es mejor prevenir que curar"...

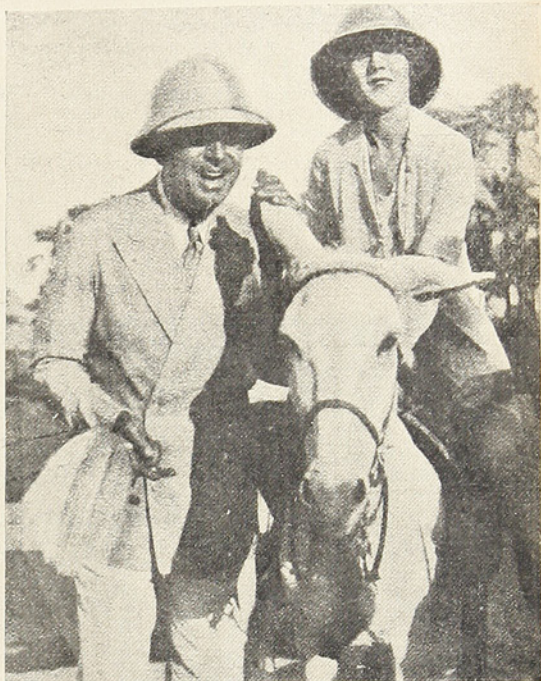
BERTA RUCK STANFORD.



Mary Pickford y Douglas Fairbanks en Egipto



Visitando una mezquita en El Cairo

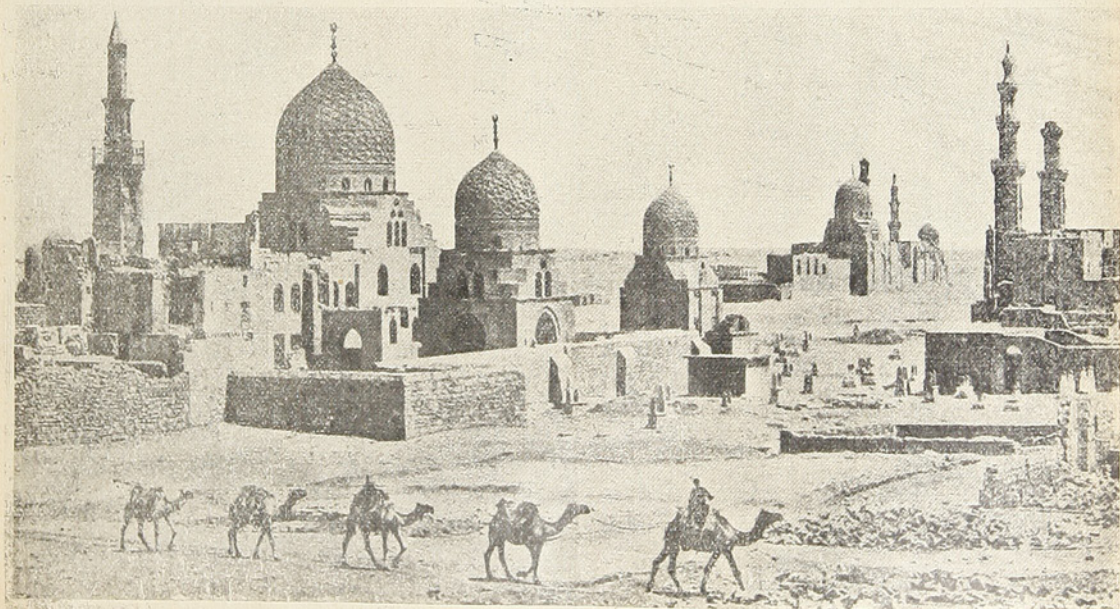


Douglas juega con el vehículo que transporta a Mary

En el Cairo uno siente toda la atracción del Este, pero la capital es un cruce de calles donde se encuentran diferentes tipos. Sus restos del arte copto, las mezquitas mahometanas y la arquitectura moderna, son un marco adecuado para los viejos monumentos egipcios. En Luxor, el viajero se siente

en el Egipto de los Faraones; pueden verse los “fellaheen”, que es como se llama a los labriegos, que viven exactamente como vivían sus antecesores, hace miles de años. Al navegar a lo largo de los canales que conducen el agua del Nilo a los dis-

(Continúa en la página 17).



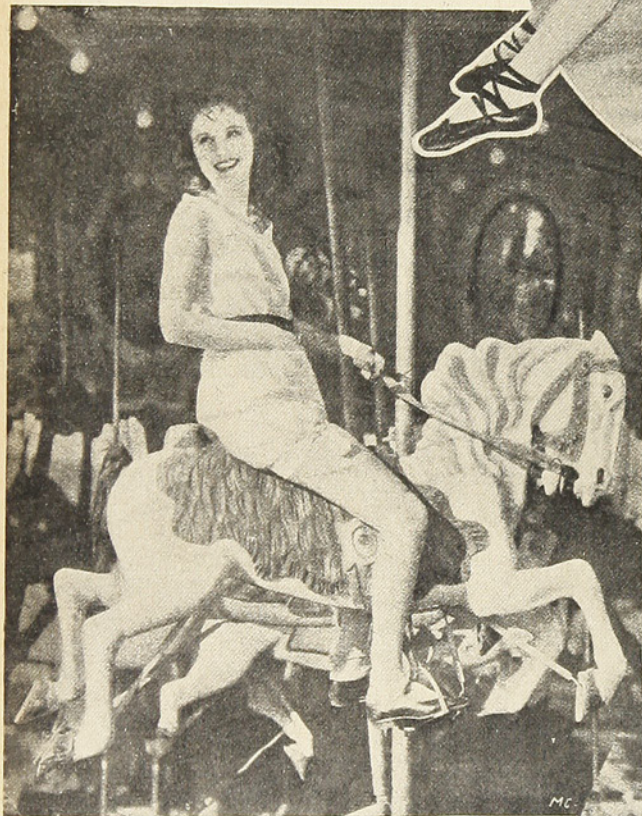
Las Estrellas Frente al Objetivo

Contemplando las fotografías que ilustran este artículo, no puede uno menos de hacer deducciones acerca del vivir intenso de los artistas de cine. No en balde estos artistas forman parte de esa máquina colosal que se llama Norte América y que hoy por hoy conserva el record de la rapidez, la potencia y la perfección.

Verdad es que en Hollywood hay más extranjeros que norteamericanos, pero eso no importa. El que vive en los Estados Unidos, o se americaniza o sucumbe.

En Hollywood, como en San Francisco o en Nueva York, la vida es una lucha constante de velocidad y resistencia. Las mismas «estrellas» lo han dicho muchas veces. No hay paz en su brillante vida. Hay que levantarse muy temprano para acudir al estudio. Hay que estudiar y trabajar con ahínco.

Detrás de una escena viene otra y detrás de una película otra película. Una tregua de veinticuatro ho-



ras en la producción representa una pérdida de muchos miles de dólares.

Es necesario mantener el cuerpo ágil, esbelto, fuerte, siempre dispuesto para el salto, para el baile, para la lucha y demás exigencias deportivas del film. Es preciso atender a los reporteros de los grandes periódicos: una campaña desfavorable de prensa sería fatal. Hay que atender muchas súplicas, leer muchas cartas, dedicar muchos retratos. Todo para mantener encendido el fuego de la admiración popular, todo como propaganda, como una propaganda de la que no se puede prescindir en la vida moderna de aquel pueblo moderno.

Pues bien, entre los elementos de la propaganda figura el de las fotografías. Una artista de cine se ha de retratar frecuentemente para que su imagen recorra el mundo. Pero no sólo es cuestión de retratarse. Hay que retratarse de un modo que atraiga la atención del público para que la propaganda sea eficaz. Y eso va siendo cada vez menos fácil.



Después de mil retratos, es difícil vencer la indiferencia del público con el mil uno, del mismo modo que lanzar un anuncio llamativo allí donde hay un millón, es un verdadero problema. Es preciso retratarse de un modo original, después de haber tenido mil originalidades. Y hay más aún. No es una, sino cien estrellas las que se retratan, es decir, las que extraen originalidades de la ya casi agotada cantera.





A cinco originalidades mensuales por estrella, que es a lo que vienen a salir, resultan quinientas originalidades al mes, y seis mil al año. Multiplicad seis mil por los años que viene durando esta lucha, y el resultado será el grado de angustia que debe de representar para un artista de cine, extraer una originalidad más de la mina fotográfica.

Nos imaginamos a las pobres estrellas dando vueltas por su habitación, con la cabeza a punto de estallarles, y buscando desesperadamente esa «pose»



capaz de atraer la atención del público. Desechados los saltos y ejercicios atléticos: eso está ya muy visto.

De la vida íntima tampoco puede sacarse ya nada; pues la estrella se ha retratado leyendo y escribiendo, haciéndose las manos y remendando medias, comiendo, almorzando, desayunando, tomando el té; en el momento de levantarse y en el momento de acostarse. A su automóvil también le ha sacado ya todo lo que podía dar de sí. Se ha retratado, incluso, sentada como un mono en el volante.

Por la acalorada mente de la infortunada artista comienzan a desfilar las mayores extravagancias, y todas tienen algún punto de contacto con otras realizadas ya por ella misma o por sus compañeros.

—Raquel Torres—se dice la estrella — se retrató el otro día herrando a un borracho. Fué una buena idea. Pero yo he de hacer algo más. A mí no me pone el pie encima esa sudamericana.

Al fin se da un golpe en la frente y exclama:

—¡Ya está!



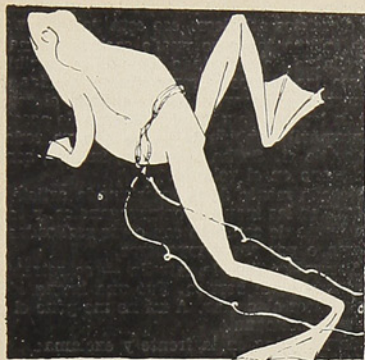
Y al día siguiente se retrata buscándole el trigémino a un elefante con un pararrayos.

Cada una de las fotos que acompañan a este artículo es una prueba de la lucha que la inventiva de la estrella ha tenido que mantener antes de colocarse ante la cámara fotográfica.

Karl Dane es el que más pronto ha salido del paso. Su fuerza y su corpulencia le permiten componer bonitos cuadros funambulescos con sus lindas compañeras de trabajo. Pero ahí tenéis a Mary Doran. Esta artista habrá ensayado ante el espejo cien o doscientas posturas hasta dar con esa que realmente es mucho más extravagante que las que se adoptan en sociedad.

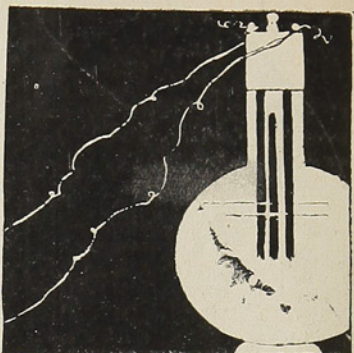
Dorothy Jordan, después de darle muchas vueltas a la idea en su magín, ha decidido dar las vueltas ella y se ha subido en el caballo de un tiovivo, después de quitarse una cantidad considerable de ropa.

David Sharpe y Gertie Messinger deciden retratarse sosteniendo un idilio y dan con una doble actitud sin precedentes en los anales del cine.



LA RANA

Por
MAURICE
RENARD



Tenia yo trece años. Salía apenas de la edad temerosa, en la cual reina en el niño el terror de las tinieblas y de la soledad. Era entonces un muchacho flaco y nada brillante, cuyos ojos soñadores se devoraban toda la descarnada faz. Timido, impresionable, tierno, me agita una perpetua emoción. Y ya el mundo temeroso y seductor de lo desconocido, me atraía con fuerza irresistible, y ya cuando la Ciencia a mi joven afeite alguna maravilla extraña o alguna velada perspectiva, me sentía transportado de embriaguez.

Jamás el misterio, sobre todo aquel que está al borde del conocimiento, como está la noche al borde del día, el misterio sobre el cual se han roto todos los instrumentos del saber. Amaba como hoy día, lo inexplicable, el futuro, lo posible y también lo divino, la exquisita y prestigiosa hipótesis, que proyectando sobre toda noche los rayos múltiples de su fantasía, viste de nuevos trajes la leyenda y la fábula.

Era un asiduo soñador. Nada me seducía tanto como el aventurarme hasta los confines extremos de la certidumbre, de inclinarme hacia las cosas oscuras, de provocar el combate y de humillar el misterio. Entonces, con no sé qué alegría temblorosa, aguda, burlona, sentía renacer en mí los viejos espantos del principio de mi vida.

Feliz período en que no sabía casi nada, de suerte que el estudio me reservaba mil maravillas de diversa naturaleza, y que cada día me aportaba un encuentro y un enigma.

Que se me perdone si me extiendo así en la descripción de mi temperamento. Pero es que estimo indispensable, para juzgar de un hecho traído por un testigo, el conocer precisamente las tendencias de ese testigo. Es preciso saber con qué género de anteojos ha sido observado un fenómeno. De otra manera se pueden producir toda clase de errores, desde el error judicial, hasta el error científico. Si hablo de mí, es pues porque fui yo el principal testigo de la aventura siguiente. Y ciertamente nada debe ser negligentemente abandonado en el orden de precauciones psicológicas, cuando se trata de exponer una bazarra tan delicadamente ambigua como la muerte de la señora Chablas.

Así, insistiré yo, y no por egoísmo, en la infinita tristeza en la cual mi alma de niño encontraba sumergida, en la época en que ese día macabro desenvolvió sus peripecias.

Mis padres, convencidos de obrar como mejor convenía a mi felicidad, me colocaron en la Escuela de Juan Jacobo Rousseau. Era ésta una pensión costosa, instalada, no lejos de una gran ciudad, sobre la costa normanda. Ella no podía recibir más de sesenta alumnos. Se hacía allí sports y se entregaba a trabajos manuales. Los estudios no

que el internado, en esas condiciones, se parecía lo menos posible a un internado.

Pero hasta aquí, jamás había dejado yo la casa paterna, donde venían a hacerme clases diversos maestros, y por amable que fuera la escuela Juan Jacobo Rousseau, yo me habituaba mal al brusco cambio de ambiente. Desterrado lejos de los míos, privado de las continuas regalías que me prodigaba mi madre, sensible a todos los estremecimientos de la disciplina y de la camaradería, buscaba las ocasiones de aislarme, y aunque los reglamentos lo prohibiesen, encontraba la manera de ganar ameno mi cuarto, y de gustar apasiona-



eran atormentadores y debo reconocer, damente las ásperas y precoces delicias de la nostalgia.

Era como una cita con la soledad. De antemano yo había elegido algún feliz recuerdo del pasado familiar y me deleitaba ardientemente hasta que la ilusión se disipaba o hasta que sonaba la campana anunciando la entrada en la clase.

Mi cuarto además, poseía otro atractivo, un atractivo del cual yo no suponía entonces la fuerza, y que sin embargo, me cogía poco a poco, y tan bien me cogía, que aun hoy, me gusta pene-

trar allí, como en el más puro y fresco rincón de mi juventud. Este cuarto, el número 2, estaba situado en el segundo piso. La ventana miraba al mar. Por allí, los árboles del patio, que era casi un jardín, y el inmenso horizonte rectilíneo que cada noche desvestía el sol. Era un espectáculo grandioso y profundo. El porvenir debía revelarme su precio. Una secreta necesidad me impulsaba entonces a contemplarlo.

Además, yo no habría sido hijo del hombre, si no hubiera experimentado un placer, al saborear el fruto prohibido de substraerme a toda vigilancia y a todo poder sin ser visto, detrás de mis persianas medio cerradas, espío los movimientos de los otros, como me ocurría ese soledad día, ese siniestro día de la rana cuyo dato está inscrito en la tumba del señor y de la señora Chablas.

Pero ahora diré primero, quienes eran el señor y la señora Chablas, pero antes, debo decir quien era Mourgue.

Mourgue, director de la escuela, era un universitario de más o menos 47 años. Poseía una barba oscura y unos cabellos abundantes. Sus ojos relucían a través de los anteojos. Vestía con negligencia. Pasaba por un fisiólogo bastante distinguido, según lo he sabido por otros, y padecía de incesantes necesidades de dinero, que él se esforzaba en satisfacer con ardor. Este hombre en efecto, estaba gravado de un vicio terrible, el juego, y el casino de la ciudad vecina, se tragaba constantemente las ganancias que su establecimiento le reportaba. Tal era Mourgue. Nosotros estábamos lejos de detestarlo, porque nos trataba siempre con benevolencia, como hombre advertido de las flaquezas de este mundo. Su madre que había sido Mme. Mourgue, se llamaba ahora Mme. Chablas a causa de su segundo matrimonio.

El señor y la señora Chablas, vivían en la escuela. Mme. Chablas que adoraba a su hijo, y temía para él los efectos de su incurable pasión, se había jurado no abandonarlo, sino en el momento supremo en que se vería obligada a abandonarlo todo aquí abajo.

Nosotros llamábamos al señor y a la señora Chablas, Filemón y Baucis. Tenían el uno y el otro, 59 años, y aunque fuesen el y el otro casi sexagenarios, continuaban mimándose sin falsa vergüenza.

Este amor, aunque conmovedor, tenía naturalmente algo de ridículo, que no atenúa el aspecto de los enamorados.

Édgar Chablas, "Filemón", era un viejo buen mozo, muy cuidado, pintado y engominado. Llevaba un mostacho corto y una barba en forma de collar, cruelmente negras. Un lustroso bando de cabellos que salían del oquipo, se aplacaba sobre su calvicie. Bueno y pa-

cífico, sonreía siempre, como si su dentadura mereciera la admiración universal. A nosotros nos daba gusto verle atravesar el patio, pimpante, el sombrero en la oreja la corbata anudada a lo colán, polainas claras en los pies, las manos en la espalda, y balanceando un bastón, que le daba un aire de penúltimo. Edgard Chablas hacía cuando le era posible para no ser un imbecil. Y ya era mucho. Pero el pobre confiaba al primer venido que una extraña fatalidad le había condenado a la mediana perpetua y a inevitables concesiones. Así, Filemón no había podido nacer individualmente; un hermano gemelo, muerto en seguida de ver a luz había redoblado la importancia de ese suceso inicial. El señor Chablas se quejaba bondadosamente de no haber hecho jamás nada que valiera la pena, sino gracias al concurso de un colaborador. Se admiraba de habitar siempre en inmuebles que, como por azar llevaban un número bis o ter. "En fin decía, me casé con una viuda, y ya veréis, ya veréis, que no me enterrarán solo: "Acerción barroca pero racional que el destino no quiso desmentir.

Es preciso saber por lo demás, que el señor Chablas tomó muy bien el partido de no ser a toda costa sino una especie de bis humano. Porque la alianza de cierto financiero había redondeado copiosamente su fortuna, y la señora Chablas, por muy viuda que fuese del señor Mourgues padre, le colmaba de un amor de tan buena calidad como el antiguo.

La señora Chablas—Baucis—no cedía a su amado segundo esposo en los cuidados de la toilette. Era ella de aquellas viejas damas, que en fuerza de apretarse el corsé, obtenían a manera de recompensa un talle espantosamente fino y rígido. Caminaba como si fuese toda de una pieza, pero la espalda se redondeaba un poco a pesar de sus estóicos esfuerzos. Sus manos, que un largo uso había estigmatizado, estaban desde la mañana cubiertas de anillos. Su enorme peinado atiborrado de postizos, pálido y amarillo, como el de las momias, le hacía una cabeza desmesurada, sobre la cual, para salir, ella agregaba imponentes combinaciones de plumas, cintas y tules. Cuando se le aboradaba al aire libre, un famoso olor de chipre venía hacia vosotros y aterrizaba vuestras narices, bien que la dama estuviese todavía a tal distancia, que su rostro se vislumbraba sólo a través de la increíble máscara de fards de la cual estaba cubierta. Esos colores violentos simulaban un simulacro pintado más que una criatura de carne y hueso. Los labios cuando se entreabrían, crecían el aspecto de un curioso sistema de berrmellón. Y lo que agregaba efecto a esta fisonomía notable, era que la señora Chablas agrandaba constantemente los ojos espantados, de modo que, la amable mujer, parecía estar siempre al borde de un peligro.

¡El señor y la señora Chablas! Me encuentro, al hablar de ellos, con la bufonada imagen que dejaron en mi memoria infantil. Esta edad es sin piedad. Hoy día, cuando pienso que se amaban perdidamente; que se amaron tanto y tan bien que uno de ellos no pudo sobrevivir al otro; cuando me digo que todos esos ingenuos artificios, todo lo que desplegaban en inocentes coquete-

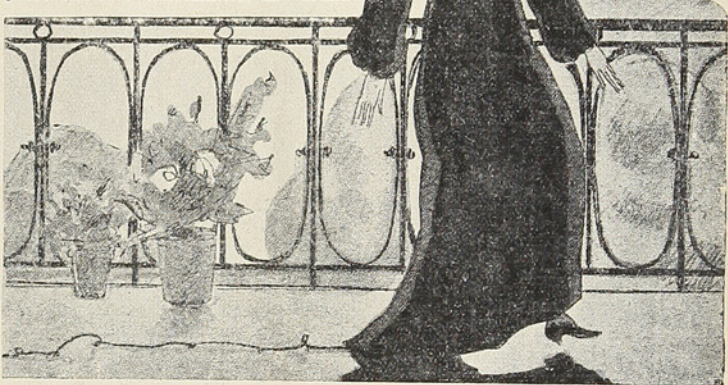
rias no tenían otro objeto que el desesperado deseo del uno para el otro de prolongar aunque fuera una nada los encantos que otra vez les habían seducido..., no se como conciliar el recuerdo de esos dos fantoches con el sentimiento de una tan rara ternura.

Se decía que el señor Chablas era millonario y que la escuela Juan Jacobo Rousseau le debía su fundación. Nada más exacto, como lo he constatado yo posteriormente. A causa de las instancias de su bien amada mujer, el señor Chablas, ayudaba considerablemente a su hijastro, cuyo patrimonio humilde de Mourgue hacía tiempo se había fundido entre las manos del jugador. El señor Chablas sin embargo no quería a Mourgues sino a través de la amable persona que se movía entre los dos. ¿Y no había en verdad que ser madre para perdonar al insensato que consumía todos los dones de que la naturaleza le había provisto, en tan nefanda pasión?

¿Pero quiere decir entonces que Mourgue desdenaba la ciencia? No lo creo. Lo he visto profesar la física y la química, juntamente con las ciencias naturales. Aportaba a sus lecciones una fogosidad y un brio extraordinarios. Pero sabemos exactamente la verdad

terior que miraba avidamente. Este venía de un recreo, aquel se había escapado de la clase, y el de más allá había huido de la enfermería. Los maestros de estudio no se enfadaban mucho en esta circunstancia y Mourgue indulgente, hacía como si nada viera, e inclinado sobre una mesa, operaba el milagro clásico.

Para decir verdad, él tenía allí siempre tres ranas muertas preparadas. La una se encontraba reducida a su parte



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

sobre este punto? ¿Sabemos si en el retiro de su gabinete Mourgue no estudiaba sino Martingalas? El no ha dejado heredad científica, ¿pero qué prueba eso?

Por mi parte dudo. Pero yo dudo a causa de la rana.

Ahora diré lo que era la rana. Los alumnos de filosofía y los alumnos de matemáticas elementales, se reunían en una misma sala para los cursos de ciencias naturales; y todos los años, Mourgue repetía delante de ellos la experiencia de Galvani, que consiste en excitar por medio de la corriente eléctrica, los músculos de una rana muerta. Pero nuestro profesor presentaba la demostración de una manera tan impresionante y yo pienso, de una manera tan nueva, que la experiencia de la rana era famosa entre los alumnos del colegio Juan Jacobo Rousseau.

Quien la había visto, ardía en deseos de verla otra vez. Se hablaba de ello con tiempo como de una especie de fiesta periódica, y cuando el gran día llegaba, había siempre en las ventanas de la clase privilegiada, una asistencia ex-

terior, fijada por los lomos a una plancha de corcho. La segunda, clavada como la primera y parcialmente disecada, estaba sujeta según las reglas a las transmisiones de un miógrafo. La tercera llevaba un pequeño cinturón, de donde se escapaba, a la altura de los riñones, un doble hilo conductor torcido sobre sí mismo, y más o menos de un metro de largo.

Mourgue empleaba como corriente excitadora, una pila botella con bicromato.

Fijando a los polos de la botella dos hilos de cobre, y dejando libres sus extremidades, él comenzaba por hacer danzar el baile tradicional, a las dos miserables patas de atrás, que se contraían y se extendían al paso de la corriente. Después venía la demostración del miógrafo.

En fin, Mourgue cogía la tercera rana, y la acercaba al delgado conductor, que debía penetrar en la carne del batracio, hasta los centros más misteriosos.

Este era el instante que todos esperábamos con impaciencia ansiosa.

"LESANCY"

\$ 1.00
\$ 2.00
\$ 4.20

LOS POLVOS DE NIEVE DE LA
ARISTOCRACIA Y EL MUNDO
ELEGANTE DE EUROPA Y AMERICA

Desde la cerradura del circuito, se veían las cuatro patas de la rana galvanizada, levantarse sobre ella y moverla en un sobresalto con la actitud misma de la vida, y convulsiva, pero rítmicamente, hacer andar al pequeño cadáver, con una sucesión de sacudidas odiosamente naturales.

Mourgue, con la pila en la mano, seguía a la horrible bestia que él parecía conducir. Caminaba ésta, hasta el fin de la mesa, con la mirada muerta y vaga, abominable automática de laboratorio; y cuando Mourgue interrumpía la corriente, esta cosa triste se abatía de golpe, como si muriese de nuevo, y Mourgue pudiese nuevamente reanimarla, para matarla todavía y volverla a matar sin fin...

Tenia yo trece años, cuando vi eso por primera vez a través de los vidrios de la clase... Cerca de mí, un muchacho miraba extasiado. Pero yo no pude soportar este espectáculo. Me fallaba el corazón. Sentía que iba a ponerme malo, y me marché, terriblemente descompuerto.

El señor Bernardi, un nuevo inspector, me vio en este estado, y me hizo sentar sobre un borde de cemento. Algunos alumnos me rodearon y Mourgue que salía de su experimento, fué puesto al corriente de mi desfallecimiento.

—Ven conmigo — me dijo el paternalmente—. Un poquito de vino te sentará muy bien. Ven conmigo, hijo mío. Yo le seguí.

Mourgue con su madre y su padrastro, ocupaba en el fondo del patio, el primer piso del departamento central, en cuyo piso bajo estaba el refectorio y el salón, mientras que en el segundo y en el tercer piso se hallaban nuestros cuartos. Las más bellas habitaciones de su departamento, daban por puertas ventanas, sobre un vasto balcón, sencillo y verdaderamente escolar, que corría a todo lo largo de la fachada. Era allí donde a veces teníamos ocasión de ver a la señora Chablas. Cuando cumplía sus deberes domésticos, ella ocupaba el balcón para pasar de una pieza a otra, si había visitantes que esperaban en el salón que Mourgue los recibiera. Estas apariciones constituían nuestra alegría y nosotros veíamos a Baucis surgir y eclipsarse con sus faldas juveniles, con el mismo interés con que habríamos mirado esas estatuillas coloreadas, que, cuando da la hora el reloj de la iglesia, desfilan gravemente por una abertura del campanario, para meterse en seguida con la misma gravedad, en otra.

Eran las diez de la mañana. El sub-suelo retumbaba con el ruido de las cocinas. Subimos la escalera. Mourgue me hizo penetrar en el salón y después en la derecha del salón, en el comedor.

—Séntate — me dijo. Y se dirigió a una puerta entreabierta con la intención manifiesta de cerrarla. Yo sabía muy bien que allí se encontraba la habitación del señor y la señora Chablas, que seguía inmediatamente al comedor. Mourgue pareció sorprendido de encontrar esta puerta entreabierta. Echó una mirada hacia la habitación, y de repente se precipitó en ella, cerrando la puerta tras de sí. Yo quedé algunos instantes como estúpido, humillado y procurando percibir, a través del ruido que producían las cocinas, algún indicio sonoro, de lo que acaecía en la otra habitación. Pero pronto la puerta se abrió, lo justo para dejar pasar la cabeza de Mourgue, un Mourgue pálido y crispado que me dijo con una voz ronca:

—Vete, pequeño... Un accidente... Este no es tu lugar.

Agregó algo acerca de herida y enfermería. Yo me pregunté después si él me habría mandado a la enfermería

para que trajeran... Pero no entendí nada. Yo estaba completamente espantado y empecé la fuga con una brutal precipitación.

En el patio, los muchachos jugaban tranquilamente. El señor Bernardi y otro inspector, el señor Lafont, se paseaban a la sombra de los plátanos, el primero sin duda entrenando al segundo, en los estudios jurídicos a los cuales se dedicaba.

—¡Señor — balbucí yo — acaba de ocurrir un accidente donde el señor Mourgue, en el cuarto del señor y de la señora Chablas! ¡Yo no sé qué, un accidente!

Ellos miraron casi al mismo tiempo, mi rostro y las ventanas del director. Se consultaron y después de algunas vacilaciones concluyeron por ponerse en camino.

No me explico por qué la curiosidad condujo mis pasos, ni como fué que yo les acompañé. Pero ya he dicho la irresistible atracción que el misterio ejerce sobre mi espíritu.

Cuando llegamos a la entrada del sa-



lón, Mourgue lo atravesaba viniendo de la izquierda.

—¡Mi padrastro ha muerto! — anunció él con un gesto trágico.

Continuó su camino. Nosotros seguimos sus pasos respetuosamente. El señor Chablas, completamente vestido, y tan compuesto como de costumbre, estaba sentado en un sillón. Ya no sonreía. La sombra de lo desconocido, cruzaba por sobre su lividez.

—¡Y mi pobre madre, mi pobre madre — decía Mourgue—. Ella está loca de dolor!... La he encontrado junto a él, estupefacta, no queriendo creer. Y cuando de repente comprendí, corrí hasta el otro extremo del departamento, y se encerró. Sin embargo es preciso que la reconforte. ¡Es necesario que ella me abra la puerta!

Y entonces, dando todos los signos de una inquietud febril Mourgue dejó el cuarto y volvió a donde había salido. Nosotros lo escuchamos llegar a la puerta de su gabinete y hablar con un tono convincente y lleno de dulzura:

—¡Mamá, ábreme! ¡No te quedes sola! Vamos, sé razonable, ábreme.

La señora Chablas parecía no responder. Mourgue volvió, muy decaído, pero menos preocupado.

—¡Llora — nos dijo—. Yo la he oído. Creo que es mejor dejarla tranquila por el momento.

La criada llegó del mercado. Se mostró alarmadísima. Mourgue la disuadió

de ir a importunar la desesperación de la señora Chablas... Y de repente, él se dio cuenta de mi presencia:

—¡Ah, señores, y este niño, aquí! No entendí la continuación, y me equivoqué lleno de confusión, llevando en las orejas, como un zumbido, ese reproche lleno de laxitud.

El reloj dio la hora. El día prosiguió según el programa indicado, pero en un silencio mantenido por los vigilantes.

Por mi parte, incapaz de prestar a los maestros la menor atención, no podía arrancar mi pensamiento de los dramas que lo habían turbado tan violentamente. El horror de la muerte me obedecía. ¡A los trece años, qué formidable espanto! Y bajo aquel día angustioso, la experiencia de Galvani, me lo había mostrado! A pesar mío, ¡debo yo confesarlo?, quedé menos conmovido con la muerte del señor Chablas, que con las galvanizaciones presentadas por Mourgue, y de todos los cadáveres que había visto yo desde la mañana, no era el del hombre, el que más obstinadamente me perseguía.

Sin embargo, no dejé de preocuparme de lo que ocurría en el departamento de nuestro director. Averigüé la manera como había sido arreglada la cámara mortuoria, y supe que la señora Chablas, se negaba siempre a salir del gabinete de trabajo, donde su hijo la había visto al pasar por el lado afuera de su balcón.

Toda la tarde mis miradas se dirigieron constantemente hacia la muda corrida de puertas ventanas, veladas con sus blancos visillos. La última a la izquierda, dejaba transparentar la débil luz de dos bujías. La última a la derecha, la del gabinete — evocaba para mí el desorden bien conocido de ese pintoresco lugar, donde yo me figuraba a la infortunada Baucis sollozando sobre el hombre de Mourgue, e insistiendo en no salir de allí, lejos de su Filemón, que ya no era nadie.

Hacia la tarde, sentí yo una gran fatiga. Antes de comer, teníamos siempre un recreo de tres cuartos de hora. Yo los aproveché para evadirme de la vida colectiva, y ganar subrepticamente mi cuarto.

Todo reposaba en una quietud apacible de sombra y de tibieza. Yo abrí ligeramente las persianas y se me apareció la serena visión de una puesta de sol sobre el mar. Yo estaba ávido de la misteriosa consolar que el hombre pide a los esplendores de la naturaleza.

El sol estaba bastante bajo para que se le viera declinar con una prontitud que parecía crecer. Como si el mar le hubiese llamado, su decurso testimonial a una especie de apresuramiento voluptuoso.

Fuí arrancado de mi éxtasis por un ruido confuso que me recordó que las habitaciones de Mourgue quedaban justamente bajo de la mía. Este hecho me colocó de nuevo en la jornada fúnebre. La oreja pegada a la muralla, escuché durante algunos minutos sin resultado. Después oí que se abría la puerta ventana, y me incliné hacia afuera.

Abajo, los alumnos de la primera división, se colocaban en dos corridas frente a mí, para entrar en el refectorio. Ellos vieron como la vi yo a la señora Chablas, salir del gabinete de trabajo.

La pobre mujer parecía encontrarse en el colmo del abatimiento. Caminaba, absorta por su pena, con el aire ausente y el andar incierto. Un potente efluvio de hyppre, subió, envolviéndome.

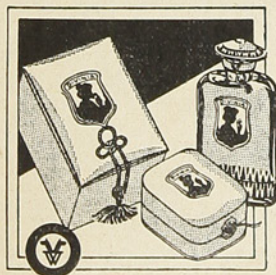
Ella se había decidido, por fin, a llenar sus deberes de viuda. ¡Pobre, pobre señora Chablas!... La seguí con los ojos detrás de mis persianas.



Trapos Viejos y Nuevos

Los trapos, o dicho con más respeto y más énfasis, la in-hablada por la innegable belleza de su idioma, por lo cálido dumentaria, son uno de los principales factores del arte cine de sus acentos y lo arrebatado de sus actitudes, han presen- matográfico. En parte alguna tiene el vestido la importan- cia que en el cinematógrafo. Los italianos, reyes de la escena

(Continúa en la pág....)



Bouquet
DIVINIA

El perfume que no cansa

Extracto / Jabón de Tocador

Loción / Polvos / Brillantina

F. WOLFF & SOHN / KARLSRUHE
ALEMANIA



Para los Niños

EL JINETE MAS JOVEN DE INGLATERRA

Ved a este simpático inglesito llamado Jolin Ricks, de Addles-ton Surrey, que, a pesar de ser de corta edad, cuatro años, es un excelente jinete, que cuenta ya con una copa ganada en una carrera de caballos con jinetes infantiles. ¿Verdad que es simpático el chiquillo?

Como aparece en esta fotografía es como suele presentarse en todas las carreras en que toma parte, o sea con su equipo perfecto, de jinete o deportista y su gran gorra de jockey.

Hay que advertir que no es el único de la familia que monta a caballo y gana premios; su hermana Olive, de trece años, corre también en las carreras para niños y ha obtenido más de 300 trofeos, entre copas y lazos. ¿Qué de extraño tiene el que una muchacha tenga muchos lazos?

Pero el que realmente resulta admirable, es el pequeño Jolin, tan chiquitín de estatura y tan grande como jinete. Ahora se está entrenando con gran ardor para estar en forma, con el fin de tomar parte en todos los concursos infantiles que se anuncian en Inglaterra; pero conste que son concursos hipicos; no creáis que se trata de los de Macaquete.

Es curioso ver cómo domina y sugestión al público con su presencia el valiente muchachito, ya que en el instante que su jaquita pisa la arena de la pista, todos los espectadores lo escogen por favorito; y nunca defrauda a los que en él ponen sus esperanzas. Gana siempre.



Si sigue así, ¿quién le disputará el puesto de primer jockey del mundo? Suponemos que nadie. Ahora mismo es dudoso que exista un competidor de su edad en ninguna parte del globo.

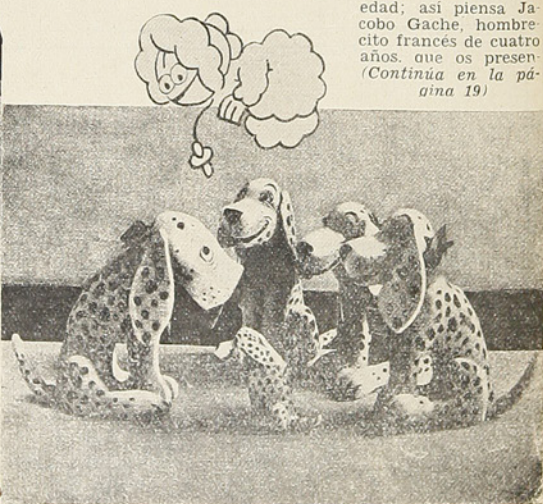
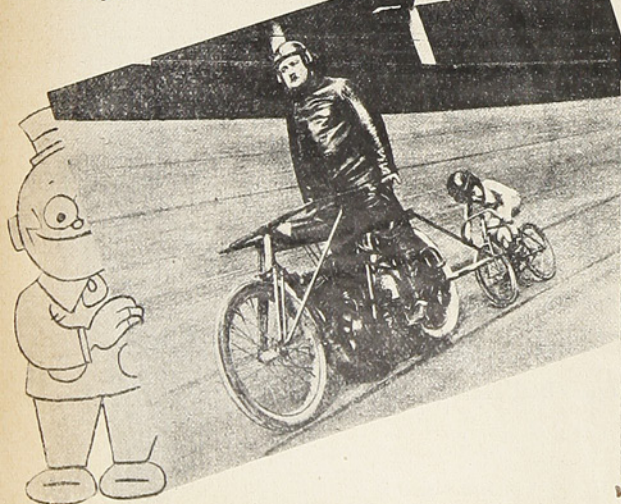
En nuestra fotografía aparece sujetando dos hermosos caballos que no ha de montar por ahora; pero ha querido engañar a sus admiradores, haciéndoles creer que se va a subir en esos pura sangre. No los monta, no; pero le sobran deseos de hacerlo. Si os fijáis en su carita picaresca, veréis que tiene una expresión de un deseo: de llegar pronto a hombrecito para montar caballos grandes. Su carita es toda una promesa: "¡En cuanto crezca, veréis de lo que soy capaz!".

EL PERRO QUE RIE

Todos conocéis a esta familia de perros que os presentamos celebrando consejo. En Inglaterra le llaman *Dismal Desmond*, que quiere decir "perro de trapo". El es juguete preferido de los inglesitos, que no lo cambian por ningún otro. Esto ha enorgullecido tanto al perro, que este año ha creído conveniente dejar su gravedad de otras temporadas y no aparecer serio, como antes. El padre de esta familia propone a todos sus parientes que en adelante procuren sonreír, para ser más agradables a los niños; y ved cómo sus deudos le atienden, poniendo una cara picaresca, risueña y simpática. ¡Que buenos son los perros de trapo!

UN CICLISTA PEQUERITO

El valor no tiene edad; así piensa Jacobo Gache, hombrecito francés de cuatro años, que os presentamos. (Continúa en la página 19)



TRAPOS VIEJOS Y NUEVOS

(Continuación de la pág. 15)

tado desde el primer día, una inmensa desventaja como astros cinematográficos, la de su amaneramiento, de su cursilería en vestir. Si los descuidados muchachos y las ingenuas chicas de Hollywood se vistieran tan mal como la mayor parte de las actrices y actores de la escena, a estas horas no existiría la cinematografía norteamericana. La pantalla exige, no precisamente ropas presuntuosas, pero sí telas buenas, hechuras flamantes, colores sólidos. Y todo renovado — no mediante arreglos o componendas, sino por entero — a cada nueva película. De aquí, indudablemente, que los mismos parisenses admitan que actualmente es Hollywood la ciudad del mundo en que mejor se viste.

En los roperos de las actrices, cuélganse centenares de trajes espléndidos, substituidos incesantemente por otros más a la moda. Los actores precisan, por lo menos, veinticinco trajes completos siempre a punto de ser lucidos. ¡Hay que ver la despreocupación con que los muthachos americanos llevan la ropa! ¡Y... hay que ver la ropa que llevan! Rodolfo Valentino poseía siempre cuarenta trajes que iban renovándose; de Holmes Herbert, un artista apenas conocido, se dice que el año pasado gastó ochenta mil francos en ropa. En vista de estos datos no puede uno por menos de preguntarse: ¿A dónde van a parar todos estos trajes?

Algunas y algunos, avariciosos, los venden. Más les parece a ellos mismos tan mal, tan mal su propia acción, que la primera condición impuesta al comprador es que no denuncie el nombre del vendedor. No obstante, es éste como el secreto de Midas... Con la diferencia de que los ropavejeros son más vocingleros aún que las cañas del campo. Dos veces al año, los grandes estudios venden los trajes que emplean en sus films, y hace falta, según dicen, montar un servicio especial de policía para impedir que los compradores se tiren de los pelos disputándose un traje de Greta Garbo, o un quimono de Jeanette Mac Donald. Los vestidos de Pola Negri no son aprovechables: la celebrada artista de las tres nacionalidades destroza en términos casi inverosímiles todo cuanto lleva, a la tercera vez de llevarlo.

Pero el destino más corriente de los suntuosos trajes de Hollywood es ir a parar a manos de los pordioseros. Los vagabundos de Hollywood son los mejores vestidos del mundo. No es raro ver por allá el encuentro de un mendigo, peludo, sucio, con un palo al hombro y un petate a la espalda, que viste un frac de corte elegantísimo, calza zapatos de charol, y anuda, sobre un mugriento cuello de celuloide, una corbata de última moda. Los astros de la elegancia se ven acosados por las continuas peticiones de ropa. Entre ellos, Richard Dix es uno de los que tienen mejor y más numerosa clientela. Los demandantes de ropa cinematográfica usada le vacían el ropero en cuanto lo ha llenado.

No es tan fácil como parece complacer a estos clientes —suele decir el popular "hermano bueno" de "Los Diez Mandamientos"—. Cuando se les ha vestido de pies a cabeza, arman, a lo mejor, un alboroto porque les faltan los gemelos para los puños.

Las actrices reciben peticiones de trajes determinados. "El vestido deportivo que llevaba usted en la escena de la película "B" me vendría especialmente para mi próxima excursión a la montaña". "Tengo una hermanita menor, y muy delicada de salud, que se ha encaprichado por el traje de baile que luce usted en la película X. Y. Z." "Tengo tres hijas de quince a dieciocho años, de la misma talla que usted, y que en su vida han tenido un vestido bonito..."

Las actrices, naturalmente, se dejan enternecer y envían a la dirección escrita al pie, los modelos pedidos. Muchas veces, al pasar por delante de un escaparate de bazar de Hollywood o de Los Angeles, ven sus trajes de nuevo en venta. Más, ¡no importa! sean trajes o conviértanse en pan, sirvan para vestir al desnudo o para dar "de comer al hambriento", está bien que lo superfluo, lo lujoso, lo que a los ricos sobra, vaya a ser lo que el pobre necesita.

MARIA LUZ MORALES.

(Continuación)

MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS EN EGIPTO

tantes campos, o al detenerse ante las columnas del Templo de Luxor, la sensación de vivir en tiempos preteritos es exacta. Douglas me confesó que Karnak, la meta de los viajeros de Luxor, no le había impresionado tanto como a mí.

Para Todos—3

(Continúa en la pág. 19).



Conserve su Juventud y Alegría

evitando las irregularidades que muchas veces son causa de serias molestias por medio de una higiene íntima adecuada.

La mujer moderna debe saber que no es conveniente experimentar con medicamentos desconocidos ni tampoco confiar en métodos antiguos que son insuficientes.

Mediante la elaboración de

FORMOSAPOL 18

la ciencia moderna ha puesto al alcance de todas un preparado de eficacia reconocida y completamente inofensivo para la higiene íntima de la mujer.

FORMOSAPOL "18" es el antiséptico ideal, pues la libra de todas las preocupaciones y molestias que son causadas por las bacterias perjudiciales las cuales destruyen sin perjudicar ni las más delicadas mucosidades del organismo.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Envase de venta:

Frascos de 100 gramos.
Frascos de 250 gramos.

DROGUERIA DEL
PACIFICO, S. A.

Suc. de Daube y Cía.

Valparaíso, Santiago,
Concepción, Antofagasta,
Llay-Llay.

M. R.

Base: Formaldehído, jabón potásico, alcohol y esencia.



EL JARDÍN

Thais, Santificada

Bendita la herida que llaga mi planta
bendita la angustia que borró mi risa;
mi boca es más pura desde que no canta
y mis pies llagados andan más de prisa.

Bendita la saya de burda aspillera
que en mi piel dibuja pardas rozaduras;
hoy soy más dichosa que lo antes era
entre mis tapices y mis colgaduras.

Bendito los negros brazaletes largos
de la cuerda ruda que hirió mis muñecas,
me saben a mieles los jugos amargos
y en éxtasis beso mis dos manos secas.

Carroña yo he hecho del cuerpo menguado
que con siete inmundos chacales dormía,
los siete rojos del pecado
que pasé triunfante por Alejandria.

Estiércol yo he hecho de la carne loca
que en largas orgías fatigó su nardo,
¡y hoy un lirio de oro floreció en mi boca,
y a mis pies, sumiso, se ovilló un leopardo!

A mi alma pura por la penitencia,
ha llegado el soplo claro de la gracia,
y un rosál se eleva de mi pestilencia
y un halo corona mi cabeza lacia!

JUANA DE IBARBOUROU

No te vayas

Me hieres y te vas? Qué mal has hecho!
Me dejas como pájaro sin nido,
y a la amorosa angustia de mi pecho
le das el panorama del olvido.

Qué mal lleva este bien con que te quiero?
No te vayas! No dejes sin lucero
esta penumbra de mis desvarios!

Quédate en mi como yo estoy contigo!
Desde el fondo del alma te bendigo
el bien que con tu amor puedas hacerme.

Y en medio al desencanto de mi vida,
has de ver mi tristeza sonreída
como sonríe un niño cuando duerme!

MANUEL ABRIL

Dulce pecado

De un dulce pecado tengo que acusarme
y es este pecado de coquetería...
¡Qué placer tan grande
prometer y luego negar la caricia!
¡Qué temblor tan hondo recorre mis nervios
cuando en las pupilas que me están mirando
cruzan los deseos
igual que dos puntos rojos y dorados!
¡Qué suave el arrullo que toca el oído!
¡Qué embriaguez tan dulce la de la palabra!
Yo escucho y sonrío,
sintiendo el peligro de la llamarada...
Pero esquivo el fuego y escapo de prisa
cual blanca gacela...
¡Qué bello pecado la coquetería,
prometer y nunca cumplir la promesa!

ROSARIO SANSORES

El germo

Para mi vida, hermana, yo pedía
un poco de ilusión, no más un poco
me insultaron por eso, hermana mía,
y me llamaron loco.

Para salir sereno en la porfía
de la existencia tras su embate recio,
yo quise un poco de sabiduría
y me llamaron necio.

Quise un poco de fe, y ávidamente
voló mi alma y el cenit transpuso,
y por eso, por eso solamente
me llamaron iluso.

Pedí a la vida un soplo de esperanza
para alcanzar hasta el confin lejano,
sin temores a insidia ni asechanza,
y me llamaron vano.

Quise entibiar mis noches, busqué el beso
del amor y a su cálido conjuro
sentir la vida, y nada más por eso
me llamaron impuro.

Para mi pobre vida pedí apenas
un poco de fortuna; receloso,
el egoísmo se ensañó en mis penas
y me llamaron ambicioso.

Hermana, hermana mía... fué el destino:
ya es tarde, y no concluyo la jornada
y es fuerza que no siga este camino
donde no hay nada... nada!

LUIS ROSADO VEGA

Hora de amor

No sueñes más, amor, con el olvido.
Es hora de cantar la nueva era,
y entre la sombra del jardín dormido
habrás de despertar la primavera.

Lo largo de este invierno me aniquila,
y entre la angustia enorme de esperarte,
ni la esperanza, esa falaz sibila,
viene a oficiar en el dolor de amarte.

Y sólo tengo una ilusión... No en vano
como prebenda a ese ideal arcano,
como un cordero le inmolé mi calma;

pues pienso que vendrás, y que algún día,
dejarás encendido de alegría
un pedazo de azul dentro del alma!

JORGE AURISPA

DE
LOS

P O E T A S

Fatum

Es inútil el sueño de tu dolor de ahora.
Alma, no es para ti: es del cercado ajeno.
Por más que yo quisiera no querria.
Hay cosas en la vida que no tienen remedio.
Amar por el amor toda una vida.
Vivir por el dolor todo un recuerdo.
Amar por sólo amar!
Pobre miraje de los ojos ciegos!
Sus ojos son fatales y su boca divina.
Fatalidad divina de lo eterno.
En su visión de nube se me nubló el destino.
Cuando pasó a mi lado yo no pisaba el suelo.

ENRIQUE BONCKS

MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS EN EGIPTO

(Continuación)

Quizás porque esperaba demasiado; por mi parte, fui presa de la mayor emoción al vagar por las ruinas de los vastos templos construidos en la orilla del Este, por diversas generaciones, y al recorrer el Lago Sagrado, custodiado por los grandes escarabajos sagrados de granito detrás de la gran sala hipóstila, dejé correr mi imaginación, conjurando la pompa de aquellos tiempos ya pasados, en que Egipto era la principal fuente de civilización del mundo. Allí, lo que se experimenta es indescriptible, y como sucede en la Acrópolis de Atenas, uno vuelve a las primeras horas de la mañana o a la puesta del sol, para apreciar su extraordinario y majestuoso aspecto. Las proporciones de la Gran Sala, son tan perfectas, que es difícil darse cuenta de que allí dentro, cabría la Catedral de Nuestra Señora de París.

Otro de los espléndidos templos de Karnak, es el de la Diosa Sekmet, con cuerpo de mujer y cabeza de leona, diosa de la guerra y el amor. El templo, es de pequeña estructura, sin ventanas, completamente distinto a los demás templos. En la entrada hay un patio, y en el centro un hall en el que permanece el dios Ptah. A la derecha hay una habitación pequeña que recibe la luz mediante una diminuta abertura en el techo y en la que hay la estatua de Sekmet una delgada figura de muchacha y cabeza de leona. Está en actitud de andar, con una pierna delante de la otra, y vista a media luz, da la expresión del odio contra el destino del amor y la muerte.

Aunque nuestro hotel era pequeño, no carecía de atractivo tiempo visitando las antigüedades de Tebas, no por esto descuidamos los bellos jardines y bazares de la ciudad moderna. Tomamos el té con el gobernador general, que nos explicó el punto de vista egipcio y sus aspiraciones de independencia absoluta para Egipto y el Sudán, también merendamos en la terraza, entonces desierta, del Palacio de Invierno, para pre-

senciar el magnífico espectáculo de la puesta del sol detrás del Valle de los Reyes.

Aunque nuestro hotel era pequeño, no carecía de atractivos. Albert Parker descubrió que el encargado del bar, un indigena que respondía al nombre de Aziz, elaboraba unos cocktails maravillosos, tanto, que pidió a Douglas lo agregase a nuestra servidumbre. Afortunadamente no tuvo éxito en su demanda, pues dos secretarios, dos ayudas de cámara y una doncella era ya suficiente personal para no tener que añadir un nubio, cuyo único mérito consiste en hacer excelentes cocktails.

Me hubiera gustado permanecer más tiempo en Luxor, pero Douglas estaba impaciente para emprender una excursión por el Desierto. Encargamos una caravana de camellos con tiendas de campaña y todo lo necesario para acampar varios días y nos dirigimos hacia el norte.

Después de una noche de viaje, llegamos al pueblo donde nos dirigimos a nuestro campamento (era la primera vez que uno de nosotros acampaba en un desierto). Todo estaba perfectamente arreglado. Las tiendas de abigarrados colores y colgaduras estaban bien alfombradas. Cada una tenía una cama, un tocador, una silla, una bujía y un espejito.

(Continuación de la pág. 16)

PARA LOS NIÑOS

tamos con su bicicleta, en la que ha obtenido grandes triunfos. En la fotografía le veréis, con su entrenador, en el velódromo de invierno, con su seriedad imperturbable de persona consciente de su importancia.

Este otro jinete de caballo de acero es de la misma edad que su colega inglés de que antes hablamos y, como él, tiene una gran afición al deporte que cultiva. Admira a los antiguos corredores ciclistas por su resistencia y su ciencia del pedal. ¿Cuándo este prodigio tomará parte en la Vuelta a Francia?



En la Edad de la Lactancia...

PREFIERA:

MILKO
M.R.

el mejor alimento a falta de leche materna.
Reúne todas las ventajas de la leche natural sin ninguno de sus inconvenientes.

Elaborada en Los Andes por la Compañía Agrícola SAN VICENTE
En venta en todas las Boticas y Droguerías.

PRECIO: \$ 4.80 el tarro en las provincias de Santiago y Aconcagua.

A base de leche desecada

LA RANA

(Continuación)

Nadie habría podido modificar su actitud de sonámbula que va hacia una obligación poderosa. ¡Nadie habría podido atenuar tampoco la emoción que me producía la buena señora yendo donde ella iba! Nada, ni los fards burlescos que la llenaban de muecas, ni las joyas de sus flacas manos, ni los complicados accesorios de su traje, tan azul y tan verde...

Creí escuchar bajo mi ventana una especie de roce... Mis miradas dejaron a la dama y vi lo que mis camaradas no podían distinguir desde abajo, es decir, un largo hilo delgado, que la señora Chablas arrastraba detrás de ella, y cuyo otro extremo desaparecía en la puerta ventana del gabinete de trabajo...

Pero antes de salir de mi estupefacción, yo había asistido al desenlace del drama. La señora Chablas sin una queja y de un solo golpe, cayó al suelo.

Se lanzaron gritos. Mourgue salió corriendo. Yo me eché hacia atrás. Era indispensable que no me sorprendiese. ¡Era indispensable! En ese momento, era ella para mí cuestión de vida o muerte, porque en el momento, la verdad para mí no tenía dudas!

Mis dientes chocaban. Un pánico contenido me hacía estremecer.

Bajé a pasos de lobo. Me mezclé a mis camaradas. Se decía que la señora Chablas, acababa de morir, ella también. Mourgue no había levantado sino un cadáver, vencido por la fatiga, él decía que se había dormido al lado de su madre. Ella había salido sola, sin despertarlo, y él ahora se desesperaba de no haberse levantado sino con los clamores de los alumnos.

A medida que escuchaba estos razonamientos, su veracidad se imponía a mi razón, la duda penetraba en mí, y el espanto se mezclaba con las más antagónicas ideas. Yo era demasiado nervio-

so y demasiado joven para disciplinar mis razonamientos. De repente me daba cuenta de como la experiencia de Galvani, pereccionada por Mourgue me había influenciado; la obsesión tenaz que había amalgamado este recuerdo a todos mis pensamientos y perdía toda confianza en mi lucidez. Otras veces por el contrario, la escena del balón se reproducía sobre la pantalla de mi memoria con una lucidez extraordinaria; el hilo enigmático se desenrollaba detrás de la señora Chablas; la veía cayendo. Me preguntaba qué fluido le había faltado de repente: ¿era el de Mourgue? ¿Era el de Dios?... Los argumentos se precipitaban en mi cabeza hacia la idea de una galvanización, y mi inteligencia, ahogada de espanto, cesaba de funcionar.

Los años me permiten hoy día, desenvolver los acontecimientos irrefutables, que entonces se impusieron a mí más o menos, sordamente.

La presencia del hilo, su invisibilidad relativa a los testigos situados en el patio, la convicción de Mourgue de que ningún otro testigo se encontraba apostado en los pisos superiores, la coincidencia de la salida de la señora Chablas, con la situación de los alumnos colocados en fila — testigos forzosos — frente al balón, el caminar extraordinariamente automático de la señora Chablas, su perfume más que nunca vehemente, su mirada extinguida, que por lo demás, mi posición me había impedido ver bien, la cantidad de pintura, que podía disimular tal vez la sepulcral palidez. Ahora bien, ¿Mourgue, no se había encerrado largamente en su gabinete, pudiendo a placer, confeccionar a la medida de un ser humano, el galvanizador de su invención? Mourgue, en una exaltación quizás fingida, no se había reservado el cuidado de velar y cuidar los despojos de su madre?

Todo esto formaba contra él un conjunto impresionante de cargos que nada venía a contradecir.

Pero nada tampoco se oponía a la versión la más sencilla del suceso. Para ser justo, no había que recordar que el

gabinete de Mourgue era el receptáculo indescriptible de una multitud de cosas. Había por el suelo, multitud de hilos eléctricos, a veces interminables y provistos de fichas, perfectamente propias para enredarse en el vuelo de una falda. Y yo os pregunto, ¿acaso una mujer que sufre piensa en otra cosa que en su sufrimiento?... Por otra parte, la señora Chablas, caminaba siempre de una manera mecánica, y la desesperación, la tortura moral, explicaban perfectamente, que esta particularidad se hubiese acentuado... Su maquiillaje no era tampoco una novedad. Y en fin, ¿qué interés habría podido tener Mourgue en retardar oficialmente la muerte de su madre? He aquí lo que yo no me explicaba en su origen, sin dar a la cuestión la importancia que ella merecía, porque yo me encontraba alucinado ante el horror de la hipótesis.

El problema, en suma, quedaba en pie para el niño que era entonces como queda aun en pie, para el hombre que ahora soy.

¿Fue una viviente a quien yo vi morir? ¿O había muerto ya la señora Chablas? ¿Fue en el salón donde murió? ¿O murió en el gabinete de trabajo si ella se refugió allí en un acceso de dolor? ¿Salió ella, no con vida, sino galvanizada y pilotada por el profesor Mourgue?

¿No murió acaso en la mañana misma en el cuarto conyugal junto al señor Chablas, y Mourgue la transportó al gabinete mientras yo iba a advertir al señor Bernardi? Y entonces, ¿quién murió primero, Filemón o Baucis?

En mi alma y conciencia, que nada sé, Y si yo tuviera la misión de juzgar este asunto, no me remitiría al testimonio de un niño impresionable, aunque este niño hubiera sido yo.

¿Juzgar? decís vosotros. El Código, ¿prevé acaso castigo para tales actos? Son ellos sacrilegos, es cierto, y funambulescos, pero pueden encontrar una excusa en la curiosidad científica. Y en último análisis no dañan a nadie, desde el punto de vista de la ley.

¿A nadie? ¿Crees así? Escuchad este fragmento de diálogo que yo sorprendí, algunos días después de la muerte de los esposos Chablas, entre el señor Bernardi, el estudiante de derecho, y el señor Lafont:

— ¡Se habla de un millón doscientos mil francos! — decía el señor Bernardi.

— ¿Y Mourgue lo recibe todo — preguntó Lafont.

— Todo. Hijo único... Puede decir que tiene suerte. Cuando se piensa que en la mañana de su muerte la señora Chablas no posea un centavo!

— ¿Cómo es eso?

— El señor Chablas no tenía otro heredero que su mujer. Piense que Mourgue no era pariente suyo de ninguna manera y que el difunto no ha dejado testamento. Para que Mourgue lograra la fortuna de su padrastro, era preciso que su madre heredase primero del señor Chablas, y que Mourgue en seguida heredase de su madre...

— Entonces — replicó el señor Lafont, si la señora Chablas se hubiera muerto antes que el señor Chablas, la herencia de éste pasaría toda al Estado, y Mourgue no tocaría nada?

— Perfectamente nada. Pero habría bastado para ello que la señora Chablas hubiera muerto al mismo tiempo que su marido, o que las circunstancias de



¡¡¡No los envidies!!!

Si te quejas, padeces y no puedes trabajar... tuya es la culpa. Ahí tienes las TABLETAS DE HELMITOL

Cualquier dolor es en la vida un gran impedimento: pero las dolencias causadas por las enfermedades de la orina, son terribles. — Nada hay tan insoportable y doloroso como los males abrasadores y punzantes de las vías urinarias. Para su alivio y curación tenemos las TABLETAS DE HELMITOL, las cuales, gracias a su fuerza desinfectante en las vías urinarias y riñones, regularizan las funciones de esos órganos, volviendo el enfermo a poder orinar normalmente y sin molestias.

No debéis esperar hasta que los dolores se presenten, sino de vez en cuando, por medio de la cura de HELMITOL, limpiar las vías urinarias.

Tabletas de Helmitol

(M. R.: a base de anhidrometilencitrato de hexametilentetramina)



sus muertes no permitiesen determinar con certidumbre, cuál de los dos había precedido al otro en la tumba.

—¿En verdad?

—Artículo 722 del Código Civil. "Si aquellos que han perecido juntos antes de los quince años cumplidos y menores de sesenta, siempre se presume que el hombre ha sobrevivido, cuando hay igualdad de edades o si la diferencia no excede sino de un año." Es el caso.

—En efecto, concluyó el señor Lafont con una sonrisa. En esas condiciones, Mourgue ha hecho la gran escapada...

Este fué el último eco que yo escuché de esta dudosa y dramática aventura. Mourgue tuvo el buen juicio, aunque rico, de conservar el colegio de Juan Jacobo Rousseau y de hacer economía de un profesor de ciencias naturales, y todos los años, recomenzaba para sus alumnos la experiencia de Galvani.

Yo asistí a ella puntualmente detrás de los vidrios, hasta que llegó mi turno de sentarme en los bancos de la clase de filosofía. Pero yo me impresionaba cada vez menos por un prodigio tantas veces contemplado; la ponderación de los grandes se apoderaba de mi cada día más; la rana de Mourgue dejó de interesarme.

MAURICE RENARD.

EL POETA

(José Zorrilla)

Yo tengo en mi guzla de son berberisco el germen del cuento y el son del cantar, y se oye en el son de mi canto morisco la brisa marina que orea el lentisco y el río que bulle cruzando el pelmar.

Yo vivo entre flores y duermo entre [aromas, mi kiosko perfume con indicas gomas y esencias de rosa, de mirto y azahar; arrullo en la siesta me dan las palomas, mi vida es un sueño sin hiel ni pesar.

Yo sé cuántos mitos la Grecia produjo, sé cuántos Egipto de la Asia introdujo, doquier que con pobre misterio, o con [lujo, alzaron los hombres a un dios un altar. De cantos y cuentos poseo un tesoro: yo soy el encanto del Indo y del Moro, yo soy la delicia del árabe aduar.

Yo sé lo que nadie en el mundo ya [sabe, yo sé las mil lenguas en que hablan el [ave la flor y el insecto, y el viento y el mar. Yo tengo de todas las lenguas la clave, yo sé lo que el viento le dice a la nave, yo sé lo que pia la alondra al volar.

Yo sé lo que augura la mustia corneja, yo sé lo que dice zumbando la abeja; del silfo que gime comprendo la queja, del fénix que expira comprendo el cantar.

Yo tengo en el arpa que guía mi canto el lánguido canto del ruido del mar, las íntimas notas que arrancan el llanto, las que hacen a un tiempo sentir y gozar.

Yo soy el poeta cuyo estro se inspira del Dios de los mundos lanzándose en [pos, yo soy el poeta de fe que respira el aura que viene del soplo de Dios;

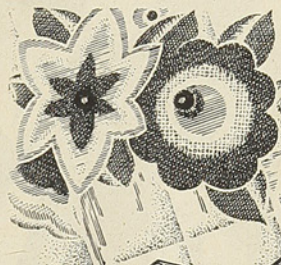
Yo soy el poeta que sabe el camino del cielo en que radia la faz del Señor: yo leo en las hojas de un libro divino la letra viviente de un Dios creador.

Yo sé cómo un día prendió en los es-[pacios cual toldo flotante de ingravido tul, en lazos y broches de sueltos topacios, aliento del mundo, la atmósfera azul.

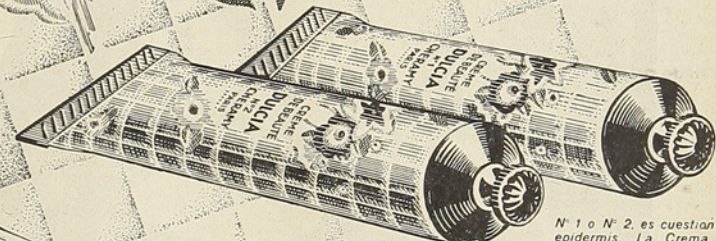
Yo veo la estela que en pos de sí deja la tierra a quien guía su fuerza interior: yo sé por qué es dulce la miel de la abeja,

yo sé por qué vuela tan alto el cóndor.
Yo sé cómo el viento se lleva a la nave.
Yo sé cómo el cielo la luz da color,
yo sé por qué silban el viento y el ave,

yo sé por qué mece la brisa a la flor:
yo sé lo que el hombre sin fe nunca sabe,
yo soy el que tiene del alma la llave,
yo soy el que sabe quién es el Amor.



¿CREMA N.º 1 o CREMA N.º 2?



N.º 1 o N.º 2, es cuestión de epidermis. La Crema es solo una — CREMA DULCIA.

La CREMA DULCIA, creada por CHERAMY, es la resultante de los últimos descubrimientos científicos. Embellece la epidermis de manera indiscutible y rejuvenece. Siguiendo un tratamiento regular, se parece tener 5, 10 y hasta 20 años menos de los que en realidad se tiene. La CREMA DULCIA se prepara en dos formulas: N.º 1 y N.º 2 ¿Cual escoger?

HAGA UNA PRUEBA GRATUITAMENTE

Corte (o copie) el presente bono y envíelo, después de llenarlo, a las señas indicadas. Pronto recibirá usted gratuitamente, después de llenados estos requisitos, dos tubos de prueba de CREMA DULCIA (1 tubo del N.º 1 y otro del N.º 2). Este excepcional proceder viene a demostrar, más que todas las afirmaciones, la confianza que se puede tener en un producto que se ofrece con tanta lealtad. Remita, pues, hoy mismo el bono porque el número de tubos de prueba es limitado.

Tarro \$ 6.50.— Tubo Grande \$ 5.—

OTROS PRODUCTOS DULCIA
Polvos \$ 4.—
Jabón \$ 3.—
Talco \$ 4.—
Precio en Santiago

Sírvase mandar, sin ningún gasto ni compromiso de mi parte

2 TUBOS (GRATUITOS)
CREMA "DULCIA"
PARA PRUEBA (N.º 1 y N.º 2)
a las siguientes señas:

Se

PARA BUENAS
IMPRESIONES
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION

DULCIA
CHERAMY
PARIS M.R.

LA MUJER EN EL HOGAR



Muchas veces me he preguntado: ¿por qué envidian algunas mujeres a sus amigas con profesión? ¿Es que no se creen dignas de merecer un título si sólo ejercen las funciones de ama de casa? Si nosotras mismas no estamos convencidas de su valor, no podemos reprochar a las demás por nuestro trabajo. Por eso, la mayoría de las veces, las amas de casa no se ven lo suficientemente recompensadas en su cumplimiento. ¿Y el ser una espléndida ama de casa no es una ocupación de la que toda mujer debería estar orgullosa de desempeñar, ya que es una de las más importantes para ella? A mí me parece que la verdadera ama de casa desempeña varias profesiones a la vez. ¿No hace ella de médico, enfermera, cocinera, modista, maestra y decoradora? Todas estas tareas las desempeña con frecuencia la mujer en el hogar. Hace las veces de médico para dar su primera ayuda en casos de caídas, cortes o quemaduras; de enfermera, para atender durante la infancia todas las enfermedades serias, donde muchas veces el dinero para una enfermera no alcanza.

Como cocinera, debe tener conocimientos de las diferentes substancias que contienen los distintos alimentos, y saber así preparar un menú rico en vitaminas y calorías en provecho de sus hijos y esposo, sobre todo si éstos son débiles y necesitan dieta. Al hacerse sus vestidos ahorrará dinero, que podrá invertir en el confort de la casa. Referente a ser la educadora de sus hijos, se reconocerá que la educación que da la madre

tiene tanta importancia como la de la escuela.

Y si pensamos en la tarea de las mujeres oficinistas, la mayoría de ellas, que se pasan el día en mal ventilados y mal iluminados escritorios, ¿están éstas en mejores condiciones que las mujeres haciendo los quehaceres de la casa? ¿Y en qué consiste el trabajo de la mayoría de las mujeres oficinistas? Levantarse temprano, vestirse apuradamente, tragar el desayuno, correr con viento o con lluvia para alcanzar el tranvía y llegar a tiempo para marcar el reloj controlador. ¿Y es esta tarea comparable a la de la mujer ama de casa, cuando se piensa que, día tras día hace la mujer con profesión el mismo trabajo, muchas veces sin ver el resultado? ¿Es esto menos monótono que el arreglo de la casa? Aunque cocinar todo los días nos parezca cansado, no podemos menos que sentirnos satisfechas al contemplar un plato que nos salió bien, sobre todo si recibimos el elogio de nuestros convidados, o la satisfacción que nos proporciona el vestido que acabamos de confeccionar, principalmente cuando lo llevamos puesto y nos miramos al espejo...

La tarea de la verdadera ama de casa tiene cierto mérito que le falta muchas veces a la mujer oficinista. La diferencia consiste en un algo espiritual... Ella tiene que crear la atmósfera del hogar, demostrando sus aptitudes artísticas en

la decoración de las habitaciones, haciéndolas confortables, dándoles cierto calor, que haga del hogar un lugar de reposo y bienestar.

Ella es la responsable si su marido busca distracciones fuera del hogar. No sólo debe desempeñar varias profesiones a la vez, sino que también debe ser psicóloga, conocer los gustos del marido para que éste necesite del hogar como algo indispensable en su vida.

En conjunto, la tarea de la ama de casa da ocasión a la mujer para demostrar sus múltiples dones. ¿Se le debe entonces considerar inferior a los otros oficios? Yo creo que no.

No quiero quitarle mérito a la mujer con profesión, ya que ella ha demostrado que también sabe, a la par del hombre, desempeñar cualquier puesto; y muchas veces las circunstancias la obligan a desentenderse de las ocupaciones del hogar; sólo deseo, con este artículo, que aquellas mujeres que estén convencidas de su valor como amas de casa, no se crean en ningún momento menos dignas de merecer un título que sus amigas con profesión.

ALINA PONCE

Cómo me inicié en el Cine

Por COLLEEN MOORE

Nací con ambición de llegar a ser actriz de cinematógrafo.

Desde mi primera infancia, en Tampa, Florida, cuando con mi hermano Cleve organizaba exhibiciones para divertir a los niños de la vecindad, tuve el deseo de actuar.

La primera oportunidad que se me presentó de realizar mis esperanzas fue cuando visité a mi tío Walter D. Hewey, director general entonces del Chicago American. Intervine en algunos papeles de "pequeña" en el viejo "studio" Essanay, de Chicago, pero éstos eran pocos y a grandes intervalos.

Sin embargo, las cosas empezaron a coincidir con mis deseos al presentarme mi tío a Mr. D. W. Griffith, quien me examinó y, finalmente, convino en someterme a una prueba de seis meses en su "studio" de California.

Mi próximo paso, y quizás el más difícil, fué lograr de mis padres, que vivían en Detroit, que me permitieran trasladarme a la costa. Después de mucho discutir, triunfé finalmente bajo la condición de que si fracasaba al final de mi prueba, debería volver a casa y continuar mis estudios en el conservatorio de música de la ciudad.

Y así, pues, una vez hecho todos los preparativos, me embarqué desbordante de orgullo y ambiciones, para el país del celuloide, bajo la cuidadosa custodia de mi querida abuelita, Mrs. Mary Kelly.

En el tren, mis pensamientos se atropellaban veloces. ¿Qué me depararía el porvenir? ¿Vencería o, al final de la prueba, me vería obligada a regresar a mi casa y a aceptar mi derrota? Confiaba en lo mejor.

Luego, Hollywood. Su aspecto era igual al que mi imaginación me había pintado. En la realidad era incluso más bello. En el "studio" encontré a Lillian y Dorothy Gish, Alma Rubens, Bessie Love, Mildred Harris, Carmen Myer y muchas otras muchachas ya incorporadas. Fueron extremadamente buenas conmigo y el futuro me pareció verdaderamente de color de rosa.

El término de mi prueba de seis meses llegó demasiado pronto. Me hallaba ansiosa, esperando la decisión de Mr. Griffith. Finalmente, recibí una nota. Sentí deseos de gritar de felicidad. Mi contrato era renovado y mi sueldo aumentado a la enorme suma de cincuenta dólares por semana. Pensé que había "llegado", porque mi primer papel, desempeñado después de este contrato, fué el de la heroína de "The Bad Boy".

El "studio" se cerró, a raíz de ello, por falta de fondos y yo me encontré sin trabajo. ¿Qué hacer? Buscar otro compromiso, naturalmente. Esto era más fácil de decir que de hacer. Sin embargo, finalmente desempeñé un papel secundario en "Little Orphan Annie", en el "studio" de Selig. Con suerte, ¿no les parece a ustedes?

Esto me ayudó muchísimo; luego aparecí en otras dos cintas; "The Busher" y "The Egg Crate Wallop", con Charles Ray. Más tarde fui protagonista de "Dinty", bajo la dirección de Marshall Neilan.

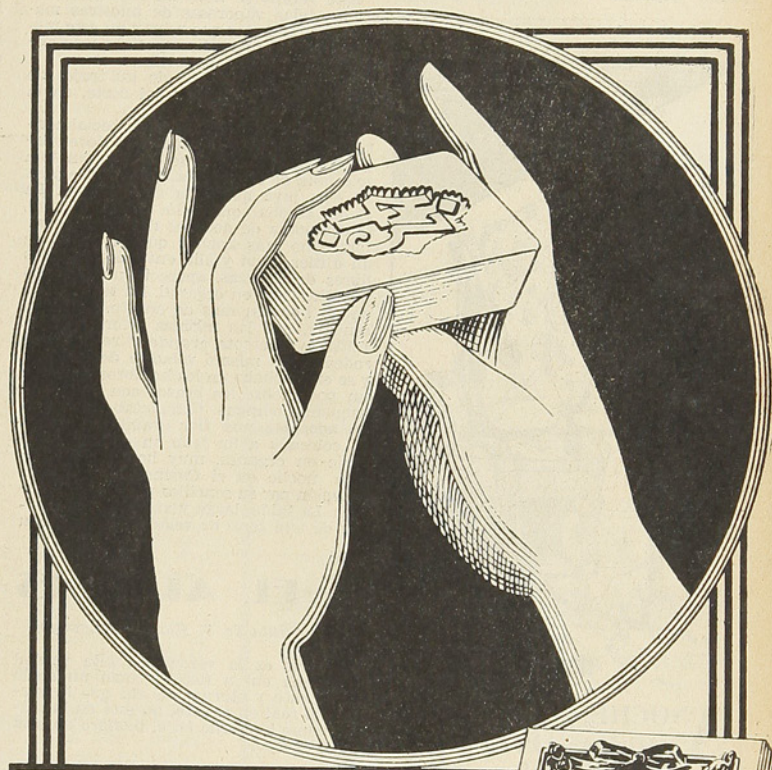
Allá por entonces trabé conocimiento con John Mac Cormick, quien, más que cualquier otra persona, me ayudó a escalar el triunfo. Nos casamos durante la "filmación" de "Flaming Youth", cinta en la cual, y por primera vez, alcancé la constelación de los astros.

Los empresarios parecían convencidos

de que me adaptaría a los papeles de "flapper". No obstante el dinero, me dieron un argumento de naturaleza más seria: "So Big", que me gustó muchísimo. Después tomé parte como "estrella" en "Sally", "Irene", "Naughty But Nice", "Lilac Time", "Synthetic Sin" y "Why Be Good". Mi primera película parlante por completo fué "Smiling Irish Eyes". He gozado al hacerlas todas. El trabajo cinematográfico proporciona esta clase de alegrías. Nada puede compararsele.

Naturalmente, no todo son rosas. Recuerdo, y con mucha precisión, que mientras se preparaba la película "The Desert Flower" caí de espaldas de una carretilla y sufrí la luxación de una vértebra de cuello. El dolor fué algo terrible y, para colmo, no pude trabajar durante dos meses.

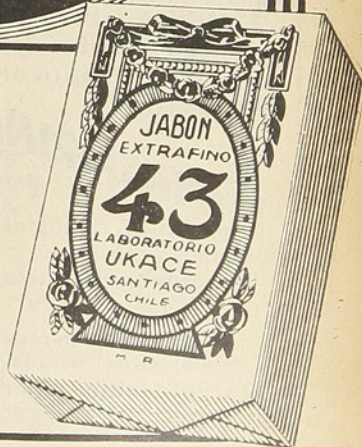
En otra ocasión, en "Twinkletoes" trabajé catorce días y otras tantas noches, prácticamente, sin dormir. Pero, a pesar de todo, me agrada el oficio y el cinematógrafo es cinematógrafo.



EL MAS DELICIOSO
DE LOS JABONES
FINISIMA ESPUMA
Y RICO PERFUME

EL PAN

\$ 1.-



TRAJES DE BAÑO Y DE PLAYA

La moda en la playa tiene muchos puntos de contacto con la moda de la noche. Se encuentran en ella los grandes escotes; ya que al tostarse la piel, debe esta guardar la misma línea. Los pijamas, tan importantes ahora en las playas, son muy amplios abajo: cortes en forma, godets, tablas, etc., que parecen más una falda que un pantalón.

Los trajes de playa son de dos clases: Los primeros, y de mayor utilidad, los destinados a disimular el "maillot".

Esta es la base; lo demás es llegar a reducir al mínimo, la tarea de desvestirse. Una falda corta, en forma, plisée a tablonos, chaquetas y sacos de largos variados, "pijamas" con bretelles, pantalones

cortos, amplios, etc., todo aquello que pueda quitarse con facilidad al entrar al agua.

Con la segunda categoría de trajes, no se habla de bañarse, sino de pasar agradablemente algunas horas de playa.

En primer término están los trajes escotados como un traje de noche, pero cortos y sencillos como uno de deporte, y que se completan a menudo con un saquito.

Los "pijamas" constan en general de tres piezas: pantalón, pequeña blusa y chaqueta; sobre este tema hay una infinidad de variantes, entre las cuales, las más sencillas y clásicas son al mismo tiempo las más elegantes. Las telas son rústicas y lavables: piqué, shantung, hilo y todos sus derivados, siempre preferibles a las sedas; lo mismo que las telas de colores lisos: blanco, celeste, amarillo, verde veronese y azul ultramar, se prefieren a los imprimés.

ORGANDI

Este verano se nota un resurgimiento de las telas vaporosas de nuestras madres, y una de las que reinan en este momento es el organdi, especialmente patrocinado por Chanel.

El encanto principal de los trajes de organdi reside, además del corte, en la tela en sí.

Uno de los que me llamó especialmente la atención lo llevaba una joven inglesa. Era enteramente blanco, sin una sola nota de color de la cabeza a los pies. Ni una jaya quebraba su blancura. La falda amplia, que salía del talle alto, se componía de docenas de pequeñas alforzas no más anchas que la punta de un alfiler. Aquí y allá entre los espacios libres de alforzas, aparecía un pequeño voladito tieso en organdi. En toda la falda no habrían más de cuatro. La blusa sencilla, con las mismas alforzas de la falda, y el escote grande y redondo, se rodeaba del mismo voladito de la falda y se ensanchaba en los hombros, cayendo un poco sobre los brazos con efecto de pequeñas mangas. Completaba este traje adorable una flor grande en organdi colocada a un lado en el talle. Otro traje en organdi, muy bonito, lo vi la otra noche en el Casino. Llamaba la atención por su sencillez y era color amarillo. La falda, larga y amplia, se componía de una serie de volados que bajaban

desde las caderas, cayendo uno sobre otro hasta el ruedo. El cuerpo y las caderas ajustadas. Y el consabido cinturón en la misma tela del traje, con una hebilla de piedras del Rin. El rasgo interesante de este modelo era el fichú ribeteado con un pequeño voladito en organdi, que bajaba de los hombros en una línea graciosa y original.

Los colores pastel, tan delicados, que son una característica del organdi, son especiales para trajes de cortejo, y en esta estación muchas novias han elegido el organdi para sus "bride maids".

LOS COLORES PASTEL PARA TRAJES DE VERANO

Los trajes de verano que se vieron en Le Touquet y Deauville confirman la importancia del shantung en esta estación, aunque el piqué, sedas y todos los hilos han sido valorados esta vez.

Los colores pastel han tenido gran aceptación. Se ha visto el azul en todos los tonos. Si alguna vez París entero se ha consagrado a un solo color, esta vez ha sido el azul del verano, que ha variado desde el azul indigo hasta el celeste más pálido. No se han olvidado, sin embargo, los rosas, beige, verdes y blancos.

EL ARTE ES LA VERDAD

(J. Zorrilla de S. Martín, uruguayo)

El arte es la verdad, la alta verdad inculcada en la ficción como un soplo vivificante y eterno; de ahí que la verdad, lo real en el arte, no esté en la forma, lo eterno en el hombre no está en el cuerpo.

El arte contribuye poderosamente a la felicidad y al mejoramiento sociales... ¿Será porque copia o reproduce lo que existe materialmente, lo que todo el mundo ve y toca, y porque consigue despertar en el hombre las mismas impresiones que las escenas reales despiertan en él?

Todo lo contrario. El arte contribuye al mejoramiento social porque, por medio de él, el común de las gentes participa de la visión de los hombres excepcionales, y se eleva y ennoblecen en la contemplación de aquello cuya existencia no conocería si el poeta no le dijera: levanta la frente; sube conmigo a las regiones de la belleza; la atmósfera es pura porque acaba de atravesarla la tempestad del genio, que, como las tempestades de la tierra, purifican el ambiente.

En una palabra: el arte no es otra

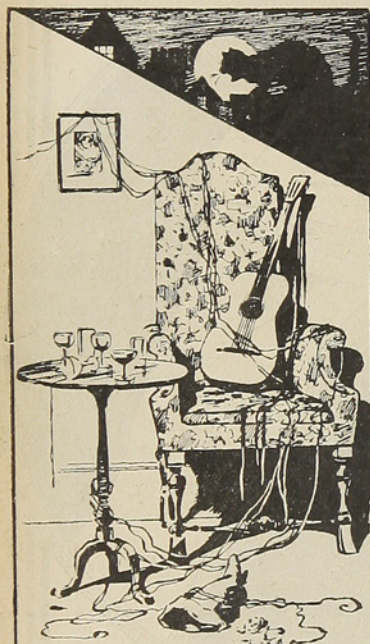
cosa que la reproducción sensible de la vida ideal.

Y la vida única de la inteligencia es la verdad, como la única vida de la voluntad es el bien.

De ahí que la única fuente de belleza artística sea el pensamiento en que el bien se difunde y la verdad esplende...



—¿A que no sabes en qué estoy pensando?
—Tú estás pensando lo mismo que yo.
—Bueno: pues al primero que pase le pedimos un cigarrillo...



ANOCHE, ¡qué horas tan deliciosas! Pero hoy... qué dolor de cabeza y qué cansancio. Cuanto antes una dosis de

CAFIASPIRINA
BAYER

Alivia rápidamente,
levanta las fuerzas y
no afecta el corazón
ni los riñones

Tubos de 20 tabletas y
"Sobrecitos" de una.

¡No acepte tabletas sueltas!

A base de Eter compuesto etánico del ácido orto-benzotico con 0.05 gr. Caféina.

LAS REPRESENTANTES DE LAS VEINTICUATRO NACIONES EN EL CONCURSO DE BELLEZA DE RIO DE JANEIRO.

(Continuación)

premio fué discernido a la señorita Yolanda Pereira, Miss Brasil. Es una morena magnífica, de impecables facciones. La nueva Miss Universo, recibió 10.000 dólares en dinero, y tanto en objetos diversos. Dos segundos premios de 1.000 dólares fueron concedidos a Miss Grecia y a Miss Portugal. Miss Grecia, que lleva el nombre de Alice Diplarakou, tenía ya el título de Miss Europa, pues en una competencia anterior, realizada bajo los auspicios de "Le Journal", en febrero último, había sido clasificada a la cabeza de sus rivales del Viejo Mundo. El jurado de Rio de Janeiro, ha sancionado una vez más este veredicto. Miss Estados Unidos, a su vez, obtuvo el tercer premio de 500 dólares.

Las colonias europeas de la América Latina, han ofrecido gentilmente a las concursantes magníficos regalos. Miss Francia, recibió un cheque de 50.000 francos y Miss Portugal, de 150.000.

La población de Rio de Janeiro ha demostrado un gran entusiasmo por las reinas de la belleza, que ha tenido el honor de recibir. Fué un espectáculo magnífico y grandioso el desfile de las veintiseis candidatas, cada una en un automóvil empujados con sus colores nacionales, por las avenidas de Rio Branco y de Biramar. Todo a lo largo de este triunfal paseo de diez y seis kilómetros, fueron aclamadas por un millón de espectadores.

Desde ahora se hacen ya los preparativos para el Concurso Mundial de 1931. Nuestro país ha aceptado patrocinarlo, enviando a Francia un barco que traerá a Santiago a las concurrentes europeas. El primer premio será de 20.000 dólares en especies.

PETICION DE MANO

(Continuación)

rimentado, este variente elegante y rico la ha elegido entre todas... ¿Podía ella soñar con existir todavía, con ser mujer, joven, dichosa? Sin embargo, protesta, esclava de su deber materno).

Magda.— Señor Frilav, mi hija aún no se ha casado y, aunque me siento honrada, me es imposible...

Frilav.—Pero si el mejor medio de encontrar un marido para su hija es casándose usted, señora!... Reflexione un instante. Ud. vive sola con ella. Es usted encantadora, pero la gente joven, en otros tiempos, titubea cuando saben que, al casarse no podrán vivir solos... Comprendame... Usted no tiene más que su hija... se ha consagrado usted a ella... y sería inhumano obligarla a que la dejase a usted sola... Sin embargo, debemos ser razonables y comprender el egoísmo de un matrimonio joven que desdeña la presencia de un tercero... de una mamá política... Por buena ventura que sea... Por eso, casada usted de nuevo, desaparece de inmediato el inconveniente, y su hija podrá hallar con mayor facilidad el hombre que deberá hacerla dichosa...

(Magda no responde. Comprende que Frilav está en lo cierto. Por el bien de su hija debe, pues, casarse... Pero no es sólo por eso. Magda acepta por sí misma, se siente dichosa, muy dichosa, de saberse aún atractiva, capaz de inspirar amor en un hombre).

Frilav. (Ha guardado silencio por un instante, esperando la respuesta de Magda: luego, retomando el hilo de sus pensamientos, continúa): ¿Cómo ha podido usted creer, señora, que entrase en mi orden de ideas el cometer semejante locura? ¿Casarme con una niña!... ¿Cómo no ha comprendido usted en seguida toda mi simpatía por usted?... Cuando la encontré por primera vez en casa de su hermana, cuando la vi tan reservada, tan discreta, tan amable, tan sin apoyo, con toda la gracia humilde, con toda la dulzura exenta de coquetería de las mujeres de antaño... comprendí de inmediato toda la dicha que podría encontrar a su lado un hombre como yo. Un hombre experimentado, haziendo de mujeres maquilladas, de las bellezas febriles y ansiosas de dominio que arrastran al abismo con sus ímpetus pasionales... Un hombre como yo, un hombre de mi edad no busca a esas mujeres, busca a la compañera sencilla, razonable...

(Frilav sigue hablando, desarrollando su pensamiento... y Magda comprende ahora bien por qué es la preferida entre todas las mujeres que el experto hombre de mundo trata y frecuenta. Experimenta una tristeza infinita. La transición ha sido demasiado brusca. ¡Y ella que había creído!... Ahora siente deseos de gritarle con toda la amargura de la decepción que él le aflige a cada palabra: "Si me elige usted porque no soy joven, ni demasiado bella, ni dominante, ni febril, ni nacional ¡déjeme"!... Pero no puede, no debe obrar así... por su hija).

Frilav.—Comprende usted bien mi sentir, señora... ¿Acepta usted?

Magda. (Trémula, balbuciente).—Sí. Acepto, amigo mío... ¡Gracias!

"Para Todos"—4

No sea Ud. el esclavo de su estómago

Toda clase de desórdenes gástricos e intestinales, como:

FLATULENCIA

ERUCTOS ACIDOS

GUSTO PUTRIDO

ESTRESIMIENTO

desaparecerán rápidamente con:

GOTAS JERUSALEN

BOTICA DEL INDIO

ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

Ahumada esq. Delicias

— Casilla 959

SANTIAGO

Base: Calom. Absinth. Gent. Chin.

UNA SILUETA ELEGANTE

obtendrá usted en muy poco tiempo, haciendo desaparecer la obesidad y gordura excesiva tomando:

Tabletas Phytolina

M. R.

Concesionarios para Chile, de este producto:

BOTICA DEL INDIO

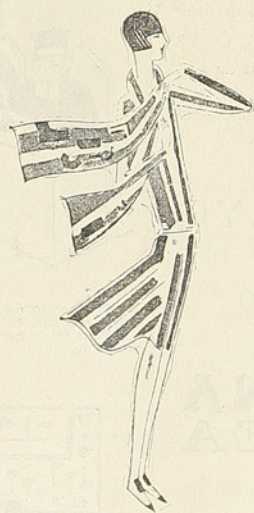
ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

AHUMADA ESQ. DELICIAS

— CASILLA 959

SANTIAGO

Base: Phyt.B.



Un secreto de Francia



Las FAVORITAS de los reyes se bañaban en crema para conservar la piel satinada, flexible y de lechosa transparencia. La mujer moderna ha descubierto el secreto de un sustituto económico, pero igualmente eficaz, y cede su secreto a las encantadoras mujeres de la América.

Basta agregar al baño unos puñados de Maizena Duryea. Después, bañarse como de costumbre usando el jabón predilecto. Esto basta para que la piel quede tan suave y satinada como un pétalo de rosa.

Este verdadero baño de belleza le deja al cuerpo, además, una sutilísima capa de Maizena Duryea que lo protege del roce de la ropa y de la humedad del ambiente. Haga usted la prueba y déleítese.

WESSEL DUVAL Y Cia

Casilla 96-V

VALPARAISO

MAIZENA DURYEA



Los bonitos abrigos de lana

En previsión del frío riguroso anunciado para el próximo invierno, es necesario aprestarnos a confeccionar o a comprar, el indispensable trousseau de abrigos de interior, en lana caliente, que nos preservarán de los mil inconvenientes que trae consigo ese frío.

Ciertamente, las damas que tengan tiempo disponible, preferirán trabajar con sus hábiles manos, que saben manejar igualmente bien el crochet y las agujas, en esos complementos inevitables de nuestra toilette.

Antes que todo, es útil, escoger una lana ligera que no pese sobre nuestros hombros y cuya dulce tibieza, sin embargo, nos penetrará confortablemente.

En la casa necesitaremos primeramente, para usar sobre nuestros vestidos de lana—esos vestidos que son un término medio entre el deshábille y el traje de deporte, con las cuales podemos recibir a nuestros amigos íntimos y presidir la mesa de familia—tendremos necesidad, pues, de uno de esos pintorescos chalecos sin mangas que se pueden tejer con lana de un solo tono y el borde de otro color, o en combinación una mezcla de tonos. Ese chaleco puede tener la forma de un pequeño saco sin mangas o estrictamente de esos chalecos de piqué o de raso, que llevamos con los vestidos tailleurs.

Existen también en el mismo orden de ideas, los sweaters. Con mangas naturalmente, con o sin cuello, y bordeados de una banda angosta, trabajada en otro tejido, o en otro tono de lana.

Además de las echarpes, tenemos aún los chales, esos preciosos chales hechos

generalmente de flores reunidas las unas contra las otras, flores verdes con el centro de oro, por ejemplo, flores rosadas con el corazón azul y terminadas en una franja ancha de realización delicada y bonita.

Todos esos abrigos, sin necesidad de advertirlo, son lo bastante coquetos para poderse usar no solamente entre la casa, sino también para las mujeres que trabajan en su oficina y hasta pueden muy bien llevarse bajo el paletó, durante el invierno.

Para la mañana, para dedicarnos a nuestras ocupaciones del hogar y de la toilette, completaremos el confort de nuestra bata, con una de esas charmanes "matinées", tejidas en una puntada bastante floja y suave, muy amplia, con mangas anchas en su parte baja.

Muy útiles también para las horas de reposo y de lectura, bien sea en el diván, después del almuerzo, o en la cama antes de entregarse al sueño, serán las "liseuses", que se harán siempre en lana de tono claro, en armonía con el color de nuestras camisas de noche. Las liseuses tendrán largas mangas, forma pagoda, un pequeño cuello y una cinta que se anudará haciendo un bonito lazo para precabar la garganta del frío de la noche. Esa cinta puede ser del tono general de la liseuse o en tonos degradados, formando contraste. Algunas mujeres coquetas que no saben dormir o permanecer en el lecho sin una elegante cofia que proteja la ondulación del cabello, o los bucles, buscarán la perfecta armonía entre la cofia, la camisa y la liseuse.

Volviendo a los sweaters, la moda que rige la toilette de otoño, se ocupa muy especialmente en este momento, de los pull-overs, y sweaters. A causa de los días más frescos, los sweaters tejidos han vuelto a ocupar su lugar, perdido en las estaciones pasadas. Y aunque este abrigo no se considera de gran elegancia, se lleva sin embargo por gran número de damas que lo encuentran cómodo.



—Su marido ha jurado que si la golpeó a usted, fué con el pañuelo de las narices.
—Pero él no ha dicho que se suena con la mano derecha.



EL VECINO (al ladrón).—No se asuste usted; soy el vecino de al lado. Sólo vengo a decirle dónde tienen el fonógrafo y los discos.

CANOSOS

NO PIERDAN SU TIEMPO EN ENSAYOS CUANDO TIENEN A LA MANO

LA

TINTURA FRANCOIS
INSTANTANEA

M. R.

La única que devuelve en algunos minutos y con una sola aplicación el color natural de la juventud en negro, castaño oscuro, castaño y castaño claro, y que ha probado sus buenos resultados desde 20 años, que se vende en todas las Farmacias.

Autorizada por la Dirección General de Sanidad, decreto N° 2505.

Lo que dicen los grandes modistos sobre los vestidos de novia

PATOU

Si presento algún vestido de novia es sencillamente para aumentar el interés del espectáculo, pero en realidad el escoger un vestido de esa clase es materia muy complicada. Ante todo, es necesario conocer a la futura desposada, y después han de reunirse lo menos diez personas, para aunar sus ideas, de modo que la nueva creación sea con exactitud la que conviene a la que le está destinada. Tanto el corte como el género, se han de escoger con gran cuidado.

El velo ha de ser de tul o encaje, según el color del cabello de la novia. Algunas veces se combina el tul con el encaje. Que el vestido sea con o sin cola, depende de la figura de la desposada. En ocasiones se escoge el modelo de un vestido de sociedad y se transforma en vestido nupcial, mediante ligeras modificaciones. Generalmente se completa el atavío con un ramo grande o pequeño de flores naturales o de cera.

MADAME CHANTAL

¿Me pide usted mi opinión sobre vestidos de novia? Pues responderé francamente que la mayoría de ellos me parecen feos. Con mucha frecuencia son vulgares, otras veces son de época, y las rígidas líneas de otros tiempos, se amoldan mal a la figura moderna. Algunos son de una desesperante sencillez y otros llevan larras colas que a manera de manto arrancan de los hombros, hechas con los encajes de familia. ¡Pobres encajes de familia! ¡Cuánto mejor estarían colocados en una vitrina! Es un verdadero crimen recortar esos valiosos recuerdos del pasado para adornar un vestido que no los ha pedido ni los necesita.

En los cuatro años que llevo haciendo vestidos de novia he acertado casi siempre, porque pongo especial cuidado en que la línea sea muy pura y tenga elasticidad en la cintura. Jamás he coloreado la cola de los hombros. El velo es mejor cuanto más fino sea, pues así permite que la figura pueda lucirse. Terminaré afirmando que el chiffon, aunque no tan rico ni vistoso como otros géneros, se presta en extremo para hacer con él frescos y vaporosos vestidos de novia.

Como última palabra diré lo que he visto en una boda muy elegante a la que hace poco he asistido. La desposada lucía un vestido muy sencillo de raso blanco hasta el suelo. Tenía núdico escote redondo, se ajustaba a las caderas y desde ahí hasta abajo caía en graciosos pliegues. La cola era una prolongación del bajo de la falda. El ramo era de rosas blancas, y la corona, o mejor dicho diadema, era de menudas perlas y suletaba el velo.

La madre de la novia llevaba vestido de chiffon azul marino con pliegues horizontales, que desde las caderas caían hasta el suelo. Completaba el atavío un sombrero de paja barnizada azul marino muy ceñido al rostro, y con una ala sobrepuesta de oreja a oreja, pasando sobre el casco a manera de nimbo.

Entre el elemento joven, los dos conjuntos que más me llamaron la atención, fueron un vestido de chiffon rosa floreado, con gran sombrero de paja y otro del mismo género, pero en color chambragne liso, de un corte muy complicado en las caderas y saliendo de ellas el vuelo hasta bajo de la falda. Por sombrero un turbante del mismo género del vestido, drapeado con mucho arte.

Aunque se dice que generalmente la primavera es la época de las bodas, el amor no se va a suletar a una determinada estación, y en todo el año, gracias a Dios, se celebran numerosos casamientos. No a todos les es dado santificar su cariño en el hermoso mes de las flores.

Mucho se ha escrito acerca de lo que debe vestir una novia, pero las muchachas que asisten a la ceremonia también merecen que se les consagre una atención. Los detalles de su atavío deben ser acertados y los colores bien escogidos, a fin de que formen un conjunto artístico, con torno de la inmaculada albur de las galas nupciales.

Las jóvenes que asisten a una boda, deberían ponerse de acuerdo al escoger los vestidos, para que éstos fueran, si no iguales, homogéneos, con objeto de que entre todas exista la armonía que reina en un bien hecho ramo de flores.

En las bodas a usanza francesa, la moda actual impone una parejita infantil entre cuatro y ocho años, marche delante de la novia. El niño viste pantalones largos, y chaquetita corta de raso blanco, y la niña largo vestido de estilo del mismo género, y gorrito muy ceñido de encaje de plata. Es un costumbre de muy buen gusto que ya va implantándose entre nosotros, y no ha mucho hemos visto en el casamiento de una de nuestras amigas, a los dos hermanitos de la novia, el niño con traje marinero de finísimo dril completamente blanco, y la nena con un pomposo vestido de organdi del mismo color, completado por amplia pamelita de paja de Italia. Jane Billioque y Lavin son las dos casas que más se dedican a esta especialidad.

DOS ARTISTAS (Continuación)

—Sí, yo fui; te olvidaste de ponerme el anillo de matrimonio, así que creí que debía enmendar el error.

—Bien, ¿eso no más?

—Un poquitito... arreglé un poquitito la expresión del rostro; tú sabes que ése es mi fuerte... un poquitito... ¿no te importa?

—No, dijo él mirándola a los ojos, lo cierto es que no te conozco bien todavía; pero ahora sí...

Suavemente tomó su brazo y la condujo por las galerías hasta la puerta. Los autos pasaban seguidos, como la corriente de un río. El chauffeur de uno adivinó y paró frente a ellos.

—¿Qué dirías tú si hicieramos la paz y nos fuéramos a París, por ejemplo? dijo Santiago, con la puerta del taxi abierta.

Otra vez la sonrisa encantadora curvó los labios femeninos.

—Conozco una parte mejor.

—¿Dónde?

—Aquí, en Londres... la picecita esa entre los dos estudios... ¡nuestro nido!



¡Qué fea se encuentra!

Su cutis no tiene hoy su frescura y encanto que todos admiran en él. Las preocupaciones de ayer y la falta de sueño anoche, han dejado marcadas huellas en su rostro. ¿Por qué no tomó Vd. las Tablettes de ADALINA? que sin causar efectos nocivos proporcionan un sueño sano y reparador, fiel guardián de su hermosura.

Tomando las Tablettes de ADALINA, se levantará Vd. contenta, con nuevos ánimos, y verá todo de color de rosa.

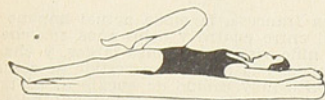


Tablettes de
Adalina

La cruz Bayer M.R. - Adalina M.R.:
a base de Bromodietilacetilurea



El ejercicio prolonga la juventud



Esta serie de ejercicios está destinada a suministrar al sistema muscular y respiratorio, o sea a toda la economía vital, el estímulo necesario para conservar el vigor, la salud y la esbeltez juvenil.

La práctica de estos ejercicios, acompañada por un régimen dietético adecuado y métodos higiénicos de vida, habrán de ir más lejos que todas las medicinas o cosméticos descubiertos o inventados por el hombre.

Practicados con constancia, los resultados muy pronto habrán de compensar con creces el pequeño sacrificio que nos impone en nuestras faenas cotidianas.

I

1. Acuéstese de espalda con ambos brazos descansando al lado de los muslos.

2. Levante la rodilla derecha vigorosamente hacia el pecho, alzando a la vez el brazo izquierdo por encima de la cabeza. (Véase ilustración No. 1).

3. Alterne el movimiento con la pierna izquierda, que se levantará simultáneamente con el brazo derecho.

4. Contraiga fuertemente los músculos de la pierna y el abdomen, no así los de los brazos, que deberán moverse suavemente sin contraerse.

Repita estos ejercicios, respirando fuertemente durante el transcurso de los mismos, y el de todos los demás que se darán en esta Sección, terminando cada movimiento con fuertes inspiraciones.

II

1. Acuéstese de espalda con las rodillas

LOS MEJORES SISTEMAS DE IMPRESION



UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

TIENE INSTALADOS PARA SATISFACER A SUS CLIENTES

levantadas y descansando las plantas de los pies sobre el colchón. Suba los brazos por encima de la cabeza.

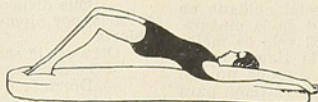
2. Levante el cuerpo en forma de arco, de suerte que el peso descansa sobre los hombros y pies. (Ilustración No. 2).

3. Describa un círculo con las caderas o cintura, moviéndolas hacia la derecha, primero; de ahí hacia arriba; después hacia la izquierda y hacia abajo, sin tocar el suelo. Ahora describa el mismo círculo, pero en dirección contraria. Repita cada uno cinco veces.

4. Al estar en el punto más bajo del círculo, contraiga hacia dentro los músculos del abdomen, soltándolos al colocarse en la posición más alta. Estos ejercicios los hallarán nuestras lectoras algo difíciles al principio. Practíquenos asiduamente y verán cómo con ellos se reducirá notablemente la línea alrededor de la cintura y abdomen.

III

1. Siéntese sobre los talones con las rodillas en el suelo y los brazos exten-



didos hacia el frente. Ambas manos separadas no más allá del ancho de los hombros. (Ilustración No. 3).

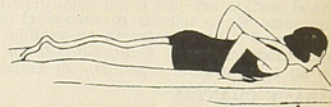
2. Levante el cuerpo moviéndolo hacia adelante, hasta extenderse boca abajo en el suelo, sin mover la posición de las manos o rodillas. (Ilustraciones números 4 y 5).

3. Levante el cuerpo, moviéndolo hacia atrás, sin cambiar de posición las manos y rodillas, hasta colocarse en la primera posición. (Ilustración No. 3).

4. Continúe este movimiento de balanceo hacia adelante y hacia atrás, reposando y reanudando los ejercicios respiratorios.

IV

1. Póngase de pie con las piernas ligeramente separadas. Reclínese como si se fuera a sentar, con las rodillas ligeramente dobladas.



2. Mueva o eche hacia adelante la cintura o cadera, enderece mientras tanto la rodilla, hasta quedar de pie.

3. Eche ahora las caderas hacia atrás y hacia abajo, como si fuera a sentarse, (doblado gradualmente las rodillas de nuevo), y de ahí hacia adelante, repitiéndose el movimiento hasta quedar de pie. Esto describirá un círculo en el movimiento de las caderas, ayudado por los músculos de las rodillas y piernas, o sea: Hacia adelante, de pie, hacia atrás, hacia abajo, hacia adelante otra vez, y de pie.

4. Los músculos abdominales se contraen al bajar las caderas, y se dilatan hacia afuera en el momento en que la cadera asciende.

5. Este ejercicio también es algo difícil, pero practicándolo asiduamente se fortalecerán los músculos abdominales, reduciéndose la línea del vientre.

En el próximo número continuaremos esta serie de ejercicios para fortalecer y a la vez realzar y embellecer el cuerpo femenino.

No salga a viaje
sin llevar consigo
una cajita de

OBLEAS MARIA

El medicamento que más rápidamente quita

**DOLORES DE CABEZA
Y DE MUELAS,
RESFRÍOS,
GRIPPE
Y MAREOS
DE VIAJES.**

EN LAS BUENAS FARMACIAS.

Base: Ac. acetilsalicílico, cafeína, fenacetina y acetanilid.

EL GUARDARROPA DE UNA PATRICIA

Curiosas lectoras, ¿queréis saber qué prendas usaba una gran dama romana, patricia o simplemente rica? Vamos a complacerlos, pero nos habéis de permitir que denominemos con sus nombres latinos la infinidad de vestidos que aquellas, también coquetas, usaban.

En primer lugar, en el armario ropero de una señora de entonces, había: el "subparum", especie de camisa de lienzo fino o de seda; después, la "castula", equivalente al corsé de ahora, sin baleas, que algunas reemplazaban con la "strophia", hecha de tiras de cuero acoladas, que tenía el mismo objeto. En Roma no se conocieron ni la falda, ni el pantalón, ni la "combinación". La señora romana, sobre la camisa se ponía la "tunicula", semitúnica que llegaba hasta las rodillas y ordinariamente rodeada de bordados, pero podía reemplazarla por la "ralla" o la "spissa", otras semitúnicas muy sencillas, o la "patagiata", adornada de flores de oro y plata.

La gran dama romana tenía también: la "impluviata", vestido largo y cuadrado; la "crocula", vestido corto de color de azafrán, o el "suitoleum coesicum", vestido muy abierto por delante, o también la "tega", que nosotros llamamos toga, vestido de forma semicircular, común a los dos sexos. La toga envolvía el cuerpo, excepto el brazo derecho que quedaba enteramente libre. El arte de los costureros de entonces se limitaba a plegar la toga de modo que los dobleces de delante fueran graciosos.

Para el interior de la casaca señora romana llevaba el "entusiastat", es decir, un peñador; para el circo o las ceremonias podía elegir entre el "oenomides", vestido muy ajustado al talle, que dejaba descubiertos los hombros, la "exotica", vestido importado de Asia; la "regilla", vestido ancho de larga cola adornado de pieles finas; la "basilica", vestido llamado real, muy rico y la "mendidula", vestido parecido a la toga magistral.

Sobre la túnica, las elegantes se ponían la "camatle" o la "plumatle", abrigo cuya tela pintada imitaba el plumaje del pavo real, a lo "stola", vestido que arrastraba, ordinariamente, de color de púrpura y adornado de franjas o de bordados; era cerrado de abajo y se abría por encima de la cintura para que se pudiera ver la riqueza de la "castula", especie de justillo que desde la cintura llegaba hasta la mitad del pecho. Se hacía: de paño de oro o plata, adornado de perlas o de pedrería fina.

Por último, el "mante" que llevaban las grandes damas sobre los demás vestidos era de gasa sujeta sobre el hombro

derecho con un broche de valor y terminaba en cola sumamente larga que arrastraba y que dos esclavos tenían por misión regular sus movimientos.

En la cabeza llevaban las señoras romanas la "rica" echarpe que caía sobre los hombros, o la "mithra", velo claro y ligero plegado a la griega, o el "cerinum" velo de color claro o el "melinum", velo de color de miel.

Los zapatos eran de formas muy variadas y muy adornados. Citemos la sandalia, el zapato, el zueco y la botina de lazos o más bien el cuturno. Los zapatos y los zuecos... estaban cargados de alhajas, de bordados y de botones de oro. El cuturno se adornaba con piedras o metales preciosos representando cabezas de animales. Las patricias lleva-

ban zuecos de oro macizo. Las romanas no usaban medias; pero si en el mismo lugar de las ligas, unas cintas de oro con cierre de piedras preciosas. Era un adorno como ahora la pulsera en la muñeca. Los aros en el brazo era signo de esclavitud y estaban reservados a las esclavas. Sabina, la judía, tenía un par de ligas avaluadas en más de un millón por la abundancia y valor de las piedras preciosas que las adornaban.

Si comparas, querida lectora, aquellos tiempos con los actuales, observarás que en cuestión de lujo y extravagancia, el gusto femenino no ha cambiado; las modas solamente son las que se transforman.

ERIC

El Misterio del Dr. Jekyll

Los Desenterradores

2 OBRAS COMPLETAS

por \$ 1.40 solamente

en el último número que acaba de editar la maravillosa publicación quincenal de novelas

INTERESANTES

de

ACCION

VIAJES

AVENTURAS

"COLECCION UNIVERSO"

¡NO LO OLVIDE! YA APARECIO EL N.º 5

DE "COLECCION UNIVERSO"

Adquiéralo por sólo UN PESO CUARENTA CENTAVOS en librerías y puestos de revistas principales en todo Chile.

UNIVERSO
SOCIEDAD EDITORIAL - LITOGRAFIA

Pedidos de ejemplares sueltos se despachan enviando \$ 1.60 en estampillas a "COLECCION UNIVERSO", Casilla 84-D., Santiago.



—¡Cómo, miserable! ¿Se lava usted los dientes con el cepillo del señor?

—Sí, señora; he ensayado con el de la señora, pero se le cae el pelo.

Un canasto para la costura

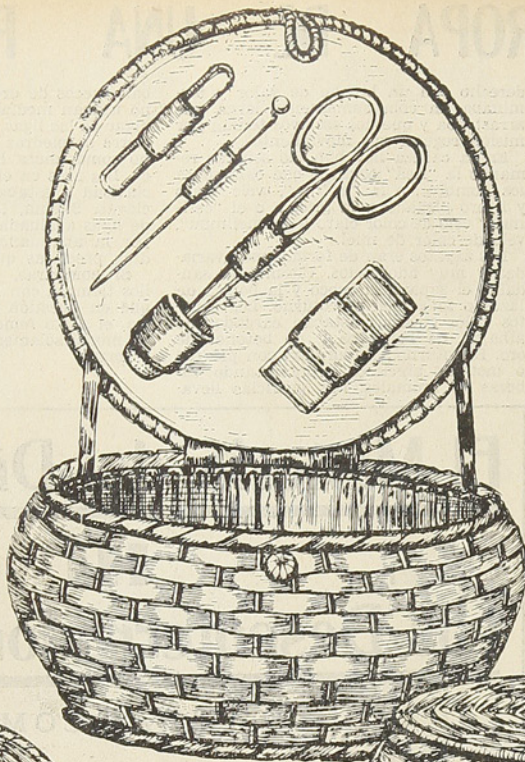


Figura 15

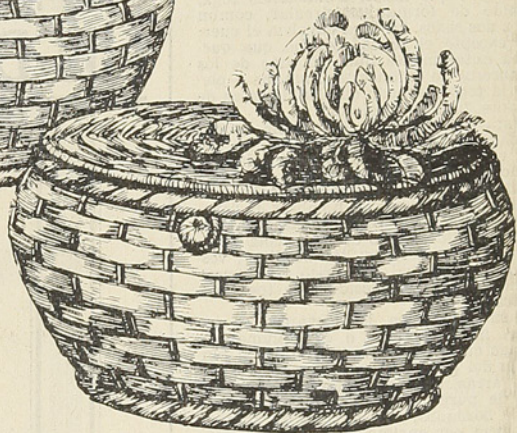


Figura 16

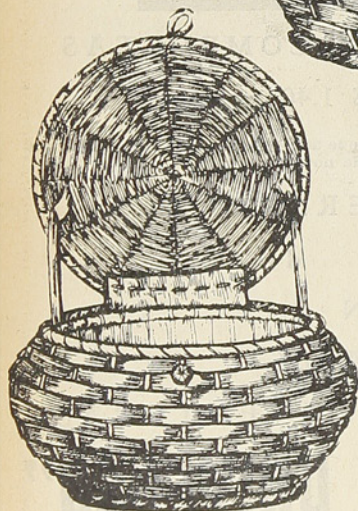


Figura 17

bisagra y dos cintas a ambos lados para poder mantener abierto el canasto (fig. 17). Todo esto es cosido por el revés (fig. 18, se cose con puntadas firmes y que se vean lo menos posible. El adorno interior se confecciona de la siguiente manera: tome un cartón firme, un poco más chico que la tapa, se forra con el mismo género que se ha hecho la bolsa, quedando el doblez para el lado del revés, el cual se pegará a la tapa (fig. 19), hacer los tajos (en el género y cartón), destinados a soportar las bridas para los útiles de costura, se fabrican con el mismo género, puesto doble, pespuntado a cada lado (fig. 16), el ancho de estas bridas es más o menos de $1\frac{1}{2}$ cm., se pasan por los tajos del cartón, pegándolas por el revés (fig. 20).

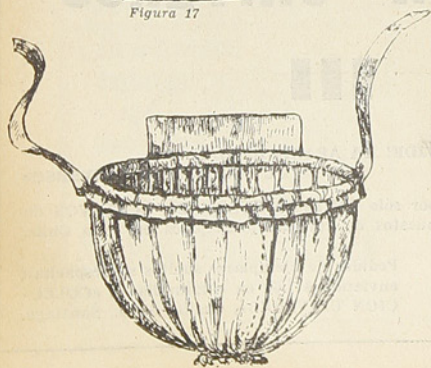


Figura 18

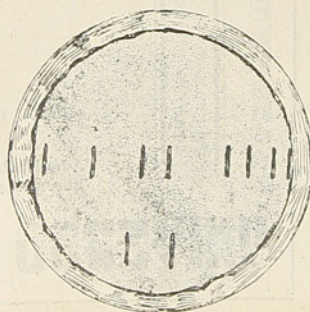


Figura 19

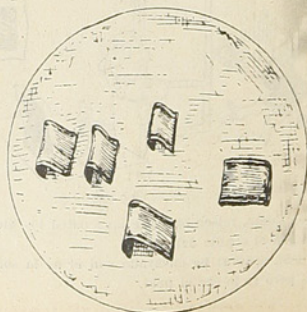
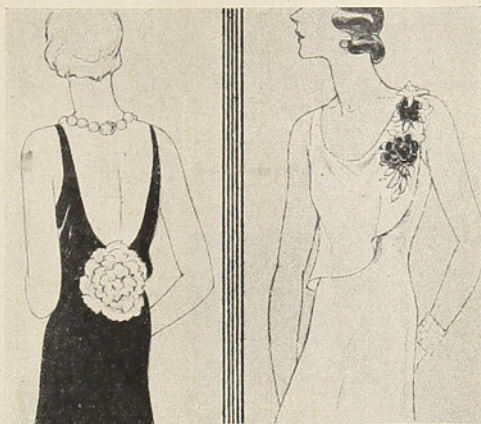


Figura 20

Para un regalo, nada más fácil de confeccionar que este pequeño canasto de costura.

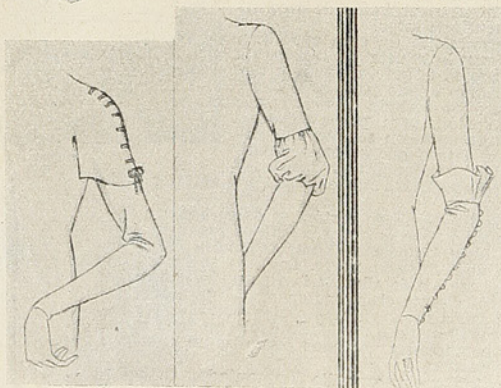
Si sabe cesteria, usted misma puede fabricar este canasto tan sencillo, redondo o cuadrado, o bien lo encontrará en el comercio a muy bajo precio y lo podrá pintar café o color nogal, en seguida barnizarlo, platearlo o dorarlo. Se adorna de una flor de seda imitando un crisantemo, la cual irá cosida encima de la tapa; se forma en su interior necesarios para costura: agujas, tijera, dedal, ojador, etc. Se empezará por poner la bosa interior del canasto, la cual es formada por una faja de género de seda, satin o cretona, cuya altura es igual a la del canasto, aumentando 1 cm. para el doblez, el ancho de esta faja es igual a $1\frac{1}{2}$ circunferencia interior del canasto. Se cierra la faja por medio de una costura y en seguida, recogiendo el fondo, se forma una jareta la parte superior, por la cual se pasa un elástico; se cose además una cinta (puesta transversalmente) para formar la



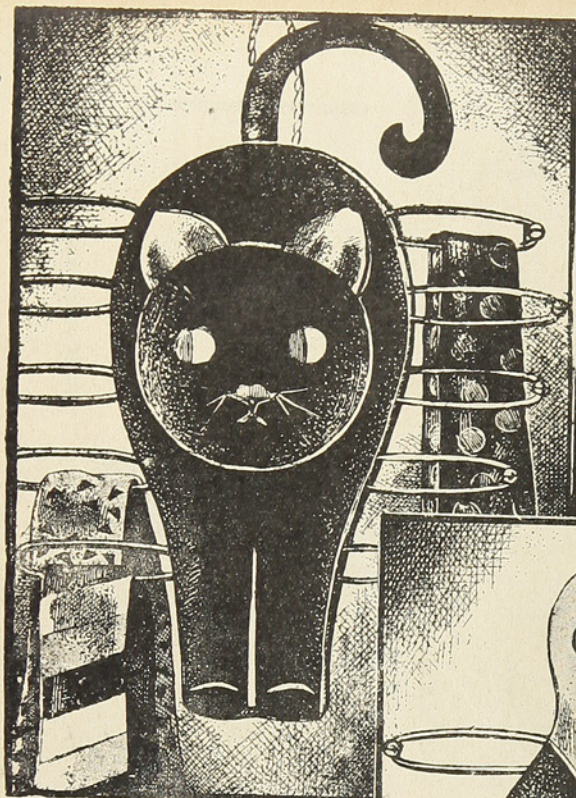
Se encuentran muchas fantasías en las mangas, tanto abajo, encima del codo y en el mismo hombro.



Grandes
Flores y
muselinas
de Colores,
Adornan
los Trajes
de Noche



PORTA CORBATAS



Esta es una idea original para un regalo que siempre será bien recibido, sale de lo común, en fin, es una sorpresa.

Además de ser muy práctico para colgar las corbatas, es de una presentación muy elegante y decorativa.

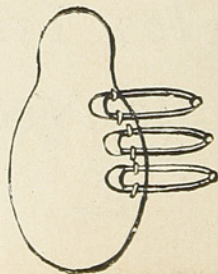
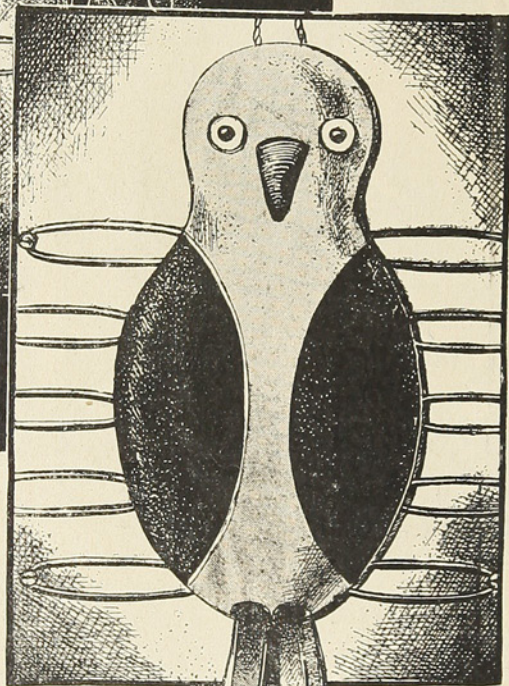
Se corta un cartón firme, según la silueta escogida; se calca el modelo sobre el cartón al tamaño que viene en el grabado. En las partes indicadas a cada lado, se fija por un pequeño alambre fino, atravesando el cartón cinco grabados de 5 centímetros más o menos de largo.

Se cubre exteriormente (la cara opuesta a la de los ganchos) la silueta de cartón, de terciopelo negro, para el gato, de paño o terciopelo amarillo anaranjado para el loro. La silueta en género es cortada un poco más grande que el cartón, para poder cubrir el espesor de éste. Se corta en seguida una segunda silueta en cartón que se cubre igualmente (de un lado solamente) de género, y se pega esta nueva silueta exactamente sobre la anterior (lado de los ganchos).

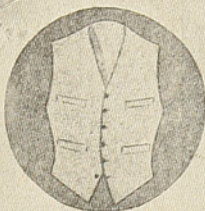
La cola del gato, hecha en cartón, se cubre enteramente de terciopelo negro y se coloca entre los dos cartones, para que quede bien firme. La cabeza es una redondela de cartón grueso, cubierta de terciopelo negro. La cara es bordada o pintada, para indicar los detalles de la figura. La cabeza así terminada es pegada sobre el cuerpo en el sitio indicado, poniendo a ambos lados dos pequeñas orejas flexibles, formadas de dos pedazos de paño o terciopelo doble, en tono rosa. Las patas son marcadas por unas puntadas en seda gris o por una pincelada.

El loro, en terciopelo amarillo anaranjado, es adornado de dos pedazos de paño azul-verdoso, pegados, simulando las alas.

Los ojos son dos redondelas de paño amarillo, más o menos de 2 centímetros de diámetro, sujetas por una perla negra filada en el centro. El pico es bordado en seda naranja, o bien pintado. La cola es formada de tiras de paño amarillo, naranja y azul-verdoso, de 1 centímetro de ancho y 12 centímetros más o menos de largo, estando pegada la extremidad entre los dos cartones.



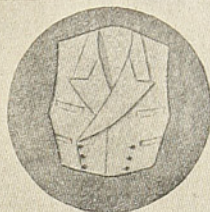
El hombre elegante



La mujer debe saber como es la moda masculina.

Que... el chaleco tiene cinco botones, y el último debe llevarse desabotonado, el escote no debe ser muy chico.

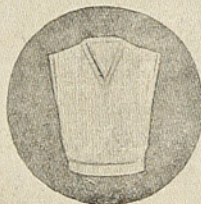
Que... el sakko como abotonadura debe llevar dos botones, y el talle en el medio entre los dos botones.



var vueltas puntiaguadas. El corte del cuello y vueltas horizontal; los bolsillos sin cerradura y a la altura del último botón.

Que... el pull-over está siempre en un lugar en el viaje de sport. Debe ser corto y bien rebajado de cuello para no aplastar la corbata.

Que... el traje de sport tiene 3 botones;



Que... el chaleco cruzado no se debe llevar nunca con un traje cruzado. Debe tener 6 botones. En el medio una costura y vueltas anchas.

Que... el sakko cruzado debe tener 6 botones, de los cuales dos son sin uso. El corte entre el cuello y las vueltas horizontal. Los bolsillos a la altura de los últimos botones.

Que... el sakko de tres botones debe lle-



los bolsillos con tajo o sobrepuestos.

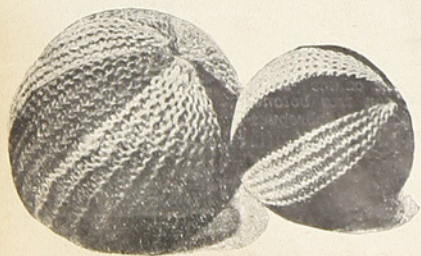
Que... la capa de lluvia debe ser cerrada, vueltas sueltas y las costuras pespuntadas. Debe ser ancha y larga, bolsillos recortados para poder sacar el dinero sin dificultad.

Que... el traje de franela debe tener vueltas caídas siempre con tres botones y bolsillos sobrepuestos.



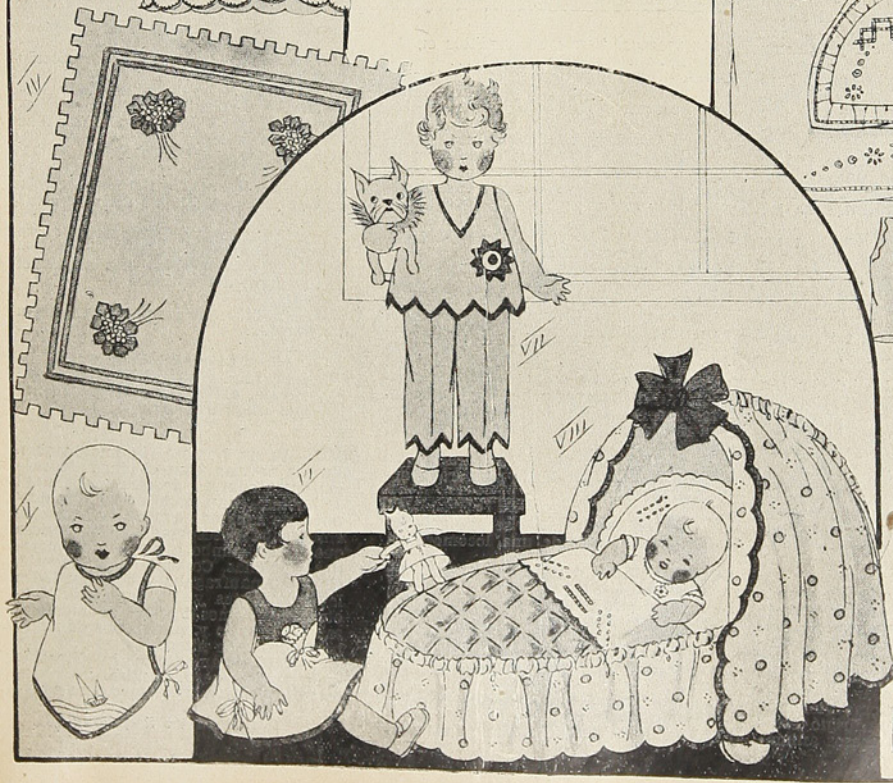
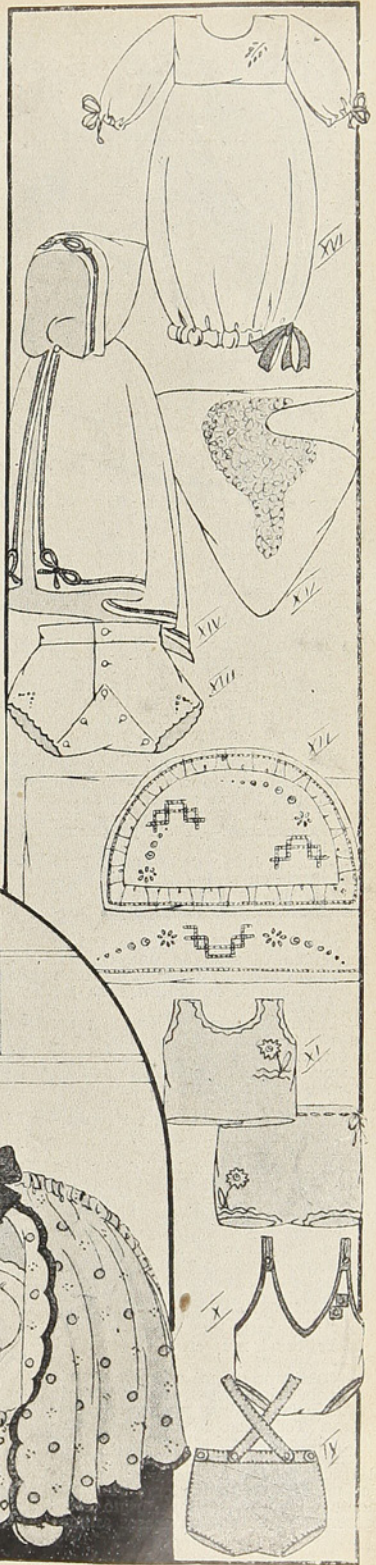
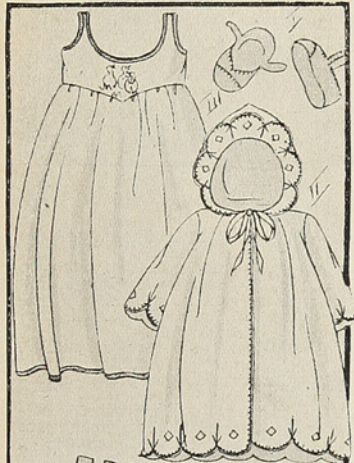


*La Moda de los Tejidos
para
los
Niños*



Lo que Interesa a Todas

1.—Zapatitos en género rosa, fileteados en seda azul. 2.—Capita con mangas en paño blanco, fileteada por toda la orilla. 3.—Bata en toile de seda blanca, con sesgos en tono rosa, bordado en este mismo tono. 4.—Colcha en paño rosa en dos tonos, las hojas y los pétalos de las violetas son recortados y los tallos hechos con punto de cordón; orilla recortada. 5.—Babero en forma pechera, en toile de seda, bordado hecho en punto de cordón. 6.—Delantal en cefiro rosa y blanco. 7.—Pijama en toile de seda rosa, bordado azul. 8.—Adorno de la cuna, en toile de seda blanca imprimé de rosa, borde de terciopelo rosa, gran nudo de terciopelo en el mismo tono. 9 y 10.—Pantaloncitos para baños de sol, se pueden confeccionar en jersey o en franela, adornados de un punto de filete, o bien con sesgos de otro género. 11.—Camisa y cazoncito en franela, con bordado hecho en punto de tallo. 12.—Sábana y funda en batista de hilo. 13.—Calzoncito en piqué blanco fileteado. 14.—Capa en franela, adornada de una cinta de raso. 15.—Punta en toile y esponja. 16.—Camisa de noche en batista, tanto las mangas como la parte de abajo, deben ir recogidas por una cinta.





D E S P E R T A R

COCA.—¡Ah! ¿Eres tú?...

LILA (con desaliento).—Ya se ha ido...

COCA.—¿Qué dices?

LILA.—Como lo oyes. Tía Agustina lo acompañó hasta el automóvil y cuando ya iba a ponerlo en marcha, se dio cuenta, el muy tonto, que no se había despedido de mí; entonces me llamé. Tía Agustina me dio un empujón con la suavidad que la caracteriza y me encontré sin saber cómo cerca de El, que tomó mi nariz entre sus dedos, le dió un tironcito y me dijo: «Hasta la vuelta, chicas». No tuve tiempo de articular una sílaba cuando el automóvil ya había desaparecido.

COCA (consternada).—¿Y sin preguntar por mí!...

LILA.—Ya te había dicho, que El no se molestaría en venir hasta aquí para decirte adiós. Convéncete que ni por un momento se ha interesado por nosotras.

COCA (pensativa).—Sin embargo, fijó su atención en ti, pues en una ocasión ponderó tus cabellos diciendo que eran del tono como el de las mujeres que pintó Tiziano...

LILA.—Y también que tú tenías unas manos muy lindas, y que desde que no te veía habías mejorado mucho... Yo, por mi parte, te confesaré que hice lo humanamente posible para llamarle la atención y agradecerle. ¿Recuerdas la conversación que tuvo con tía Agustina a los pocos días de llegar?

COCA.—¿...?

LILA.—Entre otras cosas le oí decir: «La mujer para ser ideal debería vivir sin comer».

COCA (interrumpiendo).— ¡Ahora me doy cuenta por qué te negabas a comer en su presencia!...

LILA.—Pero El no reparó en mi gran sacrificio. Después, conversando con papá, le dijo: «Las mujeres, cuando están enamoradas, se vuelven crueles», y yo, para demostrarle que estaba enamorada, fui cruel, muy cruel...

COCA.—¿Cómo?...

LILA.—Castigando a mi caballo, tirando de la cola a los perros, arrancando las plumas a las gallinas y matando a las moscas. Todo eso en contra de mis ideas, pues bien sabes que adoro a los animales... Sin embargo, nada me dió el resultado que esperaba, al contrario; un día, El, tomándose violentamente de un brazo, me dirigió estas palabras: «Deja en paz a esos anima-

Jardín antiguo. Árboles frondosos. Rosales florecidos. Últimas horas de una magnífica tarde de verano. Un banco de piedra; sentada en él, COCA, quince años, palida, cabellos negros, grandes ojos de expresión sonadora. Entre sus manos un libro «Dans lequel elle n'a rien lu»...

Por el enamorado sendero viene LILA, una sospecha de mujer fina y delicada como una miniatura de marfil. Los rayos del sol poniente hacen brillar intensamente sus rubios cabellos. Tiene trece años. COCA, al oír pasos, se sobresalta.

les, mocosa, tienes un carácter endemoniado e instintos feroces»...

COCA.—¡Bravo! ¡Qué tontas hemos sido en pensar que podía fijar su atención en nosotras!...

(Quedan silenciosas un breve momento. Lila hace dibujos en la arena con una ramita. Por las mejillas de Coca ruedan las lágrimas).

LILA.—¿Lloras?... ¿Cómo haces para llorar sin ponerte fea?

COCA.—Las actrices del cinematógrafo lloran así. Yo he tratado de hacer otro tanto y después de muchos ensayos lo he conseguido. Cuando mamá me reprendía, corría inmediatamente a encerrarme en mi dormitorio y allí, frente al espejo, daba rienda suelta a mi dolor. ¡Y me ha costado el aprendizaje!... Muchas veces he cometido faltas con tal de dar motivo a una severa reprimenda y así poder provocar las lágrimas.

LILA.—Eres simplemente admirable. Yo también ensayé en la primera oportunidad.

(En ese instante se oye a lo lejos el silbato de una locomotora).

COCA y LILA (al unísono).—¿Será ese el tren en que se va?

LILA (consulta la hora en su reloj pulsera).—No. Todavía faltan unos minutos. (Después de una pausa). Coca, mírame la nariz. ¿No se ve nada de anormal, no tengo una pequeña marca roja?

COCA (observa detenidamente).—No veo absolutamente nada.

LILA.—Fíjate bien. (Señalando un cos-

tado de la nariz). ¿Aquí no ha quedado la marca de sus dedos?

COCA.—Déjame mirar mejor. Ponte cara a la luz. (Después de un prolijo examen que se hace más dificultoso porque el sol se ha ocultado).—Sí, aquí hay una marquita roja.

LILA.—¿Estás segura?... ¡Qué suerte!, así tendré un recuerdo de El.

COCA.—Un recuerdo que pronto se borrará.

LILA.—No, porque esta marquita la cultivaré a diario, pellizcándome para mantenerla por tiempo indefinido.

COCA (riendo).—Y tu delicada nariz se transformará en una especie de toronja y cuando El regrese te dirá: «Buenas tardes, señorita, cómo ha crecido usted y su nariz»...

LILA.—No te burles de mí, no seas perversa, si no, no he de darte un precioso recuerdo de El, que hace varios días vengo guardando.

COCA (curiosa).—¿Qué es?...

LILA (extrae de su seno un pañuelo, lo desdobra y muestra a Coca una colilla de cigarrillo).—¿Qué me dices de esto?

(Coca toma delicadamente entre sus finos dedos el trozo de cigarrillo y cerrando los ojos aspira el perfume del tabaco).

COCA.—¡Parece que él estuviera aquí, a un paso!...

(Coca se queda silenciosa, mientras Lila repite maquinalmente: ¡Chica, chica... no se dió cuenta que tengo trece años!...)

COCA.—Es un hombre sin imaginación. En las novelas y en el cinematógrafo las cosas ocurren de otra manera. El se hubiera enamorado de las dos, después, no sabiendo con cuál casarse, se embarcaba desesperado en un velero que partía rumbo a playas desconocidas y lejanas. Comenzada la travesía, el velero naufragaba y perecían todos los tripulantes y los pasajeros. Nosotras lloraríamos desconsoladamente al saberlo muerto y vestiríamos de negro hasta el fin de nuestros días...

LILA.—Verdaderamente así hubiera sido más poético, pero... mira, yo no sé cómo te sienta a ti el negro para adop-

(Continúa en la página 63).

U D. S E C A S A R A

Señorita, usted está de novia hace poco tiempo y la felicidad embarga tanto su espíritu que no sabe conducirse en estos momentos de trascendencia para su vida futura.

Hace poco tiempo que usted dejó de jugar con las muñecas, y que ha vestido su primer traje largo. Con ese espíritu todavía infantil que tan bien le sienta, usted está embargada por extrañas y encontradas sensaciones. Nosotros la hemos visto al lado de su novio, demostrando, sin disimulos y sin falsos rubores, cuánta es la intensidad de su amor.

Usted pasaba el brazo por el brazo de su novio y acariciaba su mano. Usted bebía sus palabras y su aliento, y la más vulgar de las frases, en labios de su adorado, le sonaba a música divina.

Horrorícese usted, pero atienda nuestro consejo. No está bien que usted demuestre tan desembozadamente su amor por su novio. Para su tranquilidad y para felicidad de su vida futura, será mucho mejor que usted guarde tanto enamoramiento para cuando esté casada. Es entonces que hace falta ese transporte y esas muestras de acabado amor.

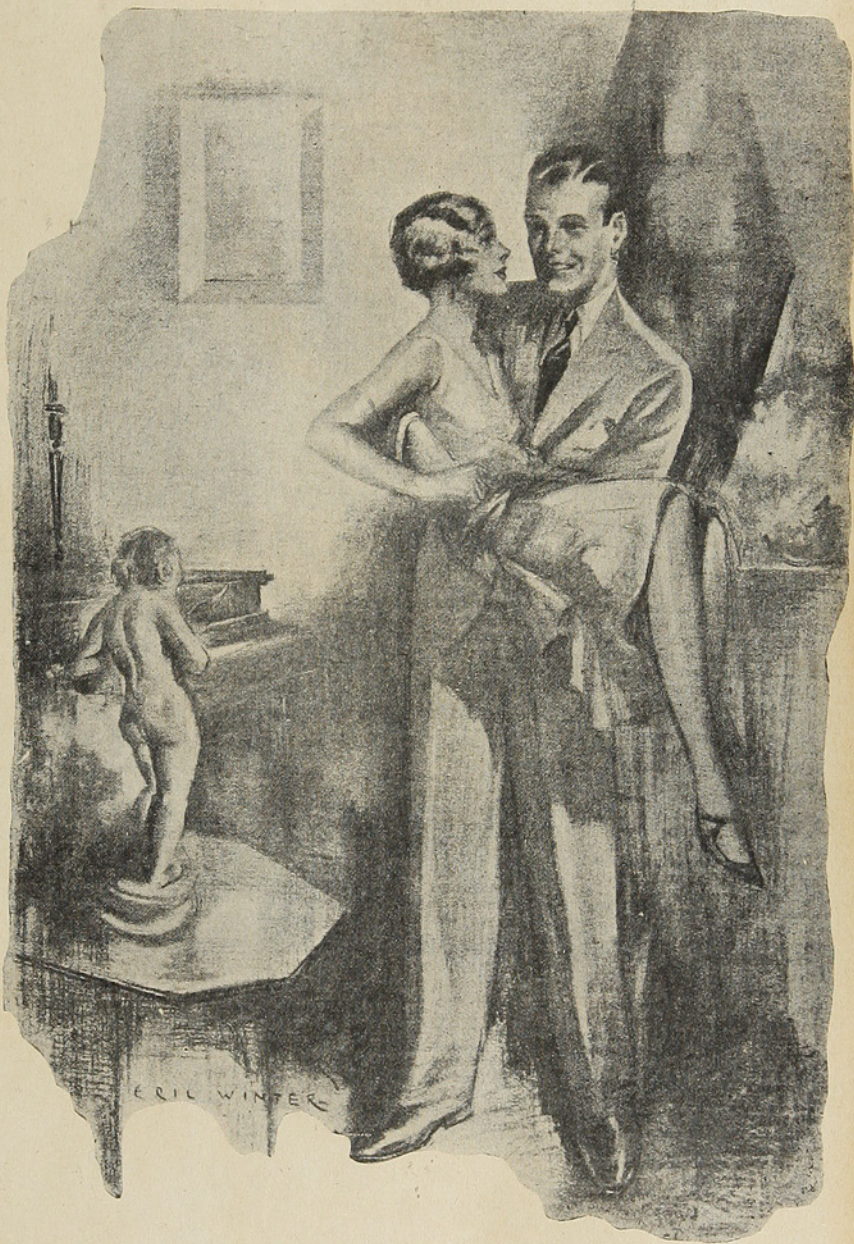
Durante el noviazgo, el amor hace acto de presencia sin mayor necesidad de que se le llame con la urgencia que usted lo hace. Su novio está tan encandilado con usted que con la mitad del amor que usted le demuestra le basta y sobra para considerarse la criatura humana más feliz de la tierra.

Si usted le demuestra tan apasionadamente el dulce sentimiento que anida en su alma suave, su novio acabará por acostumbrarse a ser mimado y adorado, y usted corre el peligro de que él no ponga nada de su parte para contribuir al amor que debe reinar entre los dos.

Usted, cuando pasa su brazo por el brazo de su novio, ejecutando este acto con alarmante frecuencia, conspira contra su amor.

Es necesario dejar tiempo y voluntad para que cruce su brazo con usted, y es necesario que usted hable también y sonría, en lugar de escuchar absorta e lusionada la conversación de su novio, que corre el peligro de convertirse en un incansable monólogo. Es preciso, señorita, que usted inicie con su noviazgo su aprendizaje del amor. No solamente basta estar enamorada, sino que hay que saber serlo. Usted tiene que realizar su aprendizaje del amor, así como ha realizado su aprendizaje de la vida. No olvide que el amor corre parejas con la vida, y que para usted es cuestión de vida o muerte cuidar su amor.

Hay experiencias siniestras al respecto. Muchas veces se



comenta en el círculo de sus amistades—y a usted debe haberle ocurrido, seguramente—el caso de una pareja desavenida después que todo hacía pensar en una unión feliz. En ese amor que se recuerda, nada había que hiciese sospechar la nube que lo ha ensombrecido para siempre. El era fiel, constante y cariñoso. Tenía infinitas ternuras para con su novia y

(Continúa en la página 63).



Bonitos Modelos para las Pequeñas Reuniones

1) Encantador modelo en crepe de Chine amarillo; un paño bien recogido cubre en parte la falda; el holero es unido al escote y viene a terminar en un nudo adelante.— 2) De velo imprimé fondo beige con flores azules, está confeccionado este vestido; la falda es hecha de dos vuelos en forma godet.— 3) Vestido en crepe Georgette azul espoliego; corrida de recogidos forman el canesú; un pequeño ramo de rosas sujeto con un nudo de cinta, adorna el corpiño.—

4) Vestidito en crepe de Chine rosa pálido; el canesú es cortado en forma de ondas; los tres vuelos recogidos son igualmente cortados en ondas.— 5) Lindo modelo en crepe de China rosa; un nudo del mismo género adorna el corpiño adelante; tres vuelos finalmente plisados forman la falda.— 6) Vestido en crepe Georgette verde manzana; pequeños vuelos recogidos forman la falda muy vaporosa; un nudo adorna el hombro izquierdo.



FORMOSA UNA DE LAS REGIONES MAS HERMOSAS DEL MUNDO POR SU CLIMA



Madre e hijo.



Un aborigen formosano, canibal y coleccionador de cráneos.



Una belleza civilizada de Fakao.



Una formosana civilizada que trabaja.



Una calle moderna de Fakao.



Colección de cráneos, reunidos por un guerrero formosano.

INSTANTANEAS
INFANTILES



Después de la pelotera, ellos se entienden.

Las edades acercan a los seres...



Dos pequeños que se sitúan en el mismo plano y se entienden bien.

¿Cuándo hubo dos amigos mejores?





MADRES DICHOSAS

De un concurso reciente que se verificó en Berlín, y al cual se presentaron millones de millares de fotografías, se premiaron éstas, reputadas como las más hermosas,



Y RORROS BONITOS

las más finas y expresivas. Madres, madres felices con sus chicos, y muchos pequeños sorprendidos por el objetivo, en posiciones características y deliciosas.





Juci Zabas, la artista más cé-
lebre de opereta.

Las bellas mujeres



Flona Titkos, del Tea-
tro de Budapest.



Margarita Makay Morton, ar-
tista dramática.

de Hungría



Frida Gombaszogi, una de las más hermosas
mujeres de sociedad.



Elisabeth Akos, bella y artista célebre.



El peinado rococo del siglo dieciocho.



El Renacimiento y el moño.



Las trenzas arrolladas en la cabeza.

¿COMO SE PEINABAN LAS MUJERES DE ANTES?



Una dama romana de 100 años después de Cristo.



La moda de las trenzas largas.



El velo sobre el cabello, a lo Lola Montes.



¿Se vuelven a llevar otra vez los cabellos largos?



El peinado moderno.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



El Príncipe
que Viene
en Viaje

*Aquí se le ve
tranquilo, en
su gabinete,
lejos de su
montura, que
le ha costado
tantos golpes.*

*Uno de los últimos retratos del
Príncipe de Gales.*



*El palacio que habita el Príncipe en Londres, tan antiguo
como la civilización inglesa.*



*El Príncipe pasa por ser uno de los
hombres más elegantes de Inglaterra,
como su abuelo el Rey Eduardo.*

Ultimos modelos

Bonete en bor-
dado de lana
azul y amari-
llo a la mano,
atándose por
un lazo de
crespón.

Bonete en tri-
cot gris, azula-
do, recortado
en festones, y
subrayados de
azul.

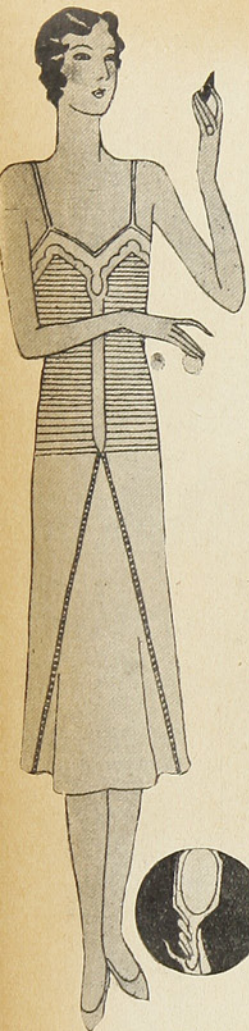
*Sombrero hecho en-
teramente en borda-
do de hilo blanco, ro-
jo y negro, del cual
el passe es muy an-
cho en los lados.*

Capelina en "laize" brillante negro, enteramente respunteado, guarnecida de una alhaja.

Sombrero de fieltro azul, levantado por delante del cual el pase se extiende hacia la nuca. Una pequeña "crosse" fija lo realza.

LA JORNADA

La jornada de una mujer elegante es un constante florecimiento. Después de la hora matinal donde ella ha escogido con sumo cuidado la delicada lencería, hasta la noche en que se entrega al apacible sueño de sus fantasías, la mujer varía sus atavíos.



Las 9. ¡buen día! Combinación en crepe de Chine, incrustaciones de satin; Creación Rouff.



Las 10. Tailleur en crepe de lana, pechera en crepe de Chine; Creación Mag y Rouff.



Mediodía. Robe-manteau en género pointillé de seda; Creación Philippe y Gastón



Las 13. Tailleur en lana de fantasía y astrakán; Creación Philippe y Gastón.



DE MADAME

Los vestidos son como las corolas de las flores, de exquisitas tonalidades que encierran toda su gracia.

Nosotras debemos seguir la metamorfosis de la dama elegante, durante las distintas horas de su triunfal jornada.



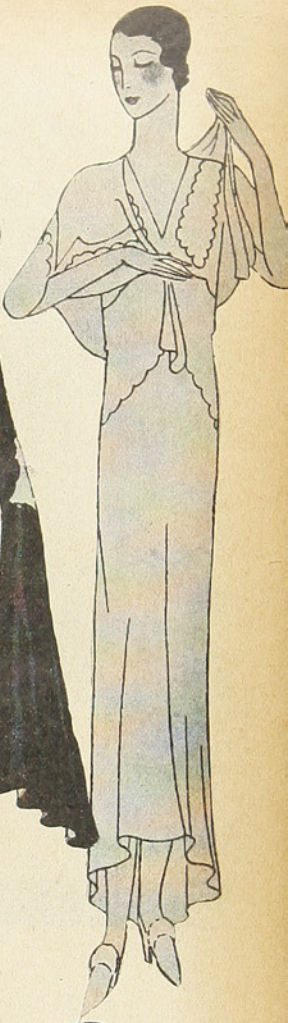
Las 15. Vestido de tarde en crepe "Ida". Bordado de plata; Creación Adanse.



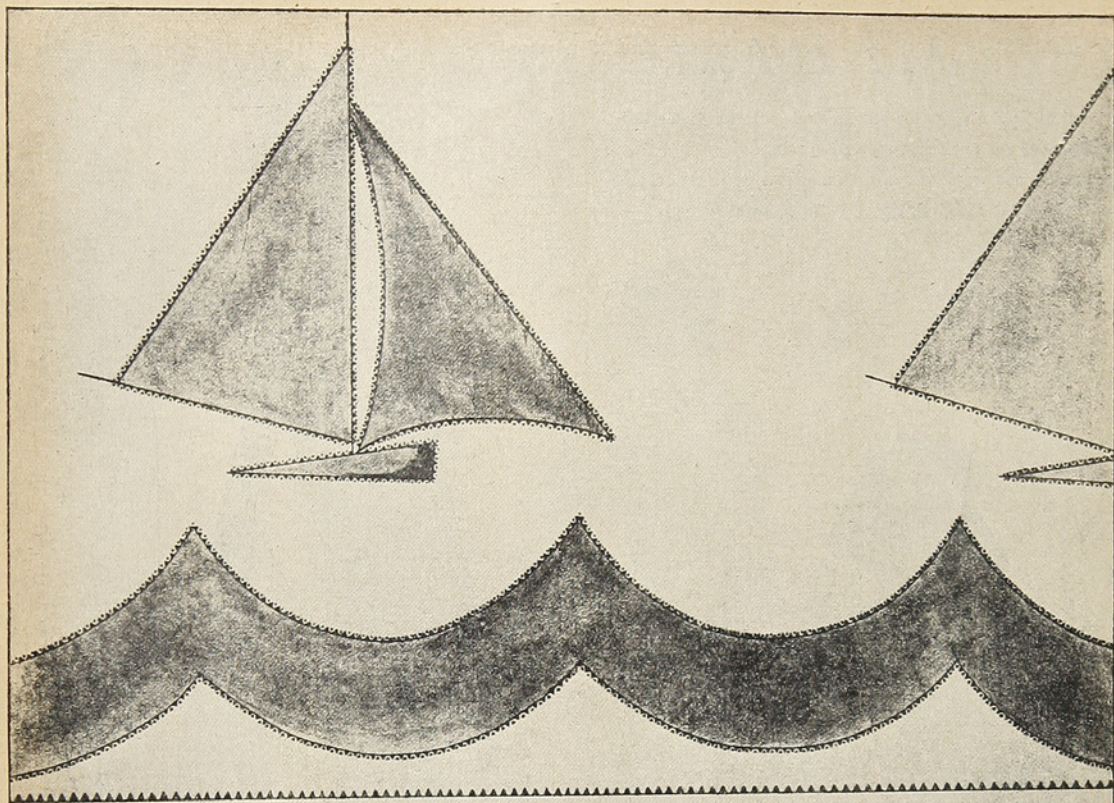
Las 21. Vestido de noche en moiré flexible; Creación Loutsebou-langer.



12 de la noche. Tapado en crepe satin "Mülbourg", forrado en crepe "Danabas"; Creación Dupouy-Magnin.



La 1. ¡buenas noches! Camisa de noche en crepe de Chine rosa y crepe georgine; Creación Rouff.

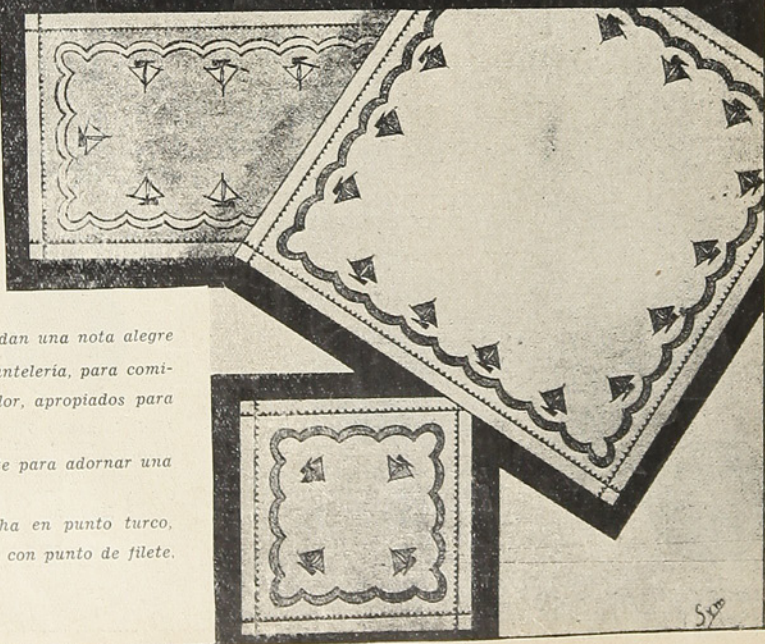


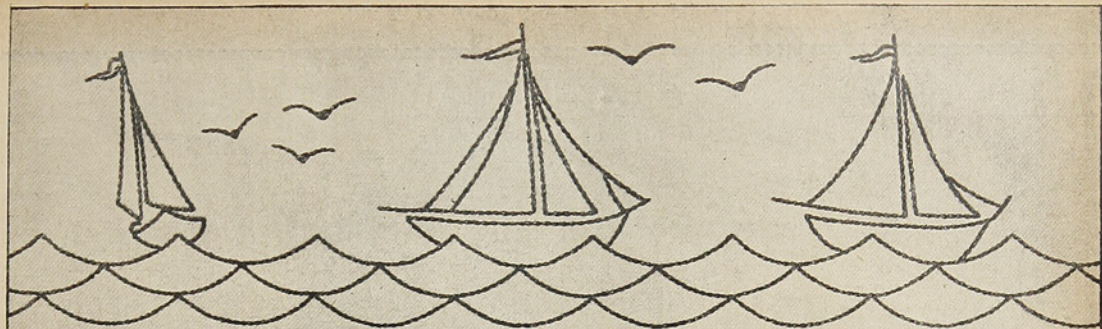
El Velero

Estos barcos en aplicaciones, dan una nota alegre y moderna, sobre un juego de mantelería, para comida o té, hecho en géneros de color, apropiados para un comedor rústico.

Este motivo servirá igualmente para adornar una cortina del mismo comedor.

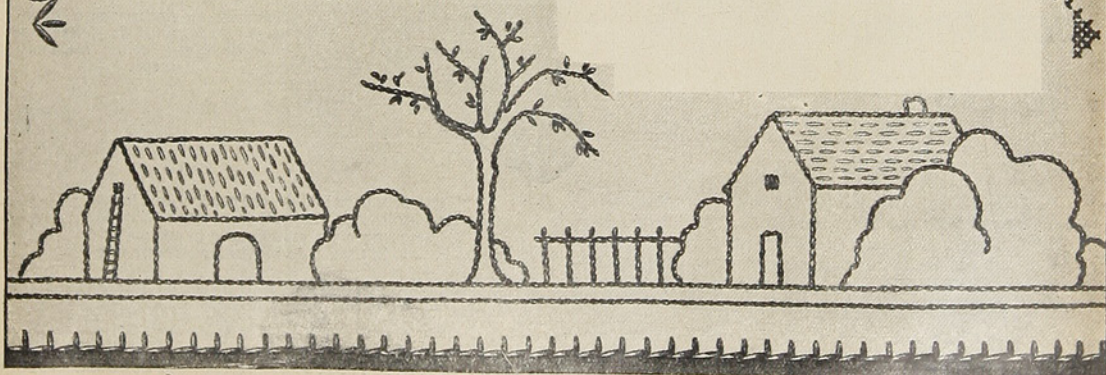
La aplicación podrá ser hecha en punto turco, como lo indica el grabado, o bien con punto de filete, empleando seda lavable.





MOTIVOS

SENCILLOS





Encantadora boina en fieltro rojizo, guarnecido de alhaja de plata.

Los nuevos sombreros de hoy

El terciopelo y los topos bellos son sobre todo empleados por Marcelle Lély.

Ella hace aún sombreros muy pequeños guarnecidos por detrás, sobre la nuca, muy despejados por delante y con las alas minúsculas (2 centímetros de profundidad en algunas boinas).

Sombrero de fieltro negro, guarnecido de láminas de fieltro, hebilla de plata, collar haciendo juego.

Algunos movimientos drapeados en largor sobre las orejas, en los sombreros de terciopelo.

Y boinas de gran clase que dan un aspecto de bretón, de marqués, de movimientos muy nuevos.

Algunas guarniciones muy finas de plumas y un poco de borlas de las mismas.



Algunas de sus últimas creaciones de MARIO PINARD

TRAJES SENCILLOS



Traje en lana de fantasia. Creación Jenny.

Vestido de tarde en crêpe de lana, botones en el mismo color. Creación Jean Fatou.

Vestido de tarde, en crêpe georgine; pechera de encaje de Venecia. Creación Ardanse.

Vestido de tarde en sarga fina; cuello de piqué. Creación Bernard y Cia.



La Moda con sus distintos detalles
que nos Presenta París

PARA LA PLAYA



Pijama de raso negro, chaqueta en tesor verde, bordado con negro y rojo.

Pijama de playa, en jersey blanco; blusa en jersey rojo con azul marino.

Pijama de playa, en jersey amarillo; el cinturón y los bolsillos son en jersey negro.

Pijama de playa; el pantalón es de raso negro, la chaqueta de raso blanco con incrustaciones blancas.

Una Toilette Elegante



Princesa BOTAWALA.

La Princesa Botawala luce este delicioso tocado de noche en redessilla de cordoncillo negro con banda de lentesfueles negras, realzado de una hilera de perlas finas. (Blanche et Simone).

PARA LA NOCHE



Vestido de noche en crepe
satin "Milbourg".
Creación Madeline Vion-
net.

Vestido de noche en crepe
satin "Bellila".
Creación Lucile Paray.

Vestido de noche en crepe
perle.
Creación Martial et Ar-
mand.

Vestido de noche en museli-
na imprimé.
Creación Lucile Paray.

La Reina de la Belleza

Una voz que ella le pareció algo así como la condensación de todas las armonías humanas pronunció, cantó más bien, su nombre.

—Laura Valmaseda!

En el silencio del amplio recinto, silencio latente de ansiedades, el sonido de aquellas dos palabras pareció expandirse, llenar el ámbito, y después caer pesadamente como una masa atmosférica sobre el auditorio expectante.

Ella, Laura Valmaseda, experimentó en el primer instante un vago malestar, un temor instintivo a un probable enemigo. Esto le hizo bajar los ojos y encogerse en el asiento con un gesto de encantadora modestia, que le ganó todas las simpatías. Excepto, claro está, las de sus compañeras concursantes y madres respectivas.

Fue sólo un instante. En seguida los aplausos, formando también una masa impalpable, la arrastraron, como al profeta Elias la nube celeste. Así, desprendida del suelo, sintiéndose milagrosamente ingravida se dejó conducir, escuchó las aclamaciones y recibió los atributos de su reinado.

¡Y había quien asegurase que la felicidad no existía! Laura era en aquellos momentos absolutamente feliz. No hubiese podido definir ni explicar su felicidad. No se habría confesado a sí misma las partes de orgullo y de soberbia que había en ella. Pero la felicidad es precisamente eso. Algo indefinible, inexplicable y casi siempre con un punto de inconfesable.

Vivió unos días triunfales, magníficos. Los agasajos, las alabanzas, la envolvían como una onda perfumada.

Después, aunque su vida volvió a su cauce de vulgaridad, le quedó el título de "ex". Ese "ex" amable y consolador que ha bastado para endulzar la existencia de muchos que fueron.

Laurita Valmaseda, ex-reina de la belleza, tenía, pues, personalidad. Una personalidad debida a "su linda cara". Linda cara que, popularizada por libros y revistas, "todo el mundo" conocía y que seguía causando admiración y envidia.

Era grato, al aparecer en un lugar público, sentir, como una caricia inefable, las miradas de muchos ojos. Y escuchar los murmullos. Y yendo por las calles, hacer volver la cabeza a los transeúntes.

Laurita Valmaseda, ex-reina de la belleza, no se hubiera cambiado por ninguna soberana efectiva, por constitucional que fuera.

Sólo que necesariamente el tiempo tenía que transcurrir, que sucederse los días. Y uno de ellos, Laurita hizo un descubrimiento terrible. Ese descubrimiento que hacen todas las mujeres un cierto día y que para todas es terrible.

Al peinarse, tal vez con más minuciosidad que de costumbre, quizá más a plena luz que otras veces, vio entre sus cabellos castaños, suaves y dúctiles, que no habían conocido la tenacilla, una hebra blanca.

Sintió en el centro del pecho una punzada dolorosa. En seguida, ansiosamente, acercándose al espejo hasta empujarlo con el aliento, fue abriendo en gudejas su cabellera.

Y la punzada dolorosa iba ahondándose. Dos, cuatro, siete, diez canas. Se apartó espantada.

Y de imprevisto, como si aquellas canas fuesen hilos capaces de mover las ruedecitas casi siempre inmóviles de su máquina de pensar, pensó.

Pensó que le faltaban días escasos para cumplir veintinueve años. Que la juventud se le escapaba sin dejarle nada más que el recuerdo de unos días de popularidad. Todas sus amigas se habían casado, eran venturosas o desdichadas, tenían decepciones o ilusiones, pero "vivían". Ella, en el culto de su belleza en su egolatría necia, creyendo vivir para sí misma, había vivido para "todo el mundo". Había sido poco más o menos como una de esas estatuas de museo. Un ornato, una cosa, en fin.

Los hombres considerándose quizá indignos de una ex-reina, se habían limitado a rendirle el homenaje de su admiración. Le habían ofrecido flores y alguna vez bombones; pero ninguno se atrevió a ofrecerle cariño.

Y Laurita, que sabía de vitorios, de aplausos, de clamores entusiásticos, desconocía el goce de escuchar muy cerca esas frases cálidas apagadas de sonido y encendidas de ardores que dicen los enamorados y que penetran en la sangre y la caldean como un vino generoso.

Y Laurita, que había sentido sobre sí las miradas de miles de ojos, no se había mirado en otros ojos.

Se le llenaron los suyos de lágrimas. Y lloró, lloró...

Un manguerazo de luz hiriente, luz de mañana agostaña, cuyó sobre la cama, blanca, que reverberó.

—Laurita, son las ocho... Creo que va es hora.

Prestamente se incorporó en el lecho. Miró a su madre de hito en hito, y después sus ojos, hinchados y enrojecidos,

buscaron el calendario ansiosamente.

Suspiró aliviada. Y tendió de nuevo sobre las almohadas su cabeza.

La madre, sorprendida e inquieta, averiguó:

—Pero ¿y esos ojos hinchados?... ¿Qué ha podido pasarte?... ¿Y por qué no te levantas?... Hay que traer hielo en seguida para deshinchar esos párpados...

Laurita abatió aquellos párpados en un gesto de pereza. Se acomodó mejor entre las sábanas y...

—No te apures, mamá. No me presento al concurso.

—¿Estás loca?

Y la actitud de la pobre señora fué del más completo estupor.

Los razonamientos vagos de Laurita no convencieron a la madre; pero tuvo que resignarse—¿cómo si no?—a la absurda decisión filial.

Cuando, moviendo la cabeza, salió de la habitación, Laurita cerró de nuevo los ojos para soñar despierta.

Y entonces, en vez de soñar con una corona, soñó con un cerco de oro pueñito.

Con un anillo de desposada.

SARA INSUA

LA VELA Y LA LINTERNA

Una vela decía un día a la linterna en la que se encontraba: —¿Por qué razón he de ser prisionera tuya? Tu minúsculo vidrio disminuye mi luz. Abrelo para que pueda aclarar el horizonte.

La linterna obedeció, pero, ¿qué fué lo que sucedió? Una ligera brisa bastó para apagar la vela.

Sepamos sufrir las incomodidades. Le ha resultado muy caro a muchos jóvenes el querer emanciparse demasiado pronto.

Para personas "chic"

Medias Der-Ven

Armónico complemento de las más hermosas prendas femeninas, las Medias DER-VEN son primicias de color, diseño y elegancia.

La maravillosa suavidad de su rica seda no les impide, sin embargo, resistir firmemente el desgaste por uso intenso y frecuencia de lavados.

Combinan así calidad, distinción y economía.



Der-Ven

A L A P O E S I A

¡Oh tú, del alto cielo
precioso don, al hombre concedido!
¡Tú de mis penas íntimo consuelo;
de mis placeres manantial querido!
¡Alma del orbe, ardiente poesía,
dicta el acento de la lira mía!

Dictalo, sí, que enciende
tu amor mi seno, y sin cesar ansio
la poderosa voz — que espacios hiende—
para aclamar tu excelso poderío;
y en la naturaleza augusta y bella
buscar, seguir y señalar tu huella.

¡Mil veces desgraciado
quien—al fulgor de tu hermosa ciego—

en su alma inerte y corazón helado
no abriga un rayo de tu dulce fuego;
que es el mundo sin tu templo vacío,
cielo sin claridad, cadáver frío!

Mas yo doquier te miro;
doquier el alma, estremecida, siente,
tu influjo inspirador. El grave giro
de la pálida luna, el refulgente
curso del sol, la tarde, la alborada...
Todo me habla de ti con voz callada.

En cuanto ama y admira
te halla mi mente. Si huracán violento
zumba, y levanta al mar, bramando de
ira;

si con rumor responde soñoliento
plácido arroyo al aura que suspira...
Tú alargas para mí cada sonido
y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,
a la apacible y dulce primavera,
al grave otoño y al invierno sano
me embellece tu mano lisonjera;
que alcanzan, si los pintan tus colores,
calor el hielo, eternidad las flores!

¿Qué a tu dominio inmenso
no sujetó el Señor? En cuanto existe
hallar tu ley y tus misterios pienso;
el universo tu ropaje viste;
y en su conjunto armónico demuestra
que tú guíaste la hacedora diestra.

¡Hablas! ¡Todo renace!
Tu creadora voz los yermos puebla;
espacios no hay que tu poder no enlace;
y rasgando del tiempo la tiniebla,
de lo pasado al descubrir ruinas,
con tu mágica luz las iluminas.

(Gertrudis Gómez de Avellaneda, cubana)

DOLORA DEL
VIEJO AMOR

Mujer: ¿nunca en tu memoria
vaga un recuerdo distante
del pasado?
¿No recuerdas nuestra historia
cuando paso por delante
de tu balcón entornado?

Di, mujer, más adorada
cuanto más de mí te alejas:
¿no has oído
esa voz triste y pausada
que en las almas cuenta añejas
glorias de un amor perdido?
Cual otro tiempo, he escuchado
en tu calle mis sonatas
favoritas.

Mujer: si me has olvidado,
¿por qué evocas esas gratas
memorias de nuestras citas?

Si dices que ya en tu mente
aquel ensueño querido
se borró,
¿por qué, pálida y doliente,
al verme hoy, tú has sufrido
como yo?

Si de sed nos abrasamos,
¿por qué pasar la existencia
sin amores?

Por sendas opuestas vamos,
enferma tú por mi ausencia,
yo a solas con mis dolores.

¿No sabes, mi bien perdido,
cómo llora el dolorido
corazón
cuando cantan las lejanas
campanas! ¡Oh! ¡Las campanas
del día de la Ascensión!

Es nuestra vida que huye,
noche eterna sin divinas
alboradas.

La triste luna diluye
su calor sobre las ruinas
de nuestras vidas truncadas.

Quizá en mi larga agonía,
la música piadosa
de tu voz no llegue a mí;
y al morir tú, amada mía,
ignoraré hasta la fosa
donde ir a llorar por ti.

EMILIO CARRERE.

La
PelículaDestruye la Dentadura
y la hace perder toda su brillantez

LA película es la causa de la dentadura manchada y opaca, así como de graves males de las encías y de los dientes. Pásele la lengua por encima de los dientes y sentirá Ud. esa película. Absorbe las manchas de los alimentos y el humo del tabaco y opaca la dentadura blanca. Se adhiere a los dientes, penetra en los intersticios y allí se fija.

La película, al endurecerse, forma el sarro. En ella se reproducen los microbios a millones. Y los microbios, con el sarro, constituyen la causa principal de la piorrea. El método común de cepillarse no

ha podido nunca eliminar a satisfacción la película. Por esa razón, los dentistas recomiendan el uso del dentífrico especial para remover la película, llamado Pepsodent.

Pepsodent no contiene piedra pómez, ni creta perjudicial ni abrasivos burdos. Es tan inofensivo que los dentistas lo recomiendan para limpiar los dientes blandos de los niños.

Acepte Esta Prueba De Pepsodent:
Para comprobar sus resultados, compre Ud. un tubo de Pepsodent, el dentífrico de alta calidad—de venta en todas partes. O bien, pida una muestra gratis para 10 días a:

Droguería del Pacífico S. A., Casilla 28-V, Valparaíso

Pepsodent

El Dentífrico Especial Para Remover La Película

9-15-8

USTED SE CASARA

(Continuación de la pág. ...)

estaba realmente entusiasmado con ella. La novia era bonita, lánguida y dulce. Se veía claramente que amaba a su novio con locura, porque no hacía otra cosa que hablar de él a sus amigas y en todas partes. Cuando estaban juntos daban la sensación de constituir una pareja, la más feliz de la tierra, y únicamente en esas ideales parejas que nos revela el cinematógrafo podría encontrarse algo parecido. Sensiblemente, el novio parecía enfriarse. A medida que el amor de su novia era más entusiasta y más visible, el afecto de él se empujaba y se reducía hasta los grados de una marcada frialdad. Luego él se retiró. Dejó de visitar a la chica, y ésta, ahora, con el corazón destrozado y con las ilusiones muertas, está a punto de profesar en un convento.

¿Qué había pasado, pues? Lo que a usted le amenaza, señorita, y de lo cual deseamos sinceramente prevenirla. El novio llegó a cansarse de la asiduidad amorosa de su novia. El hombre es siempre un poco hijo del rigor, y este hombre había llegado al hastio. No podía soportar más un amor que, al ser tan expresivo, se le había hecho empalagoso. Esa novia que tenía, que se le entregaba atada de pies y manos, destruía su ilusión sobre la resistencia femenina. El la amaba apasionadamente y quería ser amado también así, pero no tan sin discusión. Ella aprobaba todo lo que su novio decía, aún antes de haber completado su pensamiento. Y nada cansa tanto como la aprobación sistemática, o ser la negativa sistemática. Uno y otro sistema son muy malos.

No es necesario, pues, rendirse al amor para ser su esclavo. Es precisamente en amor cuando se debe tratar de conservar la serenidad y la lucidez. No por lo que el amor significa en sí, sino por lo que el amor trae en consecuencias.

Hay que aprender el difícil arte de ser novia, para que el novio elegido no acabe por escaparse, ahuyentado por el mismo amor, que se da en dosis tan grandes que llega a lo empalagoso.

Es necesario entonces llegar al equilibrio. Para ello observe a su novio. Mida y calcule su ternura, y corresponda a ella en igual intensidad, ni un poco más, ni un poco menos. Como la ternura femenina es muy distinta de la del varón, en esa diferencia está su eficacia. A la novia le conviene, más que amar, dejarse amar. Ser correspondida antes que corresponder. Así se asienta el verdadero amor de mañana, cuando es más necesario el amor, es decir, cuando se llega al matrimonio, que es cuando el hombre deja de cultivar el amor y la mujer debe cultivarlo, para que éste reine toda la vida en la pareja humana.

(Continuación de la pág. 38)

DESPERTAR

tarlo; en cuanto a mí, me queda muy mal y prefiero el blanco.

COCA.—Te sienta mal el delantal negro que llevas en el colegio, con ese cuello ridículo y esas horribles trencillas rojas, pero el traje de viuda es otra cosa; la toca con vellos flotantes queda bien a todas las mujeres...

LILA.—Tienes razón; de todos modos no hemos de usar tal traje, puesto que El ni nos quiso ni se ha muerto.

(Nuevamente se oye el agudo silbato de un tren en marcha).

LILA.—¡Ahora sí, ése lo lleva!... Cuando El vuelva yo ya no me encontraré aquí. Estaré entre las paredes del colegio.

COCA.—Yo también habré abandonado estos lugares y no los visitaré hasta la próxima primavera.

LILA.—Como te hallarás en la ciudad, quizá lo encuentres algún día en un té o en un teatro, mientras que yo...

COCA.—Te engañas, Lila, poco tiempo tendré para paseos, porque debo estudiar mucho en el curso de dibujo y a más, que en el mes entrante llegará mi nueva institutriz.

LILA.—¡Tu nueva institutriz! Lo había olvidado... Prefiero el colegio con sus patios húmedos, sus salas frías y su comedor antipático, antes que estar obligada a pasearme al lado de una mujer con atribuciones de perro grande.

COCA.—¡Oh!, Lila...

LILA.—No te espantes, tengo el peor concepto de las institutrices y gobernantas desde que mi hermana Marta perdió por culpa de ellas su locuacidad y su alegría, transformándose en una muñeca de palo.

(En ese momento se oye la voz de la tía Agustina): «Chicas, entren, ¿dónde se han metido?»

Coca y Lila se ponen de pie. Coca esconde apresuradamente el pañuelo, que guarda el trozo de cigarrillo, recoge el libro caído y se dirigen hacia la casa tomadas del brazo.

La brisa agita las hojas de los árboles. Unas rosas se deshojan. En el estanque próximo las ranas croan; las luciérnagas vuelan entre el follaje. Han aparecido las últimas estrellas.

Coca se detiene y acercándose a Lila le dice al oído: «Oye, ¿me permites que te dé un beso en la nariz?»



NO HAY
OTRO ALIMENTO
MEJOR.

MILKO
M.R.

Recomendado especialmente en los casos de
insuficiencia de la leche materna.

Conserva inalterables las vitaminas y es tan
fresco como la leche de vaca recién ordeñada.

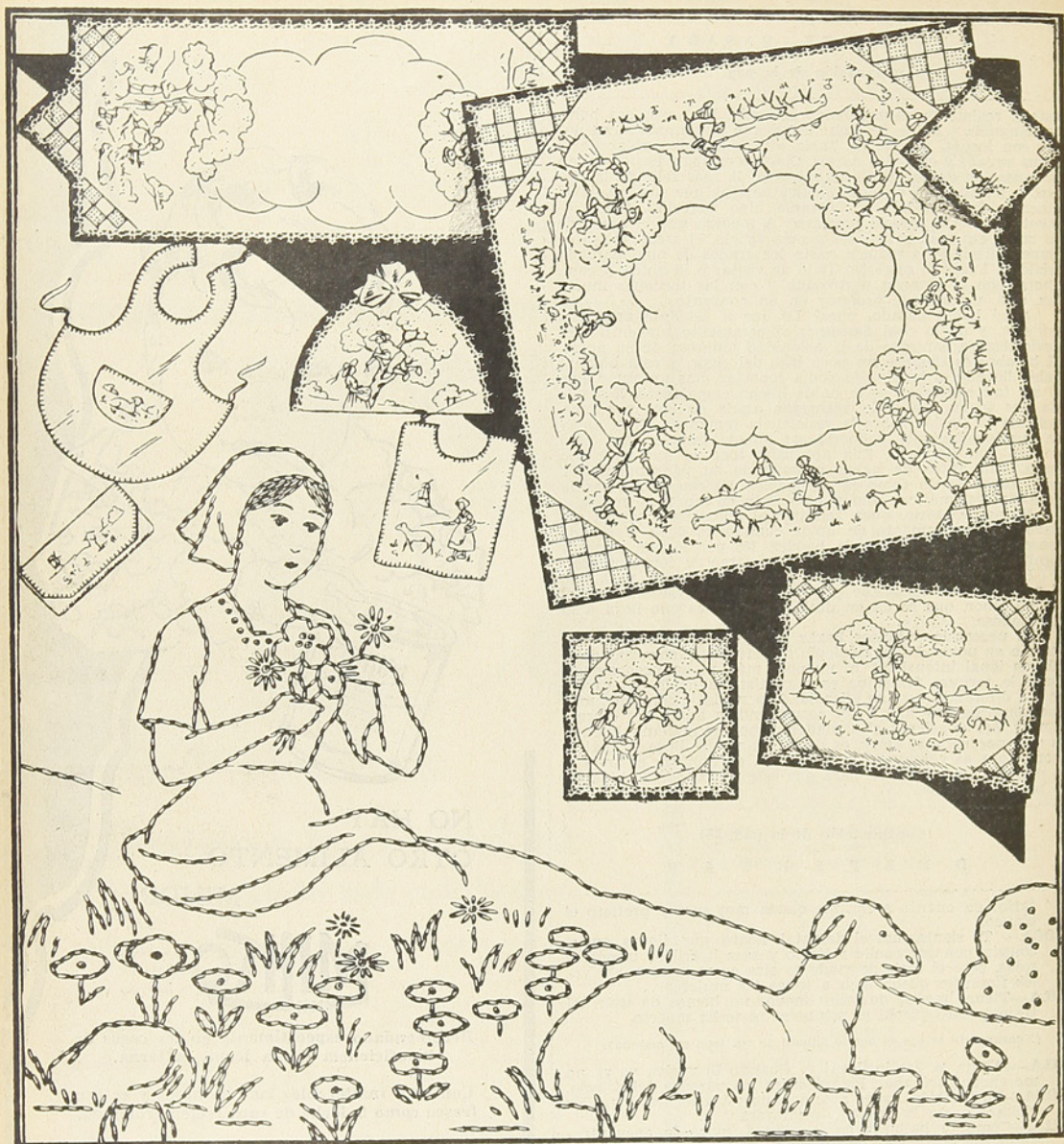
Fabricada por la

COMISIA AGRICOLA DE SAN VICENTE

En venta en todas las Boticas y Droguerías.
Precio: \$ 4.80 el tarro en las provincias de
Santiago y Aconcagua.

A base de leche desecada





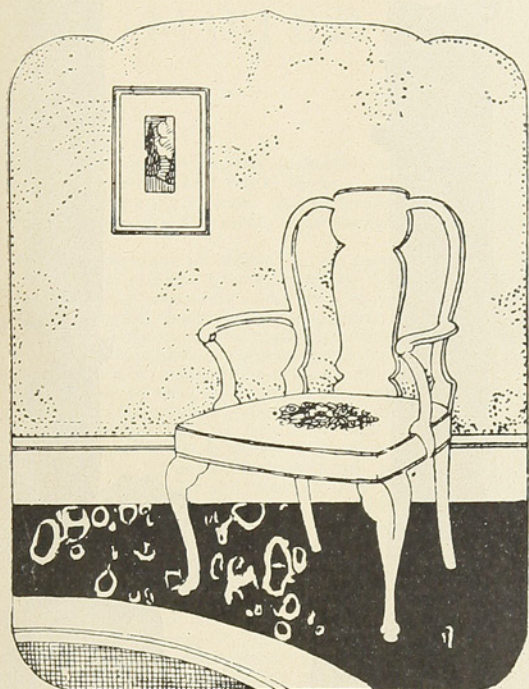
PARA QUE BORDEN LAS NIÑAS

Para que trabajen a gusto las niñas hay que procurar que las labores que se les hagan hacer sean, además de sencillas, entretenidas, no por el cuidado que en ellas haya de ponerse, sino por lo divertido del dibujo que se reproduce. Para convencerlos de esto haced bordar a vuestras hijas, a vuestras amiguitas o a vuestras discípulas el dibujo que damos en esta página, cuyas aplicaciones están detalladas en la misma.

Estas escenas campestres, graciosas y pintorescas, se bordan muy fácilmente, ya que sólo se emplea para reseguir el dibujo el punto de tallo, y como centro de las flores un sencillo punto de nudo.

El bordado puede hacerse de dos maneras diferentes: 1.ª De un solo color, azul o rojo, a elección. 2.ª Empleando los colores naturales de cada una de las partes.

Medios para evitar la monotonía en el decorado



En cierta ocasión oí de labios de una dama que había viajado mucho: "Estoy cansada de ver el mismo arreglo de muebles por todas partes. Parece que los países civilizados se han puesto de acuerdo, para exhibir en sus hogares las mismas lámparas de pie con sus correspondientes pantallas floreadas, las inevitables mesitas con recado de fumar y los no menos indispensables taburetes destinados a los fumadores. Todo perfectamente de acuerdo con los nuevos modelos de decoración, pero sin una sola nota de individualidad, que son las que constituyen el verdadero hogar. Es un hecho que divierte y aburre al mismo tiempo."

En esta crítica hay más que el proverbial grano de verdad. Merece que las enamoradas parejas la tengan muy en cuenta al emprender la instalación de su nido y no se dejen llevar nunca del afán de comprar muebles porque éstos sean de moda o les convenga el precio, si no cuadran al proyecto personal que hayan concebido para el arreglo y decorado de las habitaciones en que hayan de vivir.

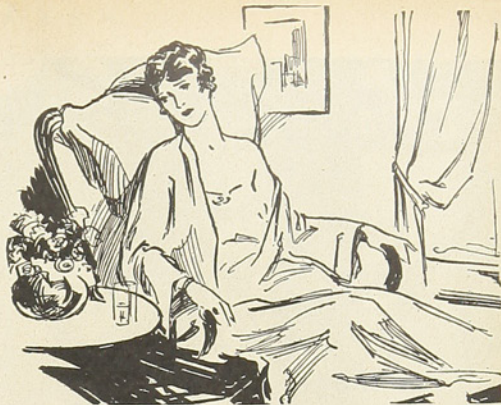
LOS SOFAS

Al hacer las compras para instalar una nueva casa, no hay que limitarse a aceptar lo que ofrecen los escaparates de los muebleros. Por ejemplo, no metáis nunca un voluminoso sofá de barandilla en un diminuto salón, bajo pretexto de que todo el mundo tiene ese mueble. Hay modelos mucho más adecuados para aposentos reducidos. Los sofacitos para dos personas, que tan queridos eran a nuestros abuelos, son un mueble encantador que ocupa poco sitio y guarnece admirablemente un saloncito íntimo.

LAS SILLERIAS DE RESPALDO BAJO

Un sofá del tiempo del Imperio, con su respaldo bajo, que después se eleva hacia los lados y vuelve a bajar para formar los brazos, es el mueble más indicado para colocarlo bajo una ventana. Durante el día, quien se sienta en él, disfrutará de buena luz, y ésta podrá sustituirse al llegar la noche, con la de una lámpara de pie, colocada al lado.

LYDIA LE BARON WALKER.



Los Dolores Físicos Desmejoran, Afean y Envejecen

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

Quita instantáneamente los fuertes dolores del período menstrual de la mujer, que tanto la debilitan, privándola de entregarse a sus tareas domésticas y sociales. Estos sufrimientos son completamente innecesarios, porque con las tabletas de FENALGINA se quitan en seguida. Toda mujer que experimente dolores por esta causa durante el período, debe tener siempre al alcance de su mano las tabletas FENALGINA. Centenares de miles las toman cada vez que se sienten mal. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita. ES INOFENSIVA.

NO ACEPTE SUSTITUTOS.

EXIJA QUE LE DEN

PHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amoníada.

Se vende también en sobresitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Unico distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

**El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima**



NEOLIDES

M. R.

**antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico**

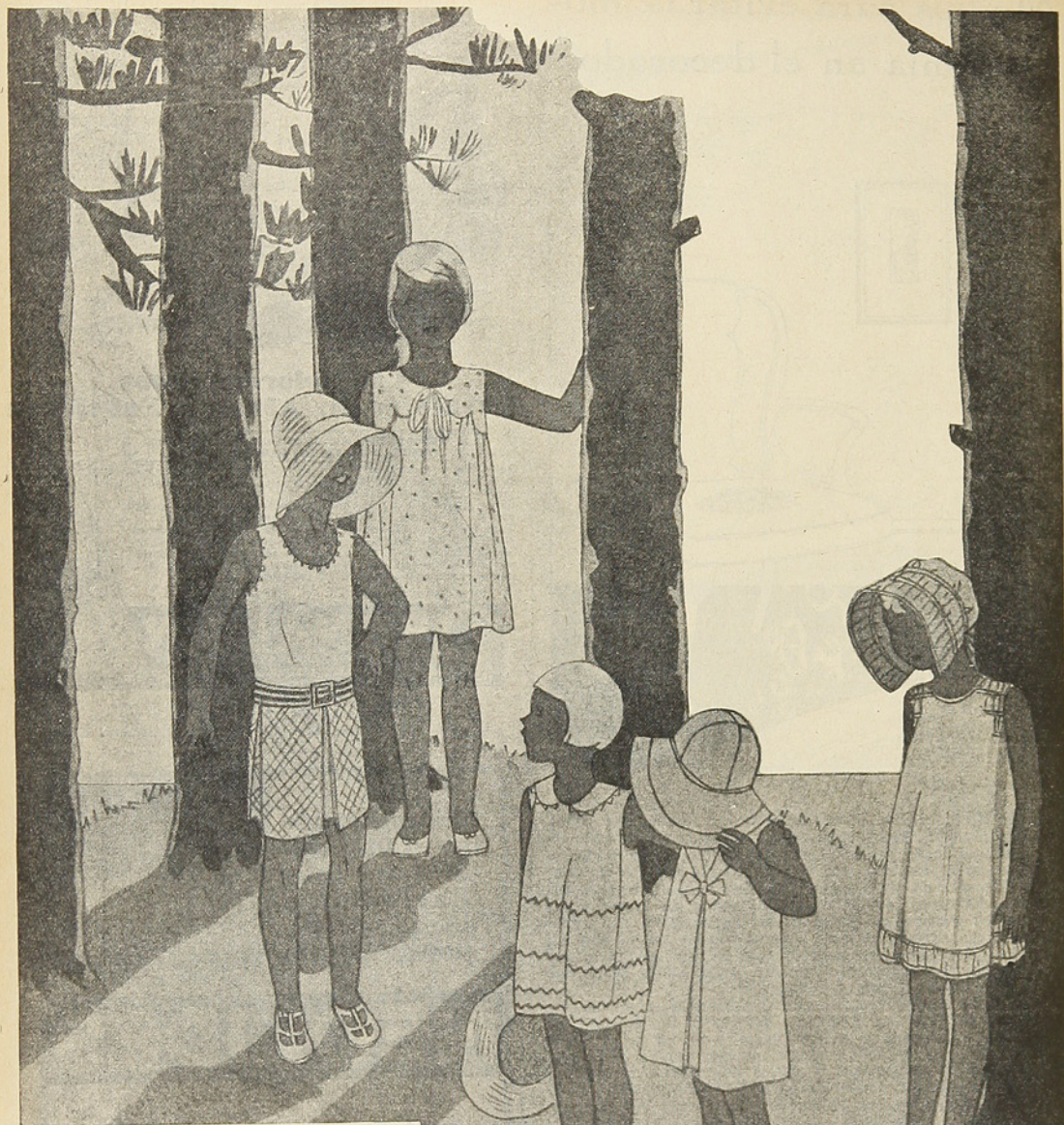
**Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.**



*Previenen
y alivian
de muchas
tolencias
femeninas*

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Acido ortobórico, dispersulf, potás.



AL SOL

De izquierda a derecha: Lo alto del traje se hace de franela blanca bordada con punto de crochet. Lo bajo, en lanilla escocesa. Cinturón. Hebilla de acero. De velo azul pálido, con pastillitas azul marino. Fruncidos en los lados. Cinta azul. Delantal blanco, con adornos amarillo limón. De piqué rosa, ensanchado por delante con un pliegue cruzado. Gran sombrero para el sol de paja rosa, haciendo juego. De muselina trabajada con fruncidos. Abullonados en los hombros y abajo. Capota por el estilo.

A. LION

EL ENIGMA DE LA MUJER

Dice Elinor Glyn:

"La mujer que se casa con un hombre que de verdad lo es, no deberá olvidar tres cosas: Primera. Que el hombre es más fuerte que ella. Segunda. Que el hombre es más libre que ella. Tercera. Que el hombre es más susceptible a la lisonja que ella.

Si el hombre que ha elegido es más enérgico que ella, y es, además, en extremo atractivo para las demás mujeres, el único medio que tendrá de conservarlo, en el porvenir, será mostrarse invariablemente dulce y apasionada con él, de modo que, aunque en sus encuentros fugaces con otras mujeres tenga que soportar caprichos y extravagancias, no guarde nunca de su casa sino un recuerdo de paz y de amor.

Sobre todo no debe a ella preocuparle lo que él haga; si realmente le ama y quiere conservarlo, éste es el único medio que puede emplear para ser feliz, en el caso que ya de antemano he fijado, de que él tenga un carácter más enérgico y sea deseado por las demás mujeres. Hasta podrá al parecer aburrirle al final de los dos primeros años, pero debe continuar, sabiendo y sintiendo siempre, en el fondo de su corazón, que la intensa fuerza magnética de su amor y de su dulzura le atraerá otra vez, inevitablemente, mientras que las fascinaciones exteriores se disiparán.

La razón principal es que el instinto fundamental de un hombre así será constantemente estimulado por las mujeres que le halaguen fuera de su casa, y con quienes le sería imposible a la esposa competir. Por lo tanto, lo mejor que puede hacer es ponerse una coraza contra ellas y satisfacer el deseo de paz y de reposo del hombre, que, según pase el tiempo, vol-

Quien dice hermosos dientes, dice: Dentol...



EL DENTOL (agua, pasta y polvo) es un dentífico que, además de ser un excelente antiséptico, está dotado de un perfume muy agradable.

Fabricado según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes, las inflamaciones de las encías y de la garganta. En pocos días da a los dientes una blancura resplandeciente y destruye el sarro.

Deja en la boca una sensación de frescura delicada y persistente. Ejerce su acción antiséptica contra los microbios de la boca durante 24 horas, por lo menos.

Empleado puro con algodón, calma instantáneamente los dolores de dientes más violentos.

La PASTA DENTOL se vende en cajas de vidrio y en pomos modelo grande y chico.



verá a ella, y cada vez por periodos más largos, hasta que se extinga en él todo deseo de mariposar.

LA OBRA DEL POETA

(Victor Pérez Petit, uruguayo)

¡Cuán distinto debiera ser el destino de estos hombres que aman con el oro de su cerebro la herencia de la humanidad! Una idea es un panal en medio de los siglos, que marca la ruta a los galeotes de la vida. Una imagen poética es una alegría nueva que viste de sol la conciencia entenebrecida de los pueblos. Un canto de aeda es como un albor de esperanza, como un desborde de jazmines, como una anunciación de estrellas, que suaviza las amarguras de la existencia y domestica los dormidos instintos del hombre de las cavernas. Los poetas que pasan dejan la huella de una ternura y de una esperanza: tras de su estela, las naciones y las razas avanzan a la conquista de la felicidad.

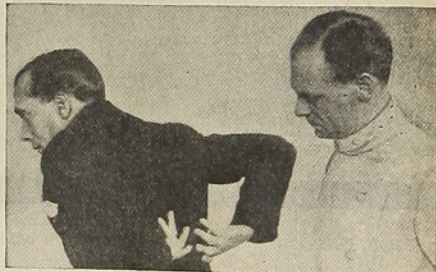
LUMBAGO

"¡Ay! ¡Ay, mi espalda! Parece que estuviera por quebrarse. Cada que me agacho, me cuesta enderezarme. Parece que una mano férrea me martiriza, haciéndome gemir de dolor."

¿Cuántos miles de personas víctimas del lumbago repiten estas palabras? ¿Cuántas han descuidado los primeros síntomas del Mal de los Riñones hasta sentirse completamente abatidas?

Es de suma importancia que usted se convenga de que el dolor que sufre es causado por venenos existentes en la sangre. Sólo entonces comprenderá que el único medio racional de aliviar su mal es estimular los riñones para que cumplan su misión de limpiar la sangre de las impurezas que causan el dolor. También se dará usted cuenta que los parches aplicados en la espalda no pueden eliminar la causa de sus sufrimientos.

Miles de personas que antes sufrían estos dolores le dirán que un medio rápido y económico de aliviar el Lumbago, Dolor de Cintura, Ciática y otros síntomas del Mal de los Riñones es seguir un tratamiento con las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga.



la Vejiga. Las Píldoras De Witt han eliminado el dolor donde otros medicamentos han fallado. ¿Por qué sufrir más tiempo? Compre un frasco hoy mismo y empiece a reconstituir su salud, sus fuerzas y su vigor. Las Píldoras De Witt pueden ser el salvavidas que le librará de todo peligro.

PILDORAS DE WITT
PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

FORMULA.

A base de Extracto Medicinal de Pichi Buchú, Enebro y Uva Ursi, como diuréticos, y Azul de Metileno como desinfectante.

SOLICITE UNA MUESTRA GRATIS

Los propietarios de las Píldoras De Witt de fama mundial, ofrecen a cada persona que sufre una oportunidad de comprobar con qué rapidez este medicamento obra directamente sobre los riñones. Diríjase a E. C. De Witt & Co. Ltd. (Dept. 44.11), Casilla No. 3312, Santiago de Chile.

LA NUEVA SILUETA



(IZQUIERDA).—Traje de noche de encaje café con cintura de terciopelo con adornos de rosas color pastel.



(DERECHA).—Traje de vuelos en forma campana de tul, con adornos de perlas negras. Capa en la espalda y gran cola de tul. Collar y pulsera de ónix.

Leer sin comprender

No es posible pedir a toda clase de individuos un gesto de comprensión y de desinterés.

No todos pueden juzgar serenamente la obra del escritor. Pero éste es un ideal al que debemos encaminar nuestros esfuerzos.

Muchas veces, en nuestras lecturas, hemos tropezado con libros respecto de los cuales teníamos la aprensión de que nos iban a gustar. Sin embargo, hemos comenzado a leerlos, los hemos leído íntegramente, hemos procurado entrar dentro de ellos, compenetrarnos con el espíritu del autor, comprender.

Para nosotros, uno de los efectos, no digamos de la cultura, sino de la civilización, es este movimiento de atención y de reflexión que un hombre puede tener ante otro hombre o una obra antagónicas suyos. No nos dejamos llevar de la pasión ni de la superstición.

Si la obra ha sido hecha buena y escrita con altura de miras, sin ofensa, con claridad y sobre tema genial, tenemos la lealtad de declararlo, aunque la obra haya sido llevada a cabo por nuestro adversario.

¿Qué hay por encima de la verdad? Nada. La verdad está sobre todo. Nuestro símbolo: un hombre que, como un cuadro de Holbein, estaría inclinado atentamente sobre un libro con un gesto de comprensión...

Comprender es el camino del desinterés y de la verdad.

Un rasgo de la caridad de Carlos II

Carlos II de España subió al trono siendo todavía niño. Había recibido, por parte de su buena madre, una educación muy religiosa, que tornóse en espléndidas obras caritativas.

Un año, en el día de Jueves Santo—y cuando nuestro monarca contaría apenas unos diez años—, dedicó a seguir a pie las Estaciones—es decir, las iglesias adornadas—, costumbre ésta que, desde tiempo inmemorial, vienen realizando los reyes españoles.

Iba a entrar en la iglesia que entonces quería visitar, cuando a su puerta advirtió a un pobre anciano, vestido andrajosamente y en actitud de pedir limosna.

Carlos II, advirtiendo que nadie le veía, se quitó la cruz de diamantes que llevaba siempre sobre el pecho y la entregó al mendigo.

Pero en la iglesia, donde poco después el monarca se entregaba a sus rezos, uno de los cortesanos advirtió la falta de la alhaja, y como quiera recordarla habérsela visto puesta, poco antes, hizo correr la voz de que el rey había sido robado. No hay que decir que en pocos momentos el rumor se esparció rápidamente y que más de cuatro salieron bien dispuestos a dar con el ladrón y a hacerle pagar cara tamaña ofensa.

Y al mismo tiempo, vióse llegar al anciano mendigo entre varios soldados que le maltrataban, mientras el pobre murmuraba:

—¡Ha sido el mismo rey quien me ha dado la cruz! ¡Dios es testigo!

Carlos II, que había entonces terminado de rezar y salía de la iglesia, confirmó en aquel momento las palabras del pobre, insistiendo en su deseo de que éste conservara la joya que él le daba en virtud del día y para que pudiese remediar su miseria.

Ante tamaño regalo, todos quedaron profundamente admirados de la obra de caridad regia de que acababa de dar muestras el monarca.

De todas maneras, y aun cuando por el solo hecho de las palabras del soberano aquella joya era ahora una limosna sagrada, los consejeros de Carlos II no estimaron prudente que una alhaja de la corona continuara por más tiempo en manos de un mendigo.

Se ordenó que tasarán la cruz de diamantes, y ésta lo fué en doce mil escudos, que acto seguido percibió el afortunado anciano.

CARMEN MONTELLANO



Ponga fin...

...a ese decaimiento que se advierte hasta en su modo de caminar.

TONIFIQUE SUS NERVIOS para reconstituir su salud, tomando

“PROMONTA”

Preparado orgánico a base de sustancias del sistema nervioso central, vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

Indicado en los casos de:

ANEMIA

DEBILIDAD

DECAIMIENTO

INSUFICIENCIA ORGANICA

NEURASTENIA

«PROMONTA» es recomendado por eminentes médicos del extranjero y del país.

De venta en todas las boticas.

M. R.

LA MAS ELEGANTE



SEDA Y TERCIOPELO.—Abrigo corto en crepe satin, adornado de zorro plateado; traje de terciopelo negro.



TERCIOPELO Y SEDA.—Abrigo corto en terciopelo de seda, mangas de forma muy original; traje en crepe marocain blanco.

EL AMOR

Seame permitido empezar como en aquel cuento, porque no puedo hacerlo de otra manera.

En una hoja de un diario, no sé cual, del día, no sé cuantos, recuerdos haber leído...

Es un artículo atribuido a la deliciosa artista cinematográfica Joan Crawford, referente al amor. Que es muy interesante, no cabe duda. No puede menos que transcribir uno de los fragmentos más interesantes para que mis lectoras puedan juzgar

"El amor es como cada cual lo siente. Por consiguiente, los hay de ardientes y de débiles, conforme a los diferentes grados de talento y capacidad de cada persona. El amor es el único sentimiento capaz de traspasar la línea que separa el ideal de la práctica.

"El amor nace del idealismo y toma madurez en el sentido práctico. Si la emoción nacida del sueño de ayer es la fuente ante la realidad de los hechos, entonces no ha sido amor verdadero. El verdadero amor se intensifica y profundiza al contacto de la realidad de la vida.

"Llega a la plenitud cuando se alimenta de la realidad, no con el néctar de los sueños. El amor, para llegar a estado de madurez, es necesario que sea tratado con seriedad y constancia, no tomándolo con ligereza ni de cualquier modo."

No negaréis, queridas lectoras de La Mujer y La Moda, que Joan Crawford, si en realidad es ella la autora de esta

filosofía, comprende el amor de una manera perfecta y razonable. Esta "realidad", siempre alabada, nos hace aparecer a la artista con una franqueza admirable, y la maliciosa mirada de sus ojos nos parece de una ingenuidad a toda prueba. Ved otro párrafo de la estrellita cinematográfica:

"La mujer lo sacrifica todo por el amor y se siente orgullosa de su sacrificio. Es indudable que el hombre es capaz de amar de un modo profundo e intenso como la mujer, quizás más aún, pero su amor no tiene aspectos tan variados ni tan ampliamente intensos como la mujer. Esta sacrificaría el mundo entero para adquirir el amor de un hombre. Creo sinceramente que puede existir más de un amor en la vida del hombre y la mujer. Será si se quiere un amor diferente según su edad, experiencia y conocimientos."

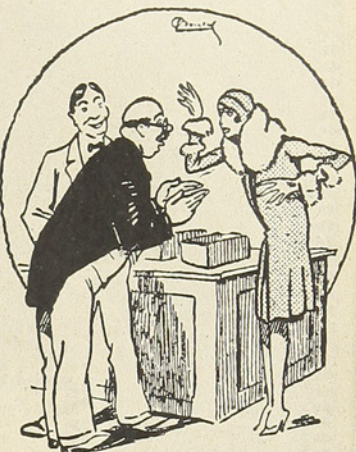
La filosofía que encierran estas declaraciones son convincentes, ¿no os parece, amables lectoras? Hombres y mujeres debemos estar satisfechos. La balanza está al fiel, al gusto de todos; cada cual puede tomar su parte, conforme a su conveniencia social.

Ahora sólo faltan a las razones expuestas la solidez, basada en el ejemplo, porque, si después de todo lo dicho, a Joan Crawford se le ocurriera divorciarse.

Esto es lo de menos; la verdad filosófica queda en pie; ya confiesa sinceramente que puede existir más de un

amor en la vida del hombre y de la mujer.

Además, podría muy bien ser que Joan Crawford no supiera nada del artículo de que se le supone autora, y el autor incógnito del texto transcrito fuera un modelo en la materia.



—¡Sí, señor; me han robado mi bolso!

—¿Y llevaba mucho en él, señora?

—¡Todas mis compras! Tres pares de medias, tres combinaciones, un vestido de baile y otro de calle.

ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO SEDANTE

NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIÁTICA, REUMATISMO

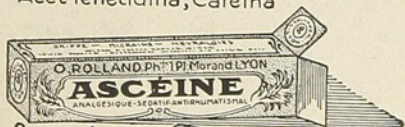
Resfriados, Dolores de cabeza y muelas

Alivio inmediato:

sin efectos secundarios nocivos

ASCEINE M.R.

Comprimidos de Acido acetil-salicílico
Acet fenetidina, Cafeína



De venta
en todas las
farmacias

Tubos de 20 tabletas.
Sobrecitos de 1 y 2
tabletas



SAL DIGESTIVA Bé-mecé

M. R.

Bicarbonato de Sosa, Magnesita, Carbonato de Cal

ESPECIFICO DE LAS
ENFERMEDADES
del ESTOMAGO

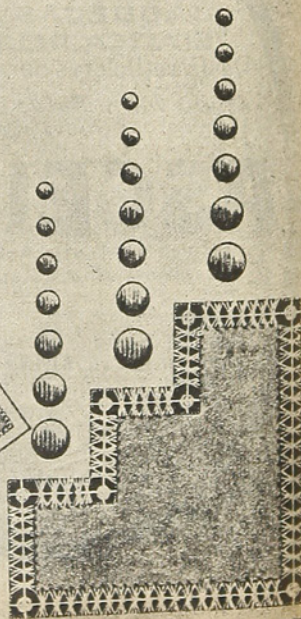
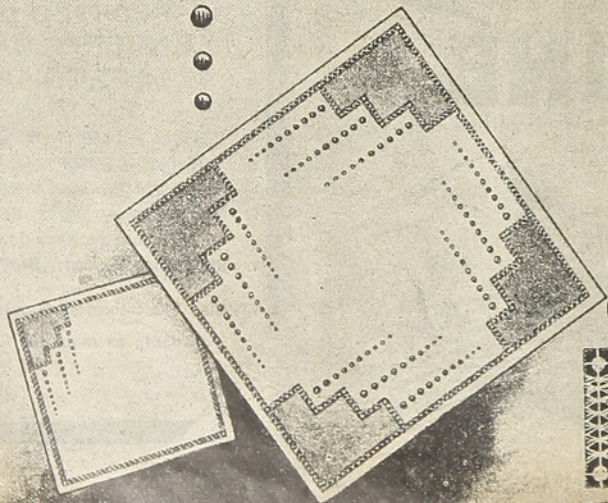
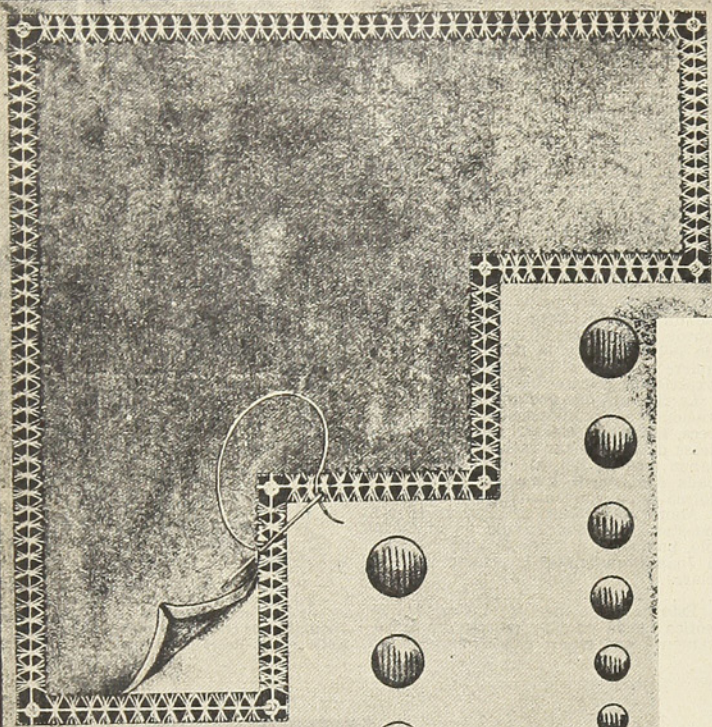
Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias. Gastritis, Hiperacidéz, etc.

Dosis: Una cucharadita despues de cada comida

de Venta en todas las Farmacias

La aplicación de telas de color y deshilados

En los cuatro ángulos de un mantel, confeccionado en tela de color claro, se colocan motivos de aplicación en tela de color más oscuros, rodeados de deshilados. Preparad el trabajo, sacando primero los hilos de la tela y ejecutad los deshilados que son muy sencillos. El dibujo muestra la manera fácil de hacerlo todo. Pastillas de distinto tamaño, bordadas sobre alto relleno, completan el decorado. Las servilletas de té o un mantelito muy pequeño, deben llevar sólo un ángulo trabajado, como se ve en el modelo, abajo.



consultorio sentimental

CUPON

No se publicará ningún párrafo si no viene acompañado de un Cupón por cada 25 palabras.

Figurarán a la cabeza del Consultorio las cartas que traigan tres veces el número de Cupones exigidos anteriormente. Ejemplo: una carta con 50 palabras debe venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 3518, Santiago.

Deseo encontrar un amigo bondadoso, bueno, con quien compartir penas y alegrías. 28 a 30 años, educado. Ella, sincera, honorable y no fea.—Rosa T. S., Correo 3.

Deseo correspondencia con jovencita educada de buena familia que comprenda lo que es un amor, de 14 a 17 años. Contestar a G. Guller G., Correo, Vallenar.

Dos jovencitas, una rubia, de 17, ojos grandes, gordita, desea correspondencia con marino, que con sus palabras dulces le haga olvidar una decepción que sufrió hace poco. Flor Seguel. La otra, morena, de 16 primaveras, con marinerito que le sepa endulzar las horas amargas que ha pasado. Carmela Aravena, Concepción.

Somos dos amigas inseparables, una rubia y la otra morena, ambas de 19 años y anhelamos encontrar dos chiquillos de 25 a 28 que sepan comprendernos; los queremos simpáticos, educados y de buen fondo moral: de familia honorable y de gran corazón. Contesten por Encuesta a Amor de Primavera y Estrella de Oriente, dándonos dirección postal.

Para ti, muchachita buena, que lees estas páginas, van dirigidas mis líneas. Tú has amado, ¿no es verdad? Y yo... cansado de vagabundear en la vida y verme fracasado, sin encontrar un ser amigable a quien confiarle mis penas y dolores, golpeo las puertas de tu corazón, para que salgas y escuches lo mucho que ha sufrido el mío.—Atorrante Vagabundo.

¿Qué escasez de mujeres, ésta!... No hay una que pida un hombre sencillo y bueno. La mayoría los quieren elegantes, simpáticos, ojos verdes, pelo rubio, cinematográficos, músicos, bailarines, y así, por el estilo. ¿Qué me queda a mí que no poseo ninguna de esas virtudes? ¿No habrá alguna que no pida tanto? Por la revista, a Hurlano y Tal.

Deseo amistad con moreno, físico no importa, siempre que me comprenda, porque no he amado nunca. Si hay alguno entre los simpáticos lectores, sírvase contestar a Correo Playa Ancha N.º 4, V. R. S., Valparaíso.

Mi ideal eres tú, Daniel K., que vives en Colo Colo y Maipú. Si eres libre, ruego contestar a Julia Manzano, Correo, Concepción.

Mi ideal es la simpática señorita de Coltauco, cuyas iniciales son E. B. Ruego contestar al Correo 3, Santiago, a O. O. F. Quiero almita dulce, noble, sentimental...

y que siempre me quiera mucho. Mayor de 30 años y de buena familia. Correo 5, Santiago. M. Inés G.

Quedamos encantados, a nuestro paso de Viña a Tomé por Talca, de dos chiquillas que seguimos por el centro en auto y las fuimos a dejar hasta su casa. Una de ellas es alta, delgada, buen cuerpo, rubia, de ojos verdes. Sus iniciales, según averiguamos, son E. M. La otra es una morenita, regular estatura, muy simpática y bastante alegre. Sus iniciales son B. M. Nosotros somos los «chicos bien» que ellas saben. Les rogamos contestar cuanto antes a los nombres que ya saben. Correo, Tomé.

Morena a J. Martínez, Concepción. He resuelto no volver a molestar y guardar el incógnito de mi personalidad, aunque usted me conoce demasiado, no deseando hacerle mal a otra persona. Trataré, en cuanto esté de mi parte, no ir a la tienda, pero, si, le pido que cuando esté cansado de la vida y aburrido tal vez de las horas de felicidad que ella puede proporcionarle, piense alguna vez que en un rincón no lejano hay un alma que siempre los adora y los recuerda eternamente. Mi único consuelo será contemplarlo, sufriendo moralmente y enmudecida, rogando por que siempre la buena suerte os acompañe y seáis todo lo feliz que pudieréis desear.

Mi ideal es la encantadora talquinista Esmeralda Pozo. Si sus hermosos ojos se posan en estas líneas, conteste a Vitoco o Balma-ceda Limitada. Correo, Talca.

Para la señorita Mary Bart, que pide amistad. Creo ser para usted. Contesté por la revista a Segundo Ay Vuillanz.

Nenita M., Correo Central, Valdivia, 25 años, físico regular, familia decente, empleada en una repartición pública, solicita correspondencia fines matrimoniales con joven de 28 a 35, físico me es indiferente, pues detesto el materialismo; prefiero de Magallanes. Se ruega enviar foto, sin cuyo requisito no contestaré ninguna carta.

Joven nada feo, 23 años, sin vicios, con nobles propósitos para el porvenir, desea conocer señorita o viuda joven, pues quiere formar, además de un nido de amor, un hogar donde ambos aporten lo que sea posible hasta conseguir un regular bienestar. Foto a Roldo Brunet, Rancagua, Teniente «C».

Eva Glaytand, cansada de la soledad de mi alma, busco la amistad de un simpático lectorcito, que me sepa amar y comprender, familia distinguida, de 17 a 22 años. Tengo 16 y poseo todas las cualidades más sublimes que debe poseer una mujer. Correo, Cauquenes.

Para Enrique Alvarado. Te quiero mucho. En febrero te voy a ver. Tú Margarita no te olvida, aunque tú no quieras.

Violeta Valdivia, de Valparaíso. Lleno los requisitos que usted anhela. Tengo 25 años. Soy rubio, de ojos verdes, nada mal parecido. Soy empleado. Si usted desea más datos, conteste a Casilla 152, Viña. Serafin Villarroel.

Para María B., de Melipilla. ¿Busca usted alegría? Contesté entonces a la carta que le envié hace días. Dick Dedier, Melipilla.

Si el corazóncito de la Mechita alta, rubia, cuyas iniciales son I. S., está libre, conteste a Esperanzado, Chillán.

Huérfana de amor, desea correspondencia con extranjero de 28 a 35. Tengo 26 y no contagiada por el modernismo. Lita Lya, Chillán.

Deseo correspondencia con joven de 16 a 18, moreno, ojos verdes y que sepa amar. Tengo 15.—Ana C., Chillán.

Te quiero, Guillermito Viard; diariamente voy al paseo a verte. Sé que trabajas en la Casa Domínguez, en Pedro Monti. Soy simpática, pero tú ni me miras. Fíjate en la chica que viste en el palco, cuando estrenaron «El Rey del Jazz» en el Setiembre. Si quieres ser mi amigo, paseáramos mucho. Tengo auto y te quiero.—Yola Loto Rissa. Correo 2, Valparaíso.

Magali Carampangue, busca un hombre que pueda endulzar sus penas. Lo deseo de 25 a 35, simpático, de familia decente.

Somos dos amiguitas inseparables, una de 20 años y la otra de 18. Deseamos correspondencia con dos jóvenes no mayores de 22 y los preferimos marinos, ojalá del «Blanco Encalada». Si algunos lectorcitos se interesan, ruego contesten por carta enviando foto a Juana Albar y a Dora González. Correo Central, Talcahuano.

Cuántas veces he tomado la pluma para escribir mi ideal, mas, al reconocer mi incapacidad para hacerlo en forma que atraiga las miradas de aquellos a quienes va dirigido, siento la infinita tristeza de mi mala estrella. ¡Nadie, nadie se fija en esta joven que, sin ser tan fea, tiene tan mala suerte en amor! Por si se fijara alguien, cosa que creo difícil, diré cómo me gustaría: educado, instruido, ojalá profesional, moreno claro, estatura, 1,68 a 1,72. Buen carácter. Edad, 23 a 26 años. ¿Es mucho exigir esto?—Condesita triste.

Deseo relaciones con señorita o viuda con for una. Tengo 33 años, regular altura, delgado, buena presencia, sin vicios. Correo, Concepción. L. A. E.

De Manuel Herrera C., capitán de Ejército, necesito saber. A la persona que sepa en qué Regimiento se encuentra, le agradecería me lo comunicara por esta Encuesta o al Correo, Linares a Un Amigo en Linares.

Señorita honorable, instruida y muy seria, alta, morena, 19 años, sin pololeos pasados ni presentes, desearía amistad con joven extranjero, ojalá español, de 27 a 32, no importa físico, pero sí sano de cuerpo y alma, instruido, trabajador y honorable. De cualquier punto del país.—Lola Larrazábal. Correo, Temuco.

Mi ideal es el jovencito Enrique Pereda, que actualmente es el doctor de la Refinería de Penco. Sus bellas cualidades morales cautivan mi corazón y sería feliz si con sus suaves palabras endulzara la nostalgia de mi pobre alma.—Alma del Valle, Concepción.

Deseo amistad con porteño o santiaguino. Yo, blanca, pelo ondulado, ojos negros, 20 años. Ruego contestar a Correo 3, Valparaíso, a I. R. V.

U. B. E. M., estudiante, trigueño y simpático, desea correspondencia con señorita estudiante, para matar el tiempo y hacer más agradables estos días de estío. Casilla 112, Copiapo.

Huerfanita, educada, decente, desea conocer joven de 23 a 35, respetuoso, culto, humilde, con fines serios. Físico no importa.—Lia Ferrat, Correo 3, Valparaíso.

¿En qué parte estará mi ideal de muchacha? Prefiero una morena de ojos negros, de alma soñadora y de espíritu más bien romántico. Si entre las simpáticas lectoras hay alguna que reúna estas condiciones y se interese por un talquino, agradeceré se sirva contestar a N. N., Carnet 35.130, Talca.

Victoria P. R., Correo Central, Talcahuano, desea amistad con estudiante de 15 a 18. Ella, estudiante del Liceo, 15 años, de familia honorable. Que sepa amar con todo cariño y sinceridad. No importa que sea de cualquier parte del país.

"MULSIFIED"

COCONUT OIL SHAMPOO

\$ 1.00

\$ 4.00

EL CHAMPU COMUN RESECA EL CUERO CABELLUDO... Vuelve el cabello quebradizo y lo arruina.

Use exclusivamente "MULSIFIED".

Tres jóvenes de 19 desean encontrar pronto compañía de vacaciones. Debe gustarles el baile y el cine. La respuesta, dirígala a Tito Erjas, Francisco Costella y F. Pérez. Correo 2, Valparaíso.

Deseo correspondencia con jovencito de 16 a 18, que sea sincero, bonito físico, trabajador y deportista y de corazón libre.—T. A.

Horóscopo. Santa Fe. Desea correspondencia con Norma Shearer, de Curacautín, a quien le gusta un conductor. Soy estudiante, maestro en amor, feo, pero querendón. Conste.

Oliguita, ¡qué placer sentiría si tú me correspondieras. ¿Por qué eres tan indiferente? ¿Sabes quién soy? Recuerda, que no te olvidé. Correo, Tomé.

E. G. F. desea correspondencia con joven educado, serio, de 25 a 35, prefiere profesor. Ella no es fea, dueña de casa. Conste a Correo, Traiguén.

Ariqueño, Arica, desea saber si Lily Martínez, de Valparaíso, ha recibido mi carta. ¿Por qué no ha contestado? Espero ansioso su respuesta.

Mi único amor será hasta la muerte Lucita Recabarren, de Concepción. Me muero por ti. No me hagas sufrir. Eres mi única ilusión.

Deseo saber si H. M., estudiante de Medicina, no tiene compromiso. Si quiere saber quién se interesa por usted, conteste a "Para Todos", a Recondita.

De Rengo a Chillán y Constitución, deseo conocer morena educada, de 17 a 20 años, buena familia. Yo, rubio, 22, buena ocupación, 1.75 estatura. Si hay alguna gente lectora que se interese, contestar a Juan Meza de la Fuente. Correo, Talca.

Para "Amor que Nunca Muere", marinero que tiene cualidades exigidas, aspira transar ideales y obtener dulces palabras de consuelo. Buque Araucano. Oscar Salazar, Valparaíso.

Valparaíso, Máximo Cortez, empleado humilde, desea encontrar señorita o viuda con fines serios, de 25 a 30 años. Casilla 120, Valparaíso.

Por intermedio de esta gentil revista comunico la expresión de mis deseos al simpático oficial señor Adolfo Carrasco, del vecino puerto. Que el año que se inicia le traiga risueñas ilusiones y agradables perspectivas, que acepte como correspondiente a una chica simpática, seria y muy fiel. ¿Se realizarán mis deseos? Lila Sweet, Correo, Concepción. Lista sobrante.

Tres simpáticas hermanitas de libre corazón desean correspondencia con jóvenes educados, honorables, de buen físico, no menores de 20 ni mayores de 25. Nosotras, 17, 19 y 18, respectivamente. Físico nada mal parecido, indispensable foto. Contestar a Lily Nancy, Correo 3, Valparaíso.

Mi ideal es una hermosa morenita que el 19 de diciembre viajaba en el tren de Valdivia a Talcahuano, que sale de Temuco a las 4 P. M. Debe saber quién soy yo.—J. M. S. Correo, Traiguén.

Mi ideal es la simpática Marujita Arias, que he tenido el gusto de ver por segunda vez en Linares el 6 de noviembre. ¿Recuerda al joven alto, de traje plomo, que al encontrar a usted en la estación, le tomó una foto, la que será guardada en mi corazón de compañía? ¡Oh, Maruja, no seas mala, da un poco de cariño a este corazón que desde mucho tiempo guardo para ti.—Carlos W., Valdivia.

Gladys Santandreu, Correo 21, desea encontrar un amigo sincero, prefiere de 40 años,

para que pueda hacer la felicidad de una muchachita de 20, huérfana de afectos y parientes. De mí físico daré datos a quien se interese.

Veramón Shering;

habiendo leído su ideal "Para Todos" y creyendo poseer las cualidades solicitadas por usted, ruego escribir a Casilla 303, Antofagasta. Mary Durán.

O. L. I. Correo Central, acepto los buenos propósitos de Amado Espinosa y espero cuanto antes lo prometido por usted.

Para ti, lector, que recorres estas líneas y creas poder con tu amistad sincera y desinteresada ser el confidente de un joven corazón, y seas diferente a la casi totalidad de los hombres de nuestro siglo, que desprecian la virtud para rendir culto al oro, escribir a Portenita Extranjera. Correo, Lillole.

Sonia E. Correo, Potrerillos, desea saber si el que corresponde a estas iniciales A. Villarroel, tiene todavía su corazón libre. Ruego contestar pronto.

Two Lonesomes Chillán. Somos dos muchachos chilenos, de 21 y 24, que residimos en Nueva York por largo

tiempo, y cansados de la vida neoyorkina, pensamos regresar en breve a nuestra querida patria y deseamos relaciones con fines serios con dos simpáticas chilenitas, preferimos pobres, pero honestas, y que no pasen de 20 años. El de 21 años tiene los ojos verdes y el pelo castaño, buen físico, estatura 1.70, habla bien y de muy buen porvenir. La desea rubia, lindas piernas y de buen físico, porque es algo exigente, y de la misma estatura. El de 24, ojos pardos, pelo negro, estatura 1.65, buen físico y con dinero en el banco. La desea morena, pelo negro, no muy delgado y de su misma estatura. Rogamos enviar fotografías y dirección a Two Lonesomes Chillán, 29 West 111 St. Apt. 9, New York City N. Y. United States of America.

Renguno, ideal mío vive en La Granja. ¿Me prometes que los dos muy juntos formaremos un hogar placentero? ¿Recuerdas a Jota Eam-deo?

Encantadora viuda de 24 años, desea amigo, sincero y caballeroso, mayor de 30 años. Soy simpática, alta, delgada y de preciosos ojos. El que se me dirija, envíe foto, que devolveré si no me interesa. Absoluta reserva y seriedad. ¿Cuál sea de Sewell, Teniente, u otra ciudad. Enaida Viel de L., Pillanlelún, Correo, Casilla.

¿Podré encontrar alma noble y desinteresada, que mecida por la ilusión de un mismo ideal, podamos, por medio de nuestra amistad encontrar un apoyo espiritual y disfrutará de una mutua confianza? Soy una muchacha que no desea otra cosa, sino la amistad de aquel que con sus caritas pueda darme esta felicidad desconocida. E. K. F., Correo, Lillole.

Señorita de 26 años, que no posee ningún atractivo, desea amistad, con intenciones serias, con señor de 35 a 40. Lo deseo pobre, educado, jovial y de muy buenos sentimientos, que le agrade vestir bien, pero sin elegancia. Por ahora no soy nada, pero en algunos años más puedo ofrecer una vida humilde, pero de rentas. Ojalá envíen foto. Absoluta seriedad y reserva. María Díaz P., Correo Principal, Valparaíso.

Un muchacho aburrido de su vida, desea que una linda chiquillita que no pase de 17 primaveras le ofrezca su amistad sincera y sea, rubia o morena. Casilla 241, La Serena. Inútil escribir sin mandar foto. Jorge Villers.

R. Arellano, Correo, Copiapó, desea correspondencia con joven de 19 a 28, que sea sincero. Ella alta, delgada, trigüña, ojos verdes, 18 años. Ojalá foto.

Señorita: ¿quiere usted conocer un joven de distinguida familia, intelectual y de buen nombre, treinta años, físico regular, carácter noble, y deseo de hallar compañera comprensiva y culta? Si usted posee distinción, buen carácter y algo de fortuna personal, diríjase a Carnet 0123053, Correo, Ñuñoa.

Profesional, 35 años, alto, moreno, instruido, desea relaciones con señorita de 25 a 30, profesional o de buena situación, 1.70 de alto, blanca o morena. Si alguna se interesa, escriba a Correo Central, a Mario Jiménez.

Tengo 19 años, morena, 1.62, físico regular. Deseo joven de nobles sentimientos, físico no importa. Si hay lector que se interese, conteste a Nena, Correo 2, Temuco.

Morocha, estudia en las monjas, desea correspondencia con muchacho de familia honorable, inteligente, serio, buena figura, de 18 a 23 años. Odette Illanes, Correo Central, Santiago.

Señorita seria, honorable, 28 años, buena familia, educada, rubia, morena, simpática, buen cuerpo, conducta excelente y cualidades para hacer la felicidad de un hogar, desea conocer caballero respetable, educado, alto, simpático, buen cuerpo, soltero o viudo, de 40 a 50 años, con muy buena situación. Agradece foto. Contestar Nidia C. Curt P., Correo Central, Santiago.

Mi ideal es el simpático jovencito que trabaja en la Maestranza Sewell y juega fútbol por el Club Democracia. Su dulce nombre es V. B. ¿Comprende quién soy? Si su

TANLAC

un correctivo estomacal



CUANDO se levanta por la mañana, se siente Ud. desanimado y tan sonoliento como cuando se acostó, con mal sabor en la boca y dolor de cabeza?

Frecuentemente este estado deplorable se debe a una mala digestión. El alimento que se toma queda retenido en el estómago sin digerirse y en esta forma envenena todo el organismo, dando origen al estreñimiento, agrios, dolores de cabeza y otras muchas enfermedades.

Son numerosas las personas que han sufrido de estos males y que han encontrado el alivio rápido por medio de TANLAC, remedio que ha pasado la prueba del tiempo. Cada año se usan millones de frascos de TANLAC y los resultados han sido casi en absoluto uniformes. Con frecuencia bastan unas cuantas dosis para producir el alivio deseado, limpiar el organismo del alimento mal digerido, eliminar los venenos perjudiciales y permitir que el paciente disfrute de un sueño tranquilo y vigorizado.

Su boticario le referirá que miles de chilenos están usando TANLAC, y los resultados maravillosos que han obtenido quedan demostrados por el sinnúmero de cartas que se publican en los periódicos.

Las Píldoras TANLAC son un laxante excelente que debe usarse con TANLAC.

A base de: Extractos fluidos de quina, genciana, cáscara sagrada, berberis, perejil bravo, quindío silvestre, aromatizantes y colorantes. Azúcar, glicerina, alcohol, agua M. R. A base de: Extracto Cáscara Sagrada, Aloin, Podophyllin, Ext. Belladonna, Leiva y Capicum.

Píldoras TANLAC

corazoncito está libre, ruego contestar a Correo Sewell a Ximena.

Busco chiquitita, gordita, pobre, algo simpática, residente en Santiago, no mayor de 22. Yo, moreno, no muy feo, cariñoso y educado. Love You. Correo Central.

Para la encantadora Lucy L. G. Valdivia. Te amo con delirio porque sé que eres muy sincera y comprensiva. Me alejo de ti, pero en mi corazón, sólo tu imagen llevo grabada. Lucy, dame una pequeña esperanza. Así al menos tendré alivio para mi pobre corazón. Contesta a Alma que Sufre. Correo Principal, Valparaíso.

Mi único ideal es y será una simpática señorita que se llama Hildita Navarro, que siempre veo en el balcón de su casita, 153, Campamento Chileno. Si su corazoncito está libre y dispuesto a corresponder mi ardiente pasión, ruego contestar por esta revista o por Correo a Hugo Donoso, Potrerillos.

Deseo saber si está libre el corazón del señor Araos, que trabaja en lo de Pinnau Durandau y Cia. Admiradora Antofagastina.

Deseo saber quién fué el jovencito que escribió a «Para Todos» sin nombre ni apellido. Si eres tú, Carlos Vargas, contesta a M. A.

Greta Garbo, Correo, Bulnes 23, sería, sencilla, cariñosa, huérfana de afectos sinceros, decepcionada de la vida, desea encontrar un verdadero amigo de 25 a 32 años, que se encuentre ojala en condiciones análogas a las suyas. Prefiero del Sur.

Dos jóvenes de 16 y 17 años desean correspondencia con dos lectoras que sepan amar sinceramente. Indispensable foto. Segundo Letelier, Correo, Talca.

J. C. C., desea correspondencia con lectorita de «Para Todos». Contestar Potrerillos, La Mina.

Joven nortino, profesional, sin vicios ni pretensiones, de 25 años, físico y estatura regular, desea correspondencia con joven menor de 25, buena dueña de casa, buen físico y noble por el amor, muy formal, fines matrimoniales. Rogaría enviar foto. Oficina María Elena. Correo, a C. Maldonado.

Señor Edmundo Schmit Vargas. Ruego retire carta dirigida a Correo 3, Valparaíso, Llay-Llay, Casilla 18 Ch. V.

Mi ideal lo constituye una simpática morena de 20 a 30 años, independiente. Yo, alto, rubio, muy buena posición, 28 años, profesional. Correo Central. Currinche Solitario.

Dos jóvenes, uno de 18 años, rubio, y el otro de 19, desean conocer chicas de 16 a 18, con el corazoncito libre para amar, físico no importa, pero han de ser sinceras y cariñosas, que les guste el cine, con fines serios. Dos Titanes, Correo 2, Santiago.

G. M. G. M. desea correspondencia con señorita de 18 a 24. Contestar Potrerillos, La Mina.

Joven español, desea correspondencia con chilena de buena posición, muy buenos fines, preferible cambio de fotografías. Señal: España. Félix Gracia. Calle Doctor Casal, número 13, 3.º Oviedo.

Para Daisy Díaz P., de Talcahuano; a fines del año 1921, viviendo en un pueblo del sur, recibí de usted dos románticas cartas; las contesté, pero el Correo de esa las devolvió. Hoy le agradecería que, si sus ojos leen estas líneas, diera a ellas alguna respuesta, la que puede dirigir al Correo o al Consistorio a Dr. G. O., Rancagua, Caletones.

Para Adriana O. B., de Quilpué. Ha pasado un largo año, y siempre, más vivo que nunca, perdura en mi corazón su recuerdo. Mi ruda torpeza me impidió comprenderle; fui débil, me dominaron los vicios, no oí tus buenos consejos, aquellas tiernas palabras con que continuamente me hacías ver mi error. Y ahora que es tarde, cuando ya te he perdido, vengo a comprenderlo. Sufro, Adriana, soy muy desgraciado, mi vida es un continuo martirio. Te hago un llamado por estas páginas, para que me oigas. Sé

que tú las leerás y, contando con tu bondad, te pido unas cuantas palabras de consuelo. Aconsejame, tú que bien sabes hacerlo, y perdóname que así te moleste. Respetuosamente tuyo, G.

Dos chiquillas muy simpáticas, que pasan una temporada en Pichilemu, desean conocer dos amigos de 35 y 35, educados, que vistan bien, y que sean de Pichilemu o que pasen esta temporada allí. Correo Central, Santiago. Antonieta B. N.

Inés G. S. agradece a Buena Amiga su caritativo consejo. Sé por el mismo Carlitos que estuvo de novio en una ciudad del Sur cercana y que hoy está libre de todo compromiso. Insisto en mi ideal: Carlitos.

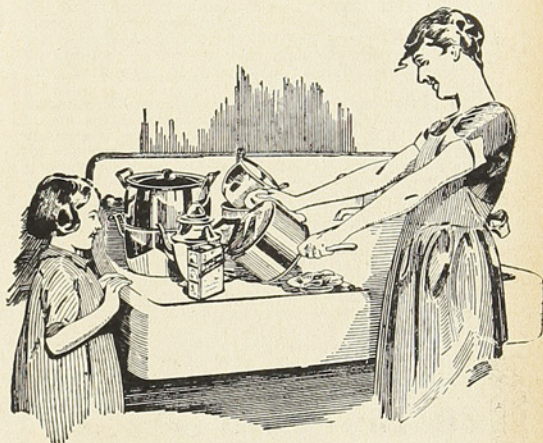
Ruego al señor V. Alvarado, Valparaíso, Casilla 120, me diga por qué no ha contesta-

do mis últimas cartas. Me inquieta. Espero su definitiva. Mar Veraniego.

¿Encontraré un alma ecuaníme, comprensiva, que mecida por el mismo ideal nos comprendamos mutuamente? De 40 a 55, soltero o viudito con hijos, educado, decente, trabajador. Yo, 35, decente, educada, muy dueña de casa, cariñosa, sincera. Quien corresponda a este corazón, me creo segura de hacerlo feliz. Correo 2, Valparaíso. Tristeza del Mar.

Deseo correspondencia con joven serio, trabajador, de buena familia, simpático, con capital. Yo, rubia, buena figura y buena dueña de casa, con capital. Mandar foto.— M. F. C.

El amor de mi vida es y será siempre el conductor Luis Bascuñán, Tren N.º 6 N. y 4 S. Violeta Valler, Correo, Longavi.



Resplandecientes—limpísimas —iy tan fácilmente!



Limpia

Bañaderas • Azulejos
Ventanas • Espejos
Cobre • Bronce
Hojalata • Niquel

Aluminio

Las manos • Calzado blanco

En un segundo, como varita mágica, el Bon Ami deja sartenes y cacerolas como nuevas, como si nunca hubieran estado sucias. Su efecto tan rápido y tan espléndido resulta maravilloso. El Bon Ami ejecuta su tarea limpiadora por todo el hogar. No raya. No daña las manos.

De venta por todas partes

Bon Ami

Animales Modernos

Es una gran entretención para los niños ver a sus mamás confeccionar estos pequeños adornos, que resultan de un efecto bastante original.

He aquí un pájaro y un perro de forma cúbica de líneas muy geométricas y simples.

Estos dos modelos están dados en su tamaño natural para confeccionarlos. Las dimensiones dadas para los géneros deberán ser aumentadas de 4 a 5 mms en cada borde para las costuras.

Pájaro (figura 9).

Cuerpo.— Tizar 6 cuadrados de 4 centímetros por lado; 2 serán en paño flexible o terciopelo amarillo, azul o verde; 2 en paño o terciopelo café o negro. Los otros dos lados serán del tono de los dos primeros y adornados de un recorte del tono de los otros dos cuadrados. Recorte aplicado con punto de filete y figurando las alas. Coser estos diferentes pedazos para formar un cubo, disponiendo los lados como lo demuestra la figura 9. Para poder rellenarlos de algodón o Kapock se deja una pequeña abertura en la costura, que se coserá enseguida con una puntada muy fina e invisible.

La cabeza es hecha de igual manera. Los cuadrados de un solo tono medirán 2 1/2 centímetros más o menos por lado. Una vez cosida la cabeza, rellenarla y cerrarla; encima se adornará con dos alambres forrados de lana o seda, que se doblan un poco como lo indica el grabado. La figura 17 muestra como esconder fácilmente la hebra de lana o seda, en la extremidad del alambre doblado. La hebra se pasa 3 o 4 veces, se apreta bien y se enrolla enseguida. Se procede en la misma forma para terminar, pero se dobla el alambre antes de hacer el último punto.

El pico del pájaro es en cartón naranja. La figura 10 da el tamaño exacto. Se forma un pliegue al medio. Se coloca en la parte de adelante de la cabeza, con la ayuda de un cortapluma, bien afilado, se hacen dos tajos (figura 11, detalla A y B) y se pegan las partes de abajo de los bordes del pico, lados A y B (la parte con raya solamente), y se introduce estos bordes en los tajos.

El ojo es una redondela pintada con blanco, sobre la cual se ha cosido una perla grande negra. La cola es un pedazo de paño recortado (figura 13); se le ponen 2 alambres forrados, para poder doblarla, se cose al borde de la parte inferior del cuerpo, lado de la espalda, o bien se pega con cola. Para las 2 patas (figura 12) se cortan igualmente dos pedazos de paño, con dos rayas dibujadas con tinta china negra.

Perro (figura 16)

El perro es gris, blanco o beige; el cuerpo es compuesto de 4 rectángulo (8 centímetros por 2 1/2, a 3 centímetros más o menos) y de 2 cuadrados (cuyo lado es igual al ancho de cada rectángulo). Enseguida de coserlo, antes de rellenar el cuerpo, se pondrán las 4 patas.

Ellas son hechas de alambre firme y doble, cubiertas con un poco de algodón y enrollado con lana en el tono del perro. Se doblan un poco para darles la forma requerida. Se pasan por dos hoyos hechos con un plunzón en los bordes del rectángulo. Las dimensiones de los alambres es de 10 a 12 centímetros; se hacen 2 de estos alambres para las 4 patas.

Para terminar, seguir con la silueta de la cabeza (figura 16), costar de 2 1/2 centímetro de ancho, una tira para reunir 2 lados, cortados sobre este relieve. Segar un poco cada lado de la tira para formar el hocico; pasar a ambos lados una lengüeta de género, para simular las orejas; bordar la extremidad de la cabeza, figurando el ojo, como para el pájaro. Vestir el perro con un pequeño paletó de paño y ponerle un cascabel en el cuello. Una cola de alambre enrollado, completará este animal.

Fig. 9. Pequeño pájaro moderno.

Fig. 10. Pico en tamaño exacto.

Fig. 11. Dibujo de la parte de adelante de la cabeza (tamaño exacto).

Fig. 12. Pata tamaño exacto.

Fig. 13. Cola lambrada (tamaño exacto, para su ejecución).

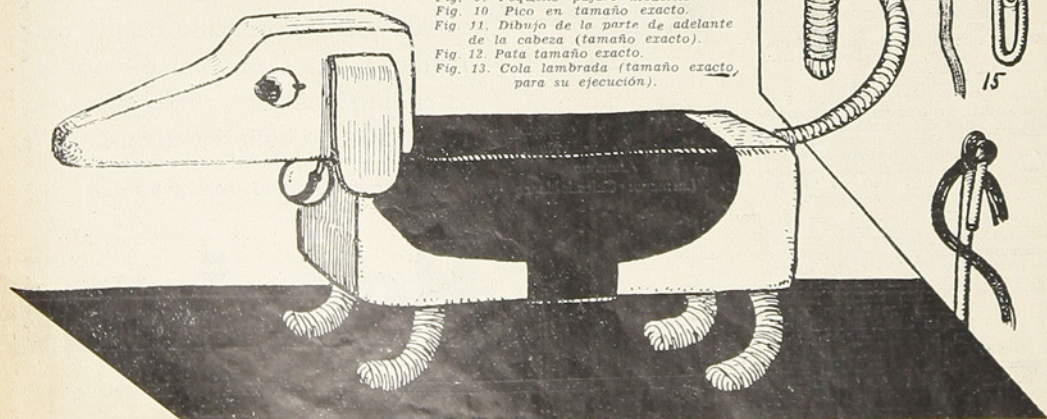
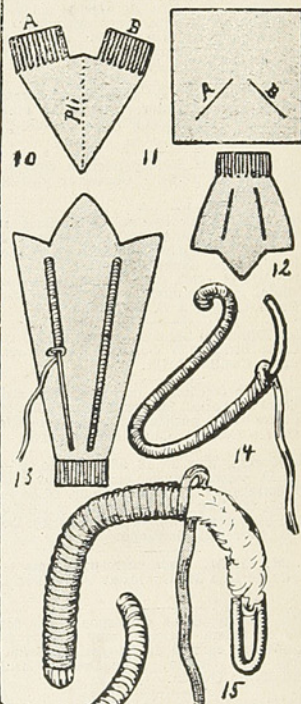
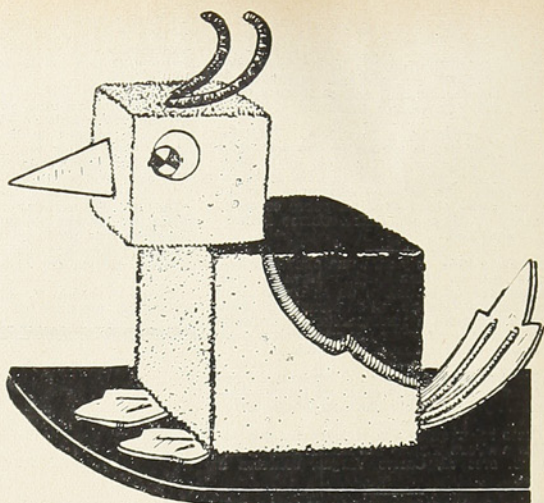


Fig. 16. Perro moderno.

Fig. 14. Alambre enrollado con lana o seda.

Fig. 17. Cómo empezar a enrollar un alambre.

Pequeñas incoherencias

Escucha, corazón, a qué amar tanto?
Ofrécele a tu amor escepticismo:
siempre amor y dolor serán lo mismo
y nadie habrá de consolar tu llanto!

Esquiva todo porque nada es bueno.
Nada en la vida gozarás indemne,
y en la amargura de este amor perenne
siempre estarás de tus dolores lleno,

Y a quién has de culpar de esos dolores?
A este anhelo, que quiere ser la estrella
de la penumbra azul de tus amores?
Únicamente, corazón, a ella!

Si tú sabes que encarna el sufrimiento,
el imposible que jamás se alcanza,
si esperas lejos de su pensamiento,
por qué pones en Ella tu esperanza?

No quieras más! Si en su piedad pusiste
toda la fe de tu ilusión humana,
y hoy que nada tienes y estás triste
porque para tu amor vive lejana,
olvidala más bien, haz que mañana
triunfe sobre tu amor, sobre ti mismo,
una amargura piedad de escepticismo!

Olvídala! quizás haya tenido
un gran amor que la dejó sin alma,
y no busque otra cosa que el olvido,
nuevo Moisés para su pétrea calma!

No sueñes con que al fin ha de quererte,
en que será tu Egida...
Piensa más bien que te dará la muerte
y que con ella te dará la vida!

GUILLERMO AUSTRIA

LA COCINA ELEGANTE

MASITAS DE COCO.

Poner en una cacerolita cien gramos de azúcar molida, cinco yemas de huevo, colocar la cacerola al fuego y revolver con la ayuda de una espátula de madera sin hacer pegar en el fondo y después de hervir por un par de minutos, se retira y se pone en la mesa. Se le agrega un poco de esencia de vainilla y una vez fría agregarle de a poco toda la cantidad de coco seco y rallado que pueda absorber la vema. Repartir la masa en dos, estirla dándole forma alargada y redonda, formar en el centro y a todo lo largo un vacío como si fuera una canaleta y rellenar con un salpicon de fruta abridantada compuesta de higos, guindas y alguna cáscara de naranja, todo bien picado y perfumada con una copita de buen licor. Colocar esta masa en una placa forrada con papel blanco y al día siguiente cocinarla a horno más bien caliente. Estando frío, molar el papel con agua fría, despegar las tiras de masa, abridantar por encima con mermelada de damascos bien reducida, ponerle a los costados un poco de coco seco y rallado y cortar en pequeñas masitas.

Lo Mejor para el Nene

No ponga Ud. en peligro el delicado estomaguito del bebé.

Use Ud. Laxol, el purgante seguro aunque eficaz, que recomiendan los médicos.

Laxol es purísimo aceite de ricino combinado con sustancias aromáticas, y que carece de olor y sabor repulsivos. A los niños hasta les gusta el agradable sabor de Laxol.

Lo venden las mejores farmacias, en la conocida botella azul.

LAXOL

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A.

Acite de Ricino Purificado 88.96 gramos Sacarina 0.14 gramos
Esencia de Menta 0.90 gramos Total 90.00 gramos



ecran

¿Se ha suscrito usted ya a esta revista?

Las mejores informaciones cinematográficas de Hollywood.

La revista mejor impresa y siempre con material propio.

COMPARE ESTA REVISTA CON LAS EXTRANJERAS Y LLEGARA A LA CONCLUSION DE QUE ES MUCHO MEJOR Y POR LA MITAD DEL PRECIO.

AYUDENOS PARA MEJORARLA TODO LO POSIBLE.

SUBSCRIPCION ANUAL: \$ 23.



Algo de la Moda

DE IZQUIERDA A DERECHA

*Boina de Breitschwantz y herminio, lo luce Mme.
Maurice de Wendel*

*Sombrero de terciopelo verde fruncido, lo luce la
Princesa Achille Murat*

*Fieltro azul, fantasia de plumas de varios tonos, lo
luce la Condesa Albéric de Foresta.*

*Vestido de moiré negro, a lunares tejidos, chaleco de
organdí blanco bordado*

Conjunto de lana fantasia marrón y violeta



P E N S A M I E N T O S

El amor viene de haber visto; su fin viene de no ver; el fin de toda causa va siempre seguido de su efecto. Insensiblemente los ojos se acostumbran a no ver un objeto, por querido que nos parezca; insensiblemente pensamos menos en él cada día cuando está ausente, basta que no pensamos en él ni poco ni mucho. El tiempo borra poco a poco la agradable imagen de la memoria, si el original continúa estando lejos, de suerte que quienes se sepan amantes acaban no siéndolo, por corta que sea su ausencia. —*Mme. de Sartory.*

Yo creo que cortesia da la medida de nuestro valor moral, y en esa creencia estoy en la grata compañía de muy altos pensadores.

Mientras más grande es un hombre, más exquisita y refinada es la cortesia que usa en su trato con los demás. —*Tennyson.*

Tener el valor de sostener sus ideas no es muy hacedero. Es una de las formas más elevadas y puras de la energía humana.

La lealtad a los principios consiste en alcanzar audazmente cuando hay que exponerlos y en no transigir jamás ni adquirir ningún compromiso ambiguo y ruin.

La muchedumbre humana es rápida en afirmar lo que sólo conoce a medias. Las cosas que se desconocen son aún las que se proclaman con más eficiencia. Desconfiad de esa audacia. Los mismos hombres que son rápidos en afirmar lo que no saben son muchas veces cobardes y perezosos para honrar los hechos que les son conocidos. Tienen miedo de comprometerse, reflexionan en los riesgos que hay que correr, y si entra en juego su propio interés, se meten la bandera en el bolsillo y apagan la luz para ocultarse. A esto se llama falta de valor cívico. —*Ricardo Wagner.*

Dicha por dicha no es dicha, dicha si fuera callada, no te bastó ser lograda, sino ser lograda y dicha, en semejante desdicha incurren los pocos sabios, pues tornan los favores en agravios, y es gran mengua que tenga infelice lengua quien tuvo dichosos labios. —*Z.*

La mujer es, sobre todo, la compañera del hombre, pero a pesar de eso, existe por su propia cuenta; le es inferior, pero no le está subordinada. —*Mme. de Remusat.*

La adulación es una falsa moneda que no tiene curso más que por nuestra variedad.

Por raro que sea el verdadero amor lo es aun menos que la verdadera amistad. —*La Rochefoucauld.*

Cuando se ha perdido el corazón de

un amante, se hacen vanos esfuerzos para retenerlo; es un bien eclipsado para siempre. Al corazón no se le dirige como al espíritu; no se le manda nada, es el quien nos manda. Es preciso que una mujer sepa adivinar cuando se le quiere, y que evite, si puede la vergüenza de ser abandonada, valiéndose de su deligencia. Hay en el abandono una especie de menosprecio, al que nunca deberíamos exponernos. Debemos dejar para que no nos dejen. —*Mme. de Rieux.*

La causa de que las mujeres sean tan celosas, es que conocen por experiencia

que la fragilidad de su sexo hace la inconstancia del nuestro. —*Ricard.*

La primera prueba de la grandeza de un hombre es su humildad. Pero no tengo por humilde, al que dude de su valor o vacile en expresar sus opiniones. Humilde es el que aprecia con justeza la relación entre lo que quede decir y hacer, y lo que dice y hace el resto del mundo. —*Ruskin.*

Es sobre la virtud que está fundada la verdadera felicidad. —*Séneca.*

¡DELICIOSAS VACACIONES!

LEYENDO...



"BIBLIOTECA ZIG-ZAG"

que por sólo \$ 1.40

edita quincenalmente los viernes las más interesantes y famosas obras de los mejores autores extranjeros y nacionales.

SUBSCRIBASE:

Anual (26 números)..... \$ 32.00

Semestral (13 números)... 16.50

¡ADQUIERA EN ENERO!

N.º 13 - Primavera Mortal. Zilahy Lajos

Obra maravillosa del gran escritor húngaro, traducida por primera vez al castellano, especialmente para

"BIBLIOTECA ZIG-ZAG"

N.º 14 - Zalacaín el aventurero. Pío Baroja

PEDIDOS Y SUBSCRIPCIONES:

"BIBLIOTECA ZIG-ZAG"

CASILLA 84-D. — SANTIAGO



Los Trajes

Traje elegante de crepe romaine blanco, para gran soirée

Traje de lamé chifon, con corte transversal.
Adorno de rosa color pastel.

Elegantes

Abrigo de media estación en género inglés blanco y negro, cuello de astracán

Abrigo de género de lana con cuello de Breitschwanz y puños

Abrigo de lana con adorno de astracán legítimo

De Vuelta a la Vida

Por HUGO CONWAY

De muy buena voluntad habria renunciado yo a tal distinción; pero, como no veía modo de rehuirlo, me dispuse a afrontar al autócrata como mejor pudiese. A la puerta aguardaba el carruaje del embajador, y a los pocos minutos estábamos en el imperial palacio.

Conservo vagas memorias de gigantescos centinelas, oficiales resplandecientes, ugieres graves, gente seca y sombría; de hermosas escaleras y anchos pasos; de pinturas, de estatuas, de doraduras, de tapices. Siguiendo a mi guía, entré en un aposento, en uno de cuyos extremos estaba en pie un hombre alto y de noble apostura en arreos militares; y entendí que me veía en la presencia de aquel que con un movimiento de cabeza podía mover a su capricho millones de criaturas, del Emperador de todas las Rusias, el Czar Blanco, Alejandro II, cuyo dominio abarca a una la civilización más refinada de los europeos y la barbarie más baja del Asia.

Dos años hace, cuando llegó de súbito a Inglaterra la nueva de su cruenta muerte, lo recordé como lo vi aquel día, en el calor de la existencia, alto, imperante y benevolente, viril figura que era grato ver. Si, como dicen los que saben de fragilidades de reinas, corría en sus venas sangre de plebeyo, de la bota a la frente parecía aquel un rey de hombres, un espléndido déspota.

Conmigo fué especialmente afable y llano, y me recibí de modo que pude sentirme tan holgado como era dable en tan poderosa compañía. Por mi nombre me presentó a él el embajador, y, después de una adecuada reverencia, quedé aguardando sus palabras.

Dejó caer sobre mi su mirada durante un segundo; y empezó a hablarme en francés fuertemente, y sin marcado acento extranjero.

—Me dicen que desea Ud. ir a Siberia.

—Si V. M. se digna permitirlo.

—¿A ver a un preso político?

Afirmé con un movimiento de cabeza.

—Largo viaje para tal objeto.

—Es para mí, señor, asunto de grandísima importancia.

—De importancia privada, dice el señor embajador.

Hablaba en tono breve y seco, que no admitía quiebros ni esquivances. Me apresuré a protestar de la naturaleza enteramente personal de la entrevista que apetecía.

—¿Es muy amigo de Ud. el preso?

—Más es mi enemigo, señor; pero mi felicidad y la de mi esposa dependen de esta entrevista.

Sonrió a esta explicación.

—Quiéren bien a sus esposas los ingleses. Sea. El Ministro proveerá a Ud. de pasaporte y autoridades. Buen viaje.

Me incliné reverentemente, y salí del aposento agosto, anhelado que las divindades de escritorio no demorasen con trabas de Ministerios la ejecución de la voluntad imperial.

A los tres días recibí mis documentos. Me autorizaba el pasaporte a viajar hasta el fin de los dominios asiáticos del Czar si me parecía bien, y estaba fraseado de manera que me ahorra la necesidad de renovarlo a cada nuevo gobierno de distrito. No vine a comprender todo el favor que se me hacía hasta que pude ver luego por mi mismo las dilaciones y enojos de que aquel mágico documento me libraba. Aquellas breves palabras, ininteligibles para mí, obraban como un encanto, cuyo influjo no osaba nadie resistir.

Pero, autorizado ya para viajar ¿a donde debía encaminarme para dar con Ceneri? Expliqué mi caso a uno de los jefes de la policía: describí a Ceneri, cité la fecha aproximada en que suponía yo acaecidos su delito y proceso, y rogué que me aconsejara el medio mejor de hallar a Ceneri en el lugar de su destierro.

Fui tratado con toda cortesía: grande es la cortesía de los empleados rusos con quienes gozan del favor de los poderosos del imperio. Al instante identificaron a Ceneri, y me dijeron su nombre verdadero y su historia secreta. Reconoci el nombre al punto.

No debo darlo al público. Muchos hay en Europa todavía que creen en el desinterés y pureza del misero preso; muchos lo lamentan como a un mártir. Tal vez en la causa de la libertad fué siempre noble y bravo. ¿A que afligir a sus secuaces con la revelación de los sombríos secretos de su vida? Por lo que a mí hace, sea siempre para ellos el buen Dr. Ceneri.

Toda su historia me dijo el suave empleado ruso. Ceneri habia sido preso en San Petersburgo pocas semanas después de nuestra entrevista en Génova. Uno de sus cómplices denunció a la policía la abominable trama: el Czar y varios miembros del Gobierno iban a ser asesinados. Dejó crecer el plan la policía, y cuando la culpa era patente, cayó sobre los conjurados. Apenas escapó uno de los capitanes, y Ceneri, que figuraba entre ellos, fué tratado con escasa merced. No tenía en verdad derecho a más: no era un súbdito ruso, sofocado en su natural derecho de hombre por un gobierno despótico y sombrío: aunque se decía italiano, era cosmopolita. Ceneri era uno de esos inquietos espíritus que anhelan la ruina de todas las formas de gobierno, salvo la de la República. Había conspirado y tramado, y peleado como un valiente, por la libertad de Italia. Sirvió a Garibaldi con filial obediencia, pero se volvió contra él cuando vio que Italia iba a ser una monarquía, y no la ideal República que acariciaba en sueños. Rusia atrajo después su atención, y vendido allí su plan, podía darse ya por acabada su tarea en la tierra. Después de muchos meses de mortal espera en la fortaleza de San Pedro y Pablo, fué sentenciado a veinte años de trabajos forzados en Siberia, para donde habia salido meses antes. Opinaba el suave empleado ruso que le habian tratado con gran misericordia.

Pero donde estaba en aquel instante, eso no me lo podían decir de fiato. Podía estar en los lavaderos de oro de Kara, en las salinas de Utskusk, en Freitsk, en Nerchinsk. Los desterrados iban primero a Tobolsk, que era como una estación central de todos ellos, desde donde los distribuía a su capricho por toda Siberia el Gobernador General. Si yo lo deseaba, se preguntaría al gobernador de Tobolsk el paradero de Ceneri por carta, o por un telegrama. Pero como yo no podía, de todos modos, dar con Ceneri sin pasar por Tobolsk, haría yo mismo la pregunta al Gobernador. Ni el correo ruso, ni el telegrama, acabado de establecer, me parecían que correrían parejas con mi prisa: decidí partir al día siguiente.

Di las gracias al jefe de policía, de quien recogí cuantos informes pude, y con mis eficaces documentos en el bolsillo, fuí a acabar mis preparativos de viaje: un viaje que podía ser mil o dos mil millas más o menos largo, según la comarca a donde hubiese placido al gobernador de Tobolsk confinar al infeliz Ceneri.

Antes de salir recibí una carta de Priscila, carta de criada vieja, muy bien puesta y confusa. Paulina seguía bien, y estaba pronta a dejarse guiar por Priscila hasta la vuelta del paciente amigo que andaba en viaje. Pero, mi señor Gilberto, decía aquí la carta, siento mucho decir que a veces la señora no me parece en sano juicio. Había mucho de un crimen muy grande; pero dice que espera tranquilidad en lo que haga la justicia, y que aliguen a quien ha visto en sueños en su enfermedad está trabajando por ella. Y no sabe quien es; pero dice que es uno que lo sabe todo.

¡De manera que no solo esperaba Paulina mi vuelta tranquilamente, sino que alboreaba ya en su alma la memoria de mi amor! Aquellas líneas de Priscila me llenaron de esperanza.

Hasta esta misma tarde, mi señor Gilberto, no reparó que tenía puesta una sortija de matrimonio. Me preguntó cómo le habia venido, y le dije que no se lo podía decir. La hubiera visto entonces el señor dando y dando vueltas horas y horas a la sortija en el dedo, y pensando y pensando. En qué piensa, le dije. En unos sueños de que quiero acordarme, me dijo, con aquella sonrisita, mi señor Gilberto, tan quieta y tan linda. Yo me estaba muriendo por decirle que era la mujer legítima del señor Gilberto; y me daba miedo pensar que iba a sacarse del dedo la sortija; pero gracias a Dios no se la quitó, señor.

¡Sí, gracias a Dios no se la quitó! Cuerpo y alma se me iban por el camino que habia traído la carta; a los pies se me iban de mí pobre esposa; pero refrené la tentación, más seguro cada vez de que mi entrevista con Ceneri habia de tener resultados venturosos, de que volvería a conquistar de nuevo, si era necesario, el derecho de afirmar para siempre en aquel dedo el anillo de las bodas, convencido ya de que mi esposa era más pura que el oro del anillo. ¡Oh, Paulina, mi hermosa Paulina! ¡Aún seremos felices, esposa mía!

Al día siguiente salí para Siberia.

CAPITULO XI

EL INFIERNO EN LA TIERRA

Mediaba el verano cuando dejé a San Petersburgo, y era el calor vivísimo, en aquella tierra afamada por sus frios. Fui a Moscú por el camino de hierro que en línea recta inquebrantable va de una ciudad a otra: así la mandó hacer el Czar, sin desviaciones ni curvas. Cuando los ingenieros preguntaron por qué ciudades notables debería pasar el camino, tomó el Czar una regla, y trazó una línea recta de San Petersburgo a Moscú: "Por aquí ha de pasar," dijo. Y pasó por allí, arrollando toda propiedad o conveniencia ajena: derechamente anda el camino cuatrocientas millas, sin desviarse un punto de la línea recta que trazó el autocátera.

En la colosal Moscú tuve que detenerme dos días, buscando guía e intérprete. Como yo hablo, además de la mía, dos o tres lenguas, me fué posible escoger con acierto: tomé al fin a mi servicio un mozo inteligente y afable que se envanecía de conocer pulgada a pulgada nuestro camino. ¿Qué-dese atrás el Kremlin imponente con sus iglesias, sus torreones y sus muros! Vamos a Nijni Novgorod, donde el ferrocarril acaba. ¿Qué-dese atrás la vieja ciudad de Vladimir con su famosa catedral de cinco domos! Ya estamos en Nijni, donde mi intérprete quiere quedarse uno o dos días, porque "es cosa de ver, me dice, la feria de Nijni Novgorod." ¿Qué me importaban a mí fiestas ni ferias? Le ordené que hiciera al instante los preparativos para seguir el viaje.

Como era verano, estaban abiertos los ríos: el vapor nos llevó por el ancho Volga abajo, hasta más allá de Kasán, hasta el torcido río Kama, hasta la gran ciudad de Perm que el Kama baña.

Nunca fueron para mí cinco días más largos que los que empleé en aquel viaje: el río, tortuoso; perezoso el vapor; el espíritu inquieto. Ansiaba ya llegar a tierra: ¡por el agua no me parecía que adelantaba! Allí sería el camino recto, no con aquellos cientos de recodos!

Estábamos llegando al término de Europa. A cien millas más, cruzaríamos los montes Urales y entraríamos en la Rusia Asiática.

En Perm hicimos los últimos preparativos. De allí en adelante habíamos de viajar con caballos de posta. Iván, mi guía, compró, no sin regatear, un tarantass, que es una especie de faetón. Ya están en él los baúles, y nosotros en nuestros asientos; piafan ya, arnesados a la rusa, los tres caballos de la primera posta; el yemshik los pone en camino, no con el látigo, sino con las palabras cariñosas que se tienen en Rusia por más eficaces: ya ha empezado la larga jornada!

Cruzamos los Urales, que no me parecían tan eminentes como los pinta la fama. Pasamos por el obelisco de piedra levantado, me dijo Iván, en honor de Yermak, jefe cosaco. Leímos la palabra "Europa" a nuestro frente, y al respaldo leí la palabra "Asia". En Ekaterineburg pasé mi primera noche en Asia, noche sin sueño, que me ahuyentaba el calcular una vez y otra las millas que me separaban de Paulina. Días sobre días habían pasado desde que salí de San Petersburgo; ferrocarril, vapor y buen caballo me habían traído, y el viaje no estaba más que en su comienzo. Ni sabré siquiera cuanto ha de durar, hasta que no llegue a Tobolsk.

Una bagatela, unas cuatrocientas millas, de Ekaterineburg a Tiúmen; otra bagatela, unas doscientas millas, de Tiúmen a Tobolsk; y allí, de bagatelas siempre, aguardaré a que plazca al Gobernador General decirme los centenares de millas que me aguardan. En balsa pasamos, el tarantass y nosotros, el Irtnish espacioso y amarillo, que a la otra margen espera a los militares que lo cruzan, con el ascenso con que el gobierno les induce a servir en Siberia: en la margen oriental del Irtnish empieza la Siberia propia.

¡Tobolsk, por fin! Todo es cariños el Gobernador, apenas ve mi pasaporte. Me invita a comer; acepto por razones, y a cuerpo de rey me trata. Hallo en su archivo cuanto necesito saber sobre Ceneri. Lo grave del delito requería especial dureza: lo ha enviado al último extremo de los dominios del Czar. Se ignoraba aún donde acabaría su viaje, más esto me importaba poco. El iba a pie, yo en tarantass, y como no había más camino, lo alcanzaría al fin, aunque ya hacía meses de su salida de Tobolsk. Mandaba la escolta de aquella cuadrilla de presos el capitán Varlamoff, para quien me daría el Gobernador una carta. Me daría además otro pasaporte con su propia firma.

—¿Dónde cree Ud. que alcanzaré a la cuadrilla?

—Allá por Irkutsk, calculó el gobernador.

¡Por Irkutsk, como a dos millas de Tobolsk!

Me despedí agradecido del poderoso personaje, y a tal velocidad seguí camino que Iván mismo, que era afable y paciente, comenzó a murmurar: "Los rusos son mortales," le oía decir. "A dos centavos por milla no puede dar la posta caballos árabes." Ni a Iván ni al yemshik daba yo tregua. Todavía no se había enfriado su té cuando ya lo estaba llamando para seguir viaje. ¿Dormir toda una noche? ¿Quién pensaba en dormir!

¡Oh, el té de Siberia! ¡Nunca hasta aquel viaje supe la cantidad de té que puede consumir un vivo! A galones lo beben. Lo llevan consigo en tablillas prensadas, amasado con sangre de oveja y de otros animales. Lo beben al alba, al mediodía, a la noche. Donde hay una parada, como puedan haber a mano agua caliente, a baldes hacen el té, y lo beben a baldes.

Son vagas mis memorias de aquella expedición. No atravesaba yo el país para estudiar las costumbres, ni para escribir un libro de viaje, sino para alcanzar a Ceneri. ¡A alcanzarlo, pues! Vastas estepas, negros pantanos, bosques de membrillo, tupidos pinares, arces, robles, arroyos, anchos ríos: todo volaba a nuestra espalda. Adelante seguíamos tan de prisa como lo soportaba el camino. Cuando nos rendía la fatiga, habíamos de contentarnos con los ruines arreos de descanso que hallábamos a mano. Solo los lugares de alguna importancia tenían posadas. Me habitué al fin a dormir en el tarantass, a pesar de los recios tumbos del camino.

Lento, monótono viaje. No me detenía a visitar los objetos o lugares de interés de que hablan los viajeros. Del alba a la noche, y casi toda la noche, giraban velozmente nuestras ruedas. A cada nueva posta lei en el paral de madera el número de millas que me separaban de San Petersburgo, hasta que, con aquel correr de días y de semanas, llegó a espantarme la distancia andada y la que había de recorrer a mi vuelta. ¿Volvería a ver a Paulina? ¿Qué habría pasado en Inglaterra durante mi ausencia? Grande era mi desanimación a veces.

Lo que mejor me revelaba la extensión de la distancia recorrida era, más que los parales y los días, los cambios de traje y dialecto de la gente del país. Los yemshiks eran, de trecho en trecho, de nacionalidad y aspecto diferentes: los caballos mismos eran de diversa raza. Mas los yemshiks eran siempre hábiles, y los caballos buenos.

El tiempo seguía hermoso, tal vez demasiado hermoso. Toda aquella tierra, cultivada con esmero, parecía pertenecer a gente acomodada y trabajadora. ¿Era aquella la Siberia de la fama? El aire, excepto en las horas de calor vivo, era sumamente grato: con él se entraban por el cuerpo alegría y fuerza; jamás había yo respirado aire tan puro. Días había en que sentía en las venas como si me entrase por ellas a raudales una nueva vida.

Los habitantes me parecieron honrados; y cuantas veces me fué preciso mostrar mis documentos, me trataron de tal modo, que fuera poco llamarlo cortesía. No sé cómo me hubiesen tratado a no llevar los documentos.

Tenia ocupada a casi toda la gente campesina la cosecha de heno, asunto allí de tanta importancia que a los presos mismos se les da vuelta durante seis meses para que ayuden a levantar la cosecha. Crecían por todas partes hermosísimas flores silvestres, y no se hallaba persona que no pareciese no-gada y satisfecha. Me fueron gratas, en verdad, mis impresiones de verano en Siberia.

Deseaba yo, sin embargo, que hubiésemos estado en el rigor del invierno. Rudo es el frío; pero se viajaba mucho más aprisa. El camino se cubre de nieve. Ya no se va en tarantass, sino en trineo. Maravilla la suma de leguas que se anda al día.

Tuvimos, por de contado, pequeños accidentes y demoras en el camino. Obra de hombre es al fin el tarantass: las ruedas se rompen, los ejes ceden, se quiebran las lanzas, el tarantass se vuelca. Reparábamos el daño, y en camino!

Capítulo de Génesis parecería esta historia, si enumerase yo las ciudades y las aldeas por que pasamos. El lector que de aquellas tierras sepa, reconocería algunos nombres: Tara, Kainsk, Koliúvan, Tomsk, Achinsk, Nijni Udinsk. Los demás, aun para el lector más culto, serían meros sonidos.

No había, sin embargo, ciudad o aldea que careciese de estación de posta, ni de un edificio cuadrado y sombrío, más o menos grande según la importancia del lugar, y circundado por alta empalizada, a cuya puerta abarrotada se paseaba un centinela: eran los ostrogs, las prisiones! ¡Ni una aldea sin ostrog!

Allí hacían alto los miseros presos en su tremenda marcha. Son los ostrogs sus únicas posadas. Masas de insectos parecen en lo interior. En los que están hechos para descien-

tos presos, encierran cuatrocientos. Había épocas en que no se podía seguir la marcha: los ríos se helaban, o se inundaba la comarca; las escenas en los ostrogs eran entonces espantosas. Se temía solo al describirlas. Hombres y mujeres, de su sexo olvidadas en aquella agonía, se apiñaban sofocados y fétidos, contra las paredes que destilaban podredumbre. Subía del suelo hediondez envenenada. A carretadas sacaban a veces los muertos. Nada eran los sufrimientos del camino comparados con los horrores del descanso. ¡Y era en uno de aquellos ostrogs donde debía yo hallar a Ceneri!

Tropezamos al paso con muchas cuadrillas que seguían jadeantes a su triste destino. Me dijo Iván que llevaban casi todos grillos, lo que yo no hubiera sospechado, porque los tenían cubiertos. El corazón se me afligía por aquellos infelices. Criminales como eran—¿lo eran todos acaso?—jamás pude rehusarles limosna que invariablemente pedían. No veía yo que los tratasen mal los oficiales y soldados; pero erizaban los cabellos las historias de sus padecimientos a manos de alcaldes y carceleros inhumanos. El calabozo y el rodillo, y otras penas de crueldad refinada, castigaban las faltas más leves,—a veces, faltas soñadas!

Respiraba yo más libremente cada vez que perdíamos de vista una de aquellas cuadrillas. A mi pesar saltaba a mis ojos el contraste entre mi mismo, libre y considerado, y aquellos rebaños de reñejan'es mios maltratados e inmundos. Pero si Ceneri no desvanecía toda sombra de duda en mi espíritu, si la pureza de mi esposa no resplandecía libre de toda mancha después de nuestra entrevista, más desdichado volvería yo por aquel camino que aquellos miseros que arrastraban por el sus pies llagados!

Como diez días después de mi salida de Tobolsk comencé a preguntar en los ostrogs si la cuadrilla del capitán Varlamoff había pasado, y si tardaría aún mucho en alcanzarla. Confirmaban todos el cálculo del gobernador: por Irkutsk vendría a dar con ellos. Vi que cada nuevo día me llevaba mucho más cerca de Varlamoff, y cuando entramos ¡por fin! en la hermosa ciudad de Irkutsk, comprendí que estaba cerca el término de mi jornada.

No había llegado aún el capitán. En el último lugar en que preguntamos por él, nos dijeron que había pasado por allí un día antes: lo dejábamos pues, atrás. Lo mejor era aguardar en Irkutsk la llegada de la cuadrilla. ¡Bien me estaría, por cierto, descansar uno o dos días de tantas fatigas! No me pesaba gozar de nuevo de las comodidades de la ciudad; pero a cada hora enviaba a inquirir si habían llegado los presos de Varlamoff. Mucho había anhelado llegar a Irkutsk; más estaba anheando salir de él.

No había recibido carta de Irkutsk desde que dejé a San Petersburgo, ni podía recibirlas, puesto que yo había viajado mucho más rápidamente que el correo. Pero a la vuelta, las recibiera: a la vuelta!

Dos días de impaciencia eran ya pasados cuando me dijeron que a las cuatro de la tarde había llevado su cuadrilla el capitán Varlamoff al ostrog de Irkutsk. ¿Qué me importaba a mí acabar la comida que acababan de servirme? Me levanté de ella, y fui hacia el ostrog a paso vivo.

No estaban por cierto acostumbrados los centinelas a ver llegar a la puerta de la prisión un hombre de mi aspecto, en traje de paisano, pidiendo ser conducido sin pérdida de tiempo a la presencia de un capitán ruso que aún no se había sacudido el polvo del viaje. Se sonrieron como burlas, y preguntaron a Iván si "el padrecito" se había vuelto loco. De mucha persuasión y firmeza tuve que valerme, y de una propina que a aquellos ávidos soldados significaba sendos tragos de vodka, para que me permitieran traspasar la puerta de la alta empalizada, y llegar, no sin muchas muestras de desconfianza de mi guía hasta Varlamoff.

Había yo al comenzar mi viaje adoptado el traje ruso, que bien podía, con el desgaste y maltrato del camino, darme la apariencia de un paisano a quien cualquier caballero militar pudiera ojar a su sabor; así fué que el joven y arrogante capitán me echó, al verme, los ojos ceñudos.

Pero fué cosa de gozo observar el cambio de su fisonomía cuando hubo leído la carta del gobernador de Tobolsk. Se puso en pie, con la mayor cortesía me brindó asiento, y me preguntó en francés si hablaba esta lengua.

Lo convení pronto de ello; y como no necesitaba de Iván en la entrevista, le dije que me aguardase afuera.

Pero no: no se había de hablar de nada hasta que no tuviéramos delante vino y cigarrillos: después, si, después el capitán se pondría a mis órdenes en todo!

Le dije al fin lo que deseaba.

—Desea Ud. ver privadamente a uno de mis presos. Es-

ta carta me ordena que atienda a su deseo. Pero ¿con que preso desea Ud. hablar?

Le di su verdadero nombre. Un movimiento de cabeza indicó que no lo conocía.

—No conozco a ninguno de ellos por ese nombre. La mayor parte de los nombres de los presos políticos son falsos. Cuando salen de mis manos, quedan convertidos en números; de modo que no importa.

—¿Ceneri?

Volví a mover la cabeza. Tampoco lo conocía por Ceneri.

—Sé que el nombre a quien busco está en su cuadrilla.

¿Cómo puedo hallarlo?

—¿Le conoce Ud. de vista?

—Oh, sí: le conozco bien.

—Venga Ud. entonces conmigo, y búsquelo en la cuadrilla. Pero encienda antes otro cigarro: vamos a necesitarlo.

Salió guiándome, y pronto nos detuvimos ante una recia puerta. A su voz vino un carcelero, con un mazo de grandes llaves. Rechinó el cerrojo, y quedó la puerta franca.

—Sigame, dijo Varlamoff, aspirando dilatadamente su cigarro. Le obedecí; y a poco caigo en aquellos umbrales desmayado!

Tal hedor se escapó por aquella puerta, que parecía que por allí se entrase en una caverna donde estuvieran puestas a pudrir las impurezas todas de la tierra. Se sentía que aquel aire espeso y pestífero iba cargado de enfermedades y de muerte.

Me recobré como mejor pude, y seguí a mi guía por aquel lugar lóbrego. Tras de nosotros se cerró la puerta.

Aunque pudiese yo hallar la manera de describir aquel horrendo cuadro ¿quién me lo creería? El ostrog era espacioso; pero para los presos que había en él, debía ser tres veces mayor. Repleto estaba de aquellos infelices; de pie, sentados, acostados. Hombres de todas edades, de todas las naciones. Los había más bajo tipo humano. Estaban apiñados en grupos: muchos de ellos se injuriaban, maldecían, juraban. Movidos por la curiosidad se echaron sobre nosotros tan de cerca como el miedo al capitán les permitía. Reían y charlaban en sus bárbaros dialectos. En un infierno estaba yo, en un infierno infierno: en un infierno creado por los hombres para sus semejantes.

¿Suciedad?: masa de ella era el ostrog entero: amontonada bajo los pies, escurriéndose por las paredes y las vigas, flotando en el aire espeso, cálido, pestilente. Masa viva de suciedad parecía ser cada hombre. Emilio Zola se complacería en una descripción minuciosa de aquella miseria: yo la dejo a la imaginación de los que me leen, aunque dudo que imaginación alguna conciba cosa semejante a la realidad.

En una cosa sí pensé al momento: ¿cómo no se echaban afuera todos aquellos hombres, abatían a sus guardas, y se escapaban de la humeante cueva? Lo pregunté a Varlamoff.

—Jamás intentaban escaparse en el camino, me dijo. Es un caso de honor entre ellos: saben que si alguno se fuga, los demás son tratados con mucha severidad.

—¿Y ninguno se escapa después?

—Sí, muchos se escapan; pero de nada les sirve. Tienen a la fuerza que pasar por las poblaciones, o morir de hambre; y en las poblaciones vuelven siempre a caer presos.

Uno a uno iba yo examinando aquellos rostros, ansioso de dar con el que buscaba; unos me miraban con ira, con desconfianza otros, otros como desafiándome, otros con indiferencia. Se hablaban en voz baja; pero la presencia de Varlamoff me libró de insultos. Muchos grupos examiné sin éxito; y comencé a dar la vuelta a la prisión.

A todo lo largo de la pared corría una tarima inclinada cubierta enteramente por cuerpos encogidos en diversas posturas. Era el lugar menos inmundo del ostrog, y no había en el vacío el espacio de un dedo. En una de las esquinas vi a un hombre reclinado, en la actitud de quien ha perdido ya todas las fuerzas. La cabeza le colgaba sobre el pecho, los ojos los tenía cerrados. Algo había en todo él que me era conocido. Me acerqué a él, y le puse mi mano en el hombro. Abrió sus fatigados ojos y levantó su triste faz. Era Manuel Ceneri.

CAPITULO XII

EL VERDADERO NOMBRE

La expresión de su mirada cambió de súbito de la desesperación al asombro. Parecía no estar seguro de que no fuese un fantasma el hombre que tenía ante sí. Se puso en pie como deslumbrado y aturrido, y me miró cara a cara, mientras que sus compañeros agitados se apretaban alrededor nuestro.

—¡Mr. Vaughan! ¡aquí en Siberia! exclamó, como si no diese crédito a sus propios sentidos.

—Vengo desde Inglaterra para ver a Ud. Este es el preso a quien busco, dije, volviéndome hacia el capitán, que continuaba encando al aire espesas bocanadas de humo.

—Me felicito de que lo haya encontrado, respondió cortésmente. Ahora, mientras más pronto salgamos de aquí, mejor. Este aire es poco saludable.

¿Poco saludable? ¡Era fetido! Al ver a aquel gallardo militar de afables maneras, al pensar en el endurecimiento a que ha de llegar el alma para estar viendo en paz tanta miseria, tanto infortunio, me maravillaba de que aquel hombre creyese sinceramente que solo estaba cumpliendo con su deber. ¡La vez estaba cumpliendo con él. Tal vez los crímenes de los presos sofocaban toda simpatía. ¡Pero, oh tormento, el de vivir entre aquellos infelices, trocados en poco más que bestias! Puedo yo equivocarme; más me parece que el carcelero ha de tener un corazón más duro que el peor de sus cautivos.

—¿Puedo verle, hablarle a solas? pregunté.

—A eso está Ud. autorizado. Soy un soldado; en este asunto Ud. es mi superior.

—¿Puedo llevarlo conmigo a la posada?

—Creo que no. Aquí mismo tendrá Ud. un cuarto. Sirvase seguirme. ¡Ah! ¡Esto es otra cosa!

Estábamos ya fuera de la puerta de la prisión, respirando otra vez el aire libre. Me llevo el capitán a una especie de despacho, desaseado y con escasos muebles, pero alegraba los ojos cuando se venía de aquella terrible escena.

—Espere Ud. aquí. Voy a enviarle el preso.

Pense al instante en el miserable y decaído aspecto de Ceneri. Aunque fuese el malvado mayor, deseaba hacerle algún bien.

—¿Puedo darle de comer y de beber?

El capitán se encogió de hombros, y rió amablemente.

—No debe tener hambre. El recibe las raciones que el gobierno dice que son suficientes. Pero Ud. puede tener hambre y sed. No veo por qué impedirle que envíe por algo de comer y de beber, para Ud. por supuesto.

Le di gracias, y envié a mi guía a traer la mejor carne y vino que pudiese hallar. Cuando en Rusia pide vino un caballero, se entiende que es champaña. No hay posada de algún viso donde no la tengan, o al menos vino del Don, que no la suple mal. Pronto había vuelto Iván con una botella de champaña bueno, y no mala provisión de carne fría y pan blanco. Acababa de ponerlo en la mesa cuando en compañía de un alto soldado entró mi huésped.

Ceneri se dejó caer con fatiga en la silla que le acerqué. Oí, al sentarse, el ruido de sus grillos. Mandé a Iván afuera. El soldado, que sin duda había recibido órdenes, me saludó con gravedad, y salió tras él. Quedó la puerta cerrada, y Ceneri y yo solos.

Había vuelto ya un tanto de su estupefacción, y al mirarme notaba yo en su rostro a la vez curiosidad y anhelo. Desesperado como estaba, vió sin duda en mi presencia allí algún rayo de esperanza, imaginando que podría ayudarle a recobrar la libertad. Para gozar un momento de esta idea estuvo acaso al principio sin hablarme.

—He hecho un viaje largo, muy largo, para ver a Ud., Dr. Ceneri.

¡Hay! ¿Si a Ud. le ha parecido largo, que me habrá parecido a mí? Ud. por lo menos puede volver cuando lo desee a la libertad y a la dicha.

Me hablaba en el tono tranquilo de los que ya nada esperan. No había yo podido evitar que mis palabras fuesen frías, y mi voz áspera. Si mi presencia despertó alguna esperanza en su corazón, el tono de mi voz la disipaba. Sabía ya que no había hecho el viaje por él.

—Que pueda yo volver a la dicha o no, depende de lo que Ud. me diga. Ud. comprende que sólo un asunto de la mayor importancia me ha traído tan lejos para ver a Ud. unos cuantos minutos.

Me miró con curiosidad, más no con desconfianza. ¿Qué daño le podía hacer? ¿Para él no estaba ya el mundo terminado? Aunque le acusase yo, no de uno, de cien asesinatos; aunque pasease allí las víctimas a su presencia ¿qué más podría sucederle de lo que le sucedía? El estaba excluido, borrado del libro de la vida: nada podía ya importarle, salvo el mayor o menor bienestar físico. Me estremecí al pensar en la extensión de su infortunio, y a despecho de mí mismo, compadecí vehementemente al desventurado.

—Tengo mucho de importancia que decirle; pero déjeme servirle primero una copa de vino.

—Gracias, me dijo, casi con humildad. Ud. no podrá creer, Mr. Vaughan, que un hombre se vea reducido a tal estado que apenas pueda contenerse a la vista de un poco de carne aseada y un poco de vino.

Todo lo podía yo creer después de haber visto el ostrog. Destapé la botella y la puse de su lado. Mientras comía y bebía, tuve tiempo para estudiarlo atentamente.

Sus sufrimientos lo habían cambiado mucho. Sus facciones se habían acentuado; todos sus miembros parecían más pobres: dijérase que tenía diez años más. Llevaba, hecho todo harapos, el vestido ordinario de los campesinos rusos. Sus pies, envueltos en pedazos de un género de lana, se mostraban a trechos por sus zapatos rotos. En todo él era visible el efecto de sus largas jornadas. Nunca me había parecido hombre robusto, y me bastaba ahora verle para asegurar que cualquiera que fuese la labor a la que dedicara el gobierno ruso, en cuidarlo gastaría más que lo que pudiera obtener de él; pero lo probable era ¡infeliz! que no tuviera que cuidarlo largo tiempo.

No comía vorazmente, aunque sí con un vivo apetito. Bebió poco. Apenas acabó de comer, miró alrededor como buscando algo. Le di mi tabaquera, y un fósforo encendido. Me dio las gracias, y comenzó a fumar con visible placer.

No me atreví en los primeros momentos a inquietar al desdichado: cuando saliera de verme, iba a volver a aquel infierno de hombres. Pero el tiempo corría: del lado afuera de la puerta se oía el paso monótono del centinela: no sabía yo cuanto tiempo permitiría el capitán que se prolongara la entrevista.

Reclinado Ceneri en la silla, con el aire absorto de quien sueña, fumaba lentamente y con deleite, como si quisiera apurar todo el sabor del buen tabaco. Le ofrecí un poco más de champaña. Sacudió la cabeza, se volvió, y fijó en mí la mirada.

—Mr. Vaughan, dijo: si, es Mr. Vaughan! ¿Pero yo, quién y qué soy? ¿Dónde estamos? ¿Es sólo Londres, o Génova, o qué es esto? ¿Despertaré y hallaré que he soñado todo lo que he padecido?

—Temo que no sea sueño. Estamos en Siberia.

—¿Y Ud. no me trae ninguna buena nueva? ¿Ud. no es uno de los nuestros, que viene a riesgo de su vida a libertarme?

A mi vez sacudí la cabeza.

—Haría cuanto pudiese por mejorar su fortuna; pero vengo por un asunto propio a hacer a Ud. algunas preguntas que sólo Ud. puede responder.

—Pregúntemelas. Me ha dado Ud. una hora de alivio en mi miseria. Le estoy agradecido.

—¿Me dirá Ud. la verdad?

—¿Por qué no? ¿Qué tengo yo que temer, qué tengo que ganar, qué tengo que esperar? Los hombres mienten cuando las circunstancias los obligan: un hombre en mi situación no tiene necesidad de mentir.

—La primera pregunta es ésta: ¿qué clase de hombre es, quién es Macari?

De un salto se puso en pie Ceneri. El nombre de Macari lo había vuelto al mundo. Ya no parecía un hombre decrepito. Su voz era fiera y firme.

—¡Un traidor! ¡Un traidor! exclamó. Por él me veo en esta desdicha. A no ser por él, yo hubiera realizado mi intento y escapado. ¡Si fuera él el que estuviera aquí en lugar de Ud! Débil como estoy, hallaría en mi fuerza bastante para apretarle en la garganta el último soplo de vida de su infame cuerpo!

Y se paseaba por el aposento de un lado y de otro a grandes pasos, abriendo y cerrando los puños.

—Cálmese, Dr. Ceneri, le dije. Nada tengo yo que hacer con sus intrigas y traiciones políticas. ¿Quién es? ¿Cuál es su familia? ¿Es Macari su nombre verdadero?

—Jamás le he conocido por otro hombre: su padre era un renegado italiano que envió a su hijo a vivir en Inglaterra para guardar su sangre preciosa del riesgo de verse por la libertad de Italia. Le conocí cuando era joven e hice de él uno de los nuestros. Nos era muy útil su conocimiento perfecto del inglés, y peleó, si peleó en un tiempo como un bravo. ¿Por qué fue traidor luego? ¿Por qué me hace Ud. esas preguntas?

—Ha estado a verme y me asegura que es hermano de Paulina.

Me bastó ver en aquel momento el rostro de Ceneri para desterrar de mí aquella primera mentira de Macari. ¿Y la otra? ¡Ah! la otra, ¿cómo no había de ser también enteramente

falsa? Pero iba yo a oír una revelación terrible al preguntar sobre ella.

—¿Hermano de Paulina? tartamudeó Ceneri. ¡Su hermano! Ella no tiene hermano.

Como de un velo lúgubre se cubrían sus facciones al decirme esto: ¿qué idea se les velaba?

—Dice que es Antonio March, su hermano.

—¿Antonio March? repitió Ceneri trémulo. No hay semejante persona. ¿Qué quería? ¿Cuál era su objeto? me preguntó febrilmente.

—Que yo me uniese a él para solicitar del gobierno italiano la devolución de una parte de la fortuna gastada por Ud. Rompió Ceneri en una risa amarga.

—Ya todo lo veo claro, dijo. Denunció un plan que hubiera podido cambiar un gobierno, nada más que por sacarme de su camino. ¡Cobarde! ¿Por qué no me mató a mí solo, nada más que a mí? ¿Por qué ha hecho sufrir a otros conmigo? ¡Antonio March! ¡Dios mío! ¡ese hombre es un infame!

—¿Está Ud. seguro de que Macari lo denunció?

—Sí, estoy seguro. Lo estaba desde que el del calabozo del lado me lo golpeó en la pared. El tenía modo de saberlo.

—No entiendo a Ud.

—Los presos se hablan a veces por golpes en la pared que separa sus calabozos. El preso que estaba junto a mi calabozo era uno de los nuestros. Mucho antes de que los meses de prisión solitaria lo hubiesen vuelto loco, me dijo muchas veces con sus golpes: “Denunciado por Macari.” Yo lo creía. Era un hombre demasiado leal para acusar sin razón. Pero hasta ahora no podía explicarme el objeto de la traición.

La parte más difícil de mi tarea estaba vencida. Macari no era hermano de Paulina. Ahora, si Ceneri quería decirme, iba yo a saber quien fué la víctima del crimen cometido años atrás, y la razón del crimen; iba a oír, sin duda, que la explicación de Macari era una invención maligna: si esto no oía ¿a qué mi viaje? Es maravilla que me temblaran los labios al ir hablar de lo que decidiría de mi ventura?

—Ahora, Dr. Ceneri tengo que preguntar algo de mayor importancia para mí. ¿Tuvo Paulina un amante antes de ser mi esposa?

Ceneri levantó las cejas.

—Pero Ud. no ha venido de seguro hasta aquí para curarse de una idea velosa.

—No; verá Ud. después lo que quiero decir. Entre tanto, respóndame.

—Tuvo amante, puesto que Macari decía que la amaba, y juraba que la haría su esposa. Pero puedo afirmar con entera certeza que ella jamás correspondió a Macari.

—¿Ni tuvo amores con nadie más?

—No, que yo sepa. Pero sus palabras de Ud. y su agitación me extrañan. ¿Por qué me pregunta Ud. esto? Yo pude obrar mal con Ud., Mr. Vaughan; pero, salvo su estado mental, todo en Paulina la hacía digna de ser esposa de Ud.

—Sí, Ud. obró mal. ¿Qué derecho tenía Ud. para dejarme casar con una pobre loca? Fué Ud. muy cruel con ella y conmigo.

Airado me sentía, y hablé con ira. Ceneri se agitó en su silla inquieto. Si me hubiera movido la venganza, allí la tenía entera: al hombre más vengativo hubiera saciado la contemplación de aquel misero, vestido de harapos, quebrado en alma y cuerpo.

No era vergarme lo que yo quería. Todo en él me revelaba que me decía la verdad al afirmarme que Paulina no tuvo otros amores. ¡De nuevo, como cuando la vi por última vez y la besé en la sien, allí donde empezaba a crecer el cabello rico y fino, caía deshecha en polvo la vil mentira de Macari! Pura era Paulina como un ángel. Pero yo necesitaba saber quien fué aquel cuya muerte tuvo por tanto tiempo velada su razón.

Ceneri me seguía mirando inquieto. ¿Adivinaba lo que tenía que preguntarle?

—Dígame, prorrumpi, el nombre del joven asesinado por Macari en Londres en presencia de Paulina; dígame por qué lo mató!

De una palidez cenicienta se le cubrió instantáneamente el rostro. Allí parecía acabar su vida, encogido en su asiento como un inanimado bulto, sin el poder del habla ni la acción, sin apartar los ojos de mi cara.

—Dígame, repetí... Pero no; voy a recordar a Ud. la escena, para que vea que la conozco bien. Aquí está la mesa; aquí está Macari, de pie junto al hombre a quien ha herido; aquí está Ud.; detrás de Ud. está otro hombre con una cicatriz en la mejilla. En el aposento de atrás, sentada al piano, está

Paulina. Está cantando; pero su canto se interrumpe al caer el hombre muerto. ¿Describo bien la escena?

Yo había hablado con vehemencia. Acompañaba de gestos mis palabras. Avidamente me había oído Ceneri. Con ojos ansiosos había seguido todos mis ademanes. Al indicar yo la posición supuesta de Paulina, volvió hacia allí los ojos, rápidos y aterradores, como si esperase verla entrar. Nada objetó a mi descripción del cuadro.

Aguardé a que recobrase la calma. Parecía un espectro. El aliento le venía a boqueadas. Temí por un momento que allí quedase muerto. Llené un vaso de champaña: lo tomó en su mano temblante, y lo apuró de un golpe.

—¿Su nombre! ¡Dígame el nombre del muerto! repetí. ¿Dígame que relación tenía con Paulina?

Recuperó entonces la voz.

—¿Por qué viene hasta aquí a preguntármelo? Paulina debe habérselo dicho a Ud. Ella debe haber vuelto al juicio, porque si no, Ud. no podía saber esto.

—Paulina no me ha dicho nada.

—No puede ser. Ella ha de habérselo dicho. Nadie más que ella vió el crimen, el asesinato; porque fué un asesinato.

—Alguien más lo vió que Ud. lo olvidó.

Ceneri, asombrado, me miraba.

—Sí, alguien más, por un accidente; un hombre que podía oír, pero cuya vida defendió como la propia mía.

—Dov a Ud. gracias por haberlo salvado.

—¿Ud. me da gracias? ¿Por qué me da Ud. gracias?

—Porque si salvó Ud. la vida de alguien fué la mía. Yo soy aquel hombre.

—Ud. es aquel hombre! Y me miraba más atentamente. Si: ahora recuerdo bien las facciones. Siempre me dije que yo había visto alguna vez su cara. Sí. Entiendo. Soy médico. ¿Le operaron los ojos?

—Me los operaron con éxito.

—Ahora ve Ud. bien; ¿pero entonces? Yo no pude equivocarme: Ud. estaba ciego; Ud. nada veía.

—Nada vi; pero lo oí todo.

—Y Paulina le ha dicho a Ud. lo que sucedió.

—Nada me ha dicho Paulina.

Ceneri se puso otra vez en pie, y volvió a pasear agitado por el aposento. Las cadenas le sonaban al andar. “Yo lo sabía” balbuceó en italiano: “yo lo sabía: aquel crimen no podía quedar oculto.”

De pronto se volvió hacia mí.

—Dígame como ha sabido Ud. esto. Teresa hubiese muerto antes de hablar. Proffert era sin duda el de la cicatriz en la cara, el que había descubierto la traición de Macari.

—¿Se lo dijo a Ud. Macari, ese consumado traidor? No; no puede ser. El era asesino; esa confusión hubiera trastornado sus planes. ¿Cómo lo ha sabido Ud.?

—Yo lo diré a Ud.; pero sospecho que no va a creerme.

—¿No creer a Ud.? ¡Todo lo creeré yo de aquella noche! Jamás he podido librar de ella mis pensamientos. La verdad, Mr. Vaughan, se ha revelado a mí en esta prisión. Yo no estoy condenado a esta vida por un crimen político. Mi sentencia es la venganza indirecta de Dios por la maldad de que fué Ud. testigo.

No; Ceneri no era criminal endurecido, como Macari. A él, por lo menos, le atormentaba la conciencia. Y además, como parecía supersticioso, me creería tal vez cuando le contase la manera con que me fué revelado el crimen.

—Yo lo diré a Ud., repetí, con tal que por su honor se obligue a contarme la historia completa del asesinato, y a responder a mis preguntas plena y sinceramente.

Sonrió con amargura.

—Olvida Ud. quien soy ahora, Mr. Vaughan, pues que me habla de honor. Si: yo prometo todo lo que Ud. me pide.

Y le dije en seguida, cuan brevemente pude, todo lo que había sucedido, lo que había visto. Temblaba al oírme pintar de nuevo la implacable visión.

—No más, no más, me dijo. Bien lo sé yo todo. Miles de veces lo he vuelto a ver, despierto y en sueños; no dejaré de verlo mientras viva. ¿Pero por qué viene Ud. a mí? Ud. me dice que Paulina está recobrando su sentido; ¿ella se lo hubiera dicho todo!

—Nada le hubiera preguntado hasta no haber visto a Ud. Ella ha vuelto al juicio, pero no me conoce: ¿si la respuesta de Ud. no es la que anhelo, jamás me conocerá.

—Si algo puedo hacer para purgar... comenzó ansiosamente.

—Decir la verdad. Escúcheme. Acusé al asesino, al cómplice de Ud. en el crimen. Como Ud., tampoco él lo negó; pero lo justificó.

—¡Lo justificó! ¿Cómo?

Me detuve por un instante. Clavé mis ojos en él para no perder el menor cambio de su fisonomía, para leer la verdad en sus facciones.

—Me dijo que el joven había sido muerto por órdenes de Ud.; que el joven era—¡Dios mío, cómo pude repetirlo!—el amante de Paulina, que la había deshonrado y se negaba a reparar su falta. La verdad! Dígame la verdad!

Gritos eran ya mis últimas palabras. Toda mi calma desapareció al pensar en el villano que con una sonrisa de burla había acusado a Paulina de una infamia.

Ceneri, en cambio, se calmaba a medida que comprendía la gravedad de mi pregunta. Malo como aquel hombre podía ser, aún manchado de sangre inocente, lo hubiera estrechado en mis brazos al leer en su mirada de asombro la pureza sin mancha de mi amada!

—El joven a quien hirió en el corazón el puñal de Macari fué el hermano de Paulina, el hijo de mi hermana, Antonio March.

CAPITULO XIII

CONFESION TERRIBLE

Ceneri, apenas acabó de decirme aquellas inesperadas palabras, echó sus demacrados brazos sobre la ruda mesa, y con un gesto de desesperación hundió la cabeza en ellos. Repetía yo maquinalmente y como estupefacto desde mi asiento: "El hermano de Paulina! Antonio March!" El último vestigio de la calumnia estaba borrada de mi mente; pero el crimen en que Ceneri había estado complicado asumía tremendas proporciones. Más espantable era de lo que yo había sospechado. La víctima era un pariente cercano, el hijo de su propia hermana. ¡Nada podría decirme que disculpase el crimen! Aun cuando no lo hubiese premeditado y ordenado, él lo presencié, él ayudó a borrar todas sus huellas, él había vivido, hasta hacía poco tiempo, en íntima amistad con el asesino. Apenas podía yo reprimir la repugnancia y el desprecio que me inspiraba aquella criatura abyecta. No sabía cómo hallar calma en mi indignación para preguntarle, en palabras inteligibles, el objeto del crimen; pero yo estaba decidido a saberlo al fin todo.

Me ahorré la pregunta. Levantó la cabeza y me miró con los ojos suplicantes.

—Se anarta Ud. de mí. Es justo; pero yo no soy tan culpable como Ud. piensa.

—Antes, dígame todo: las excusas vendrán luego, si hay alguna.

Hablaba como sentía: dura y desdeñosamente.

—Para el asesino no hay ninguna. Para mí, bien sabe Dios que con toda el alma hubiera dejado vivo a Antonio. Abjuré de su patria y la olvidé; pero eso se lo perdono.

—Su patria! La patria de su padre era Inglaterra.

—La de su madre era Italia! me replicó Ceneri en un arranque fiero. Tenía nuestra sangre en sus venas. Su madre era una buena italiana. Ella lo hubiera dado todo, fortuna, vida, hasta el honor, si, hasta el honor lo hubiera ella dado por Italia.

—Bien. El crimen!

Y me narró el crimen. En justicia a un hombre arrepentido, no lo cuento en sus propias palabras. Sin su propio acento de angustia parecían frías e inexpresivas. Culpable fué pero no tanto como yo pensaba. Su gran falta era creer que en la causa de la libertad todas las armas son permitidas, todos los crímenes perdonables. Los ingleses, hombres hechos a decir como nos viene a los labios nuestro pensamiento y a ejercitar la persona en los asuntos públicos, no podemos entender, ni ver con claridad, a unos de esos fanáticos engendrados, como el estallido en una botella de champaña, por la presión constante y violenta. El hombre se abre paso con más fiereza allí donde se le niega más. Libres nosotros, no entendemos las fatigas y crímenes de los demás por serio. Conforme a nuestras ceguedades de partido, ensalzamos al nuestro e injuriamos en todo nuestro leer y entender a nuestros adversarios, especialmente cuando está en ellos el gobierno, y nos parece mejor que esté en nosotros; pero de una u otra manera, aunque nos cubra en Inglaterra el manto real, son nuestros conciudadanos los que nos gobiernan. Vivamos años sobre años a la merced de un extranjero; y entenderemos lo que quiere decir patriotismo en el sentido de Ceneri.

El y su hermana eran hijos de una buena familia de la clase media, no de nobles como me dijo Macari. Le educaron

con esmero, y se hizo médico. Su hermana, de quien había Paulina heredado su gran hermosura, vivió como en Italia viven las jóvenes de su condición; más tristemente vivió sin duda, pues, siguiendo el ejemplo de su hermano, rehusó asistir a la fiesta o goce alguno mientras se pasearon como señores por su tierra los austriacos de casaquilla blanca. Amor vino a sacarla de aquel luto. Un inglés, March, vió a la hermosa niña, se hizo amar de ella, y casada con él se la llevó a Inglaterra en triunfo. Ceneri no perdonó nunca a su hermana por completo; más no halló razón para oponerse a su ventajoso matrimonio. March era muy rico: su padre fué hijo único, y él lo era también, lo que explica que no tuviese Paulina parientes cercanos por parte de su padre. Durante muchos años vivieron felices los esposos, favorecidos con una hija y un hijo, hasta que March murió, cuando la niña tenía diez años y el niño doce. La viuda, a quien sólo podía retener en Inglaterra el amor a su esposo, se volvió al punto a Italia, donde la vieron llegar con alegría cuantos de niñas habían admirado su patriotismo y hermosura. Muy rica era: muy bien la recibieron. Su marido, en los primeros encantos de su pasión, había testado en favor suyo toda su fortuna; y tanto fiaba en ella, que el nacimiento de los hijos no le hizo alterar su voluntad: ¿a qué decir que la esposa de March vió su camino sembrado de amigos?

Antes de conocer a su marido, había ella amado a su hermano por sobre todo en el mundo. Le secundaba en su pasión por Italia; simpatizaba con sus planes; oía con cariño los detalles menores de sus constantes intrigas: él le llevaba algunos años. A su vuelta a Italia, halló a aquel hermano querido trabajando obscuramente, por una paga ruin, de un médico más laborioso que afortunado. ¿Y era aquel el enérgico, el visionario, el osado patriota de quien habían apartado a la italiana los brazos de su esposo? Sólo cuando estuvo convencido de que su estancia en Inglaterra no había entibiado en ella el amor a su patria, le dejó ver Ceneri que aquella humilde apariencia escondía una de las mentes más diestras y sutiles de cuantas por entonces, con fuego de novicios, trabajaban por la libertad de Italia. Recobró entonces Ceneri todo su imperio sobre su hermana. Ella lo admiraba, lo veneraba. ¿Qué le pediría él para Italia que no hiciese ella?

Imposible es decir lo que ella hubiese hecho; pero no es dudoso que en las manos de Ceneri habría puesto sin vacilar, llegada la hora del sacrificio, su fortuna y la de sus hijos. Murió antes, y dejó a su hermano cuanto poseía, como tutor de los niños, con el encargo único, a que le movió el recuerdo de su esposo, de que les diese educación inglesa. Cerró los ojos, y a la merced del tutor quedaron los dos niños.

La madre fué obedecida. Paulina y Antonio se educaron en Inglaterra; pero como no tenía allí la familia muchos amigos y durante la viudez de su madre habían desaparecido los más de ellos, iban siempre a pasar en Italia las vacaciones, con lo que fueron creciendo tan italianos como ingleses. Ceneri administraba su fortuna hábil y honradamente, hasta que, al fin, la hora anhelada vino!

Se preparaba el golpe supremo. Ceneri, que nunca quiso mezclarse en intrigas de poca cuenta, sintió que era aquel el instante de hacer por la patria cuanto le fuese dable. Saludó al héroe. Garibaldi iba a salvar al país oprimido. La fortuna había preñado el primer atrevimiento. Tiempos y hombre se juntaron. A rebato, a millares venían los reclutas al campo de la guerra. "Dinero!" se decía de todas partes. Dinero para armas y municiones, para provisiones y vestidos, para comprar a los enemigos y a los traidores, para todo dinero! Puesta ya en aquel punto por los hombres de pensamiento la redención de los italianos, los que pusieron en manos de los bravos los recursos de guerra serían los redentores verdaderos!

¿Por qué había él de dudar? ¿No hubiera dado su hermana en caso semejante todo cuanto poseía, y su vida? ¿No eran sus hijos italianos de madre? ¡La libertad no reparaba en tales pequeñeces! Salvo unos cuantos miles de libras, todo lo malvendió y virtió Ceneri en las manos que imploraban dinero con qué tener en pie a los soldados de Italia. Donde más se le necesitó, fué empleada la riqueza toda de los niños, y Ceneri mantenía que sin su ayuda, Italia aquella vez no hubiera sido libre. ¿Quién sabe? Acaso tenía razón.

Titulos y honores le ofrecieron luego por aquel grande y llamado servicio, e involuntariamente sentí respeto por Ceneri al saber que los había rehusado todos: su conciencia tal vez le decía que no tenía derecho a ellos; no era suyo lo que había sacrificado por la patria. Ello fué que no pasó de ser el doctor Ceneri, y ni amigos ni jefes reconoció en los vence-

dores, cuando vió que Italia iba a ser un reino, nó una república. Había guardado solo unos miles de libras. ¡Su patriotismo permitió al menos a Ceneri reservar lo necesario a sus víctimas para acabar su educación y comenzar la vida! Era ya tal la hermosura de Paulina que su suerte no debía ser motivo de mayor inquietud: un matrimonio rico le aseguraba el bienestar. Pero Antonio, que ya las daba de mozo alocado y terco, Antonio era otra cosa! Había resuelto Ceneri, no bien llegase a la mayor edad, confesarle su robo, decirle como había gastado su riqueza, pedirle perdón, soportar, si era necesario, la pena de la ley. Pero mientras le fué quedando aún algo del caudal, demoró hacerlo. No mostraba el joven la menor simpatía con los ardores revolucionarios de su tío, ni la menor desconfianza de él; y seguro de que, al entrar en edad, vendría a sus manos, aumentada por el económico manejo, una generosa fortuna, gastaba tan a raudales el dinero que Ceneri se vió pronto en agonías para saciarlo.

Y demoraba su confesión, mientras tenía aún a mano algunos fondos. A él también le ocurrió el plan en que Macari quiso asegurar mi ayuda; pero la demanda hubiera tenido que hacerse en nombre del sobrino despojado: Antonio hubiera tenido que saberlo.

El miedo de Ceneri era mayor mientras más cercano estaba el instante de la revelación inevitable. Había estudiado el carácter de Antonio, y estaba cierto de que su único deseo sería vengarse del tutor desleal que echaba abajo sus sueños de riqueza. Ya Ceneri no veía delante de sí más que una ignominiosa condena de la ley, ciertamente merecida: y si la justicia de Inglaterra no podía alcanzarle, la de su propio país podría.

Creo que hasta aquella época no había hecho Ceneri a sus propios ojos cosa de que no le absolviese su patriotismo; pero fué creciendo en él luego el deseo de librarse del castigo, y determinó esquivar la consecuencia de su conducta.

Nunca había mostrado afecto por sus sobrinos, y ya en los últimos tiempos se le aparecían de seguro como dos inocentes engañados que algún día le pedirían cuenta del delito. Conservaban, además, demasiado del carácter de su padre, para que él se sintiese muy inclinado a ellos. A Antonio no los despreciaba por frívola y estéril vida, vida sin aspiración ni objeto, vida de gozador egoísta, tan distinta por cierto de la suya. Creía Ceneri honradamente que trabajaba por bien del mundo; que sus conspiraciones y proyectos aceleraban la victoria de la libertad universal. Era en los escondidos círculos de los conspiradores europeos persona de considerable importancia. Su ruina o su prisión privaría a sus coaligados de un hombre útil. ¿No tenía él el derecho de mirar por sí, pesando de un lado su vida encaminada a altos propósitos, y de otro la existencia de mariposa de su sobrino? Así raciocinaba y se persuadía de que, por el bien de la humanidad, apenas había cosa que no le fuera lícita para salvarse a sí mismo.

Antonio March tenía entonces veintidos años. Confiado en su tío, descuidado y ligero, había aceptado, mientras nada le faltó para sus necesidades, las excusas con que Ceneri demoraba el rendimiento de sus cuentas. No se supo si algún detalle excitó sus sospechas; pero cambió de pronto de tono, e insistió en que al instante fuese puesta en sus manos su fortuna. Ceneri, a quien sus planes retenían por entonces en Londres, le aseguró que antes de salir de Inglaterra lo dejaría todo explicado.

En verdad, la hora de la explicación había llegado ya: las últimas sumas pedidas por Antonio habían poco menos que agotado el escaso remanente de su fortuna paterna.

Pero Macari ¿qué tenía que hacer en todo esto? Había sido durante años un útil y fiel agente de Ceneri, aunque probablemente no le animaban los desinteresados y nobles móviles de éste. Parecía ser uno de esos traficantes en conspiraciones, que entran en ellas por el dinero que de ellas pueden sacar. Y aquella bravura suya, que dicen que fué cierta, con que peleó y se distinguió en Italia, la explicaba bastante la indómita ferocidad de su naturaleza, que era de las que en el pelear hallan agradable empleo.

Como en todos los planes de Ceneri estaba mezclado, iba a su casa a menudo, donde quiera que su vida errante lo tuviese, y allí veía a Paulina, a quien requería de amores desde que era aún niña, que sus artes apasionadas conseguían mover en su favor a la encantadora criatura. Con ella era él bondadoso y sumiso, y Paulina no tenía por qué desconfiar de él; pero no le negó siempre tenazmente su cariño. Años duraba ya aquella persecución. Macari era la constancia misma. Paulina le repetía en vano su determinación: Macari renovaba sus demandas.

Ceneri no lo animaba en ellas, pero no quería ofenderlo,

como veía que Paulina lo rechazaba de todas veras, dejaba a sí mismas las cosas, creyendo que Macari se cansaría al fin del vano empeño. No creía Ceneri que Macari solicitase a Paulina por la fortuna que ésta pudiese llegar a tener: que tanto adivinara él de donde provinieron aquellas riquezas verdaderas por Ceneri en las arcas de los patriotas.

Paulina estuvo en el colegio hasta que iba ya a cumplir diez y ocho años: de entonces hasta los veinte, suspirando siempre por Inglaterra, vivió con su tío en Italia. Rara vez veía a Antonio, pero lo quería con pasión, por lo que tuvo grande alegría cuando Ceneri le dijo que sus negocios lo llamaban a Inglaterra, e intentaba llevarla. Se vería libre de la persecución fatigosa de Macari, y volvería a ver a su hermano.

Ceneri, quería recibir sin estorbos a toda hora a sus numerosos amigos políticos, alquiló por un plazo breve una casa amueblada. Paulina no ocultó su disgusto al ver entrar en su casa de Londres a Macari, tan necesario entonces a Ceneri que le fué dado un aposento en la casa. Y como también Teresa, la criada de Ceneri, había venido con ellos desde Italia, no cambió mucho con la vuelta a Inglaterra la existencia de Paulina, perseguida sin descanso por Macari, que a fin ya de recursos, concibió el de conciliarse la ayuda de Antonio: ¿qué no haría Paulina que Antonio le pidiese? No era él amigo particular del joven; pero tuvo una vez ocasión de servirle en un caso de apremio, por lo que se juzgaba con derecho a ser servido a su vez de él. Y como sabía que los hermanos eran pobres, vaciló aún menos en entablar su demanda.

La entabló. Antonio, que parece haber sido un mancebo soberbio y de modos ásperos, rió de la impertinencia y despidió a Macari. ¡No sabía el pobre joven lo que iba a costarle aquella risa!

Acaso fué la réplica iracunda de Macari, que lívido de cólera salió de la entrevista, lo que hizo entrar a Antonio en miedo sobre la situación de su fortuna. Escribió en seguida a su tío, exigiéndole un arreglo definitivo e inmediato. A la menor demora consultaría a un abogado, y perseguiría, si era preciso, criminalmente a su tutor.

Era, pues, aquel el instante temido por Ceneri sólo que ahora, en vez de haber sido espontánea, la confesión iba a ser forzada y violenta. Con qué ley le perseguiría, la italiana o la inglesa, lo ignoraba Ceneri; pero Antonio lo perseguiría por la ley. Su prisión en aquellos momentos haría venir por tierra el plan laborioso que estaba entonces tramando. ¡A toda costa era preciso que Antonio March se estuviese en paz por algún tiempo!

¿Cómo? Ceneri me aseguró, con la solemnidad de un moribundo, que jamás pensó en el medio terrible con que fué llevado a cabo. Muchos proyectos revolvió en la mente, hasta que al fin se fijó en uno, que aunque difícil, tenía probabilidades de éxito. Con ayuda de sus amigos y subordinados sacaría a Antonio de Inglaterra, y lo tendría por algún tiempo en un asilo de dementes. Que esto se hace por el mundo, lo saben los que leen atentamente crónicas de tribunales. La detención sería sólo temporal; pero aunque Ceneri no me lo confesó, sin duda hubiera exigido a Antonio como precio de su libertad la promesa de perdonarle el uso fraudulento de su fortuna.

Y este plan ¿cómo iba a ser llevado a cabo? Macari, en quien pedían venganza las no olvidadas injurias de Antonio, estaba muy dispuesto a ayudar en todo. Petroff también, en cuerpo y alma: el hombre de la cicatriz era un esclavo del Doctor. Teresa, cualquier crimen hubiera cometido si su amo se lo mandaba. Los papeles, se obtendrían o se falsificarían. Los conjurados atraerían al joven a visitarlos a la casa de la calle Horacio, y Antonio saldría de allí como un demente que va bajo la guardia de sus cuidadores y su médico. Era una vil y alevosa trama, de dudoso éxito, pues la víctima había de ser llevada a Italia. Como, Ceneri mismo no me lo sabía explicar: acaso no había meditado todos los detalles del plan: tal vez haría beber un narcótico a Antonio; tal vez confiaba en que la exaltación en que le pondría el suceso diese apariencia de verdad a la invención de su locura.

Ante todo era preciso inducir a Antonio a que viniese a la calle Horacio, a una hora oportuna. Ceneri hizo sus preparativos, repartió la labor entre sus cómplices, y escribió a su sobrino que viniera: “Ven esta noche; te explicaré todo lo que desees”.

Puede ser que Antonio desconfiase más de su tío de lo que éste sospechaba. No aceptó la invitación; sugirió que su tío fuese a verlo. Macari aconsejó entonces valerse de Paulina para hacer venir a Antonio a la casa fatal. No mostró Ceneri

la menor preferencia respecto al lugar de la entrevista; pero estaba tan lleno de ocupaciones que sería dentro de uno o dos días. Dijo a Paulina que tenía que hacer hasta tarde la noche siguiente, de modo que era buena ocasión para que se viese con su hermano: "Dile que venga, y haz por tenerle aquí hasta que yo vuelva, porque quiero verlo."

Paulina, sin sospechar nada, escribió a su hermano que, como estaría sola hasta tarde aquella noche, viniese a verla. o si quería, la llevase al teatro. Vino, y la llevó al teatro: eran más de las doce cuando entraban de vuelta en la casa. Sin duda Paulina le rogó que estuviese aún con ella algún tiempo. Antonio, tal vez contra su deseo, aceptó. Tremendo como fue para Paulina el golpe que pocos momentos después le perturbó la razón, más debió aún añadir a su horror el pensamiento de que sus mismos ruegos habían traído a su hermano la muerte.

Solos estuvieron por algún tiempo hermano y hermana, hasta que Ceneri, con sus amigos, entró en el aposento. El encuentro disgustó a Antonio, pero saludó a su tío cortésmente. A Macari le volvió la espalda.

No quería Ceneri que se hiciera la menor violencia a Antonio delante de Paulina. Lo que había de hacerse, se haría al salir Antonio de la casa. Allí podrían echarse sobre él, ahogar sus gritos y llevarlo al sótano. Nada debía saber Paulina: Ceneri tenía dispuesto que a la mañana siguiente fuese a casa de una de sus amigas, con quien debía quedarse, sin conocer el motivo que llevaba lejos de Inglaterra tan súbitamente a Ceneri y sus amigos.

—Paulina, dijo Ceneri: ¿por qué no te recoges? Antonio y yo tenemos que hablar de negocios.

—Esperaré hasta que Antonio se vaya, dijo; pero si Uds tienen que hablar, me iré al otro aposento.

Y en él entró y se sentó al piano, donde empezó a distraerse tocando y cantando.

—Es demasiado tarde para hablar de negocios esta noche, dijo Antonio, no bien salió Paulina.

—Mejor es que aproveches esta ocasión. Mañana mismo tengo que salir de Inglaterra.

No deseaba Antonio ver de nuevo en viaje a su tío sin saber de él el estado de su fortuna, por lo que volvió a sentarse.

—Bien, dijo; pero no creo necesaria la presencia de personas extrañas.

—No muy extrañas, Antonio. Son amigos míos, y están aquí para responder por la verdad de lo que voy a decirte.

—No he de soportar que se hable de mis asuntos delante de un hombre como ese, dijo Antonio, con un movimiento de desprecio hacia Macari.

Conversaban los dos en voz baja. Paulina no estaba lejos, y ninguno de los dos quería alarmlarla; pero Macari oyó la frase y vio el gesto. Lameaban sus ojos al inclinarse hacia Antonio amenazante.

—Puede ser que dentro de pocos días me dé Ud. de muy buena gana lo que me negó hace poco tiempo.

Ceneri observó que la mano derecha de Macari descansaba entre las solapas de su levita; pero como ésta era actitud familiar en él, no le dió importancia alguna.

No quiso Antonio responder. Volvió el rostro con ademán de absoluto desdén, ademán que sin duda encendió aún más el furor de Macari.

—Antes de hablar de ninguna otra cosa, dijo Antonio a su tío, insisto en que desde hoy quede Paulina a mi cuidado. Ni ella ni su fortuna han de venir a parar a las manos de un grosero rufián italiano, como ese hombre a quien llama Ud. su amigo.

Antonio no volvió a hablar sobre la tierra. Macari adelantó un paso hacia él: ni una exclamación, ni un voto. Fieramente asido por su mano derecha saltó el brillante acero de su escondite, y al verlo Antonio y echarse atrás en la silla para huirlo, cayó de arriba el golpe con toda la fuerza de aquel firme brazo. Entró el puñal por debajo de la clavícula. Le partió el corazón. ¡Ya Antonio March callaba para siempre!

Entonces, al caer, cesó de pronto el canto de Paulina. y su grito de horror rompió los aires. Desde su asiento en el piano pudo ver lo que había sucedido. ¿A quién asombrará que el espectáculo le sucediese y nublase el juicio?

Macari estaba en pie, junto a su víctima. Ceneri contemplaba estupefacto el crimen que ahorraba la ejecución de su proyecto. Solo Petroff aparecía sereno. Iba la vida en que Paulina callase. La vecindad entera se alarmaría a sus gritos. Se fue sobre ella, y echándose por sobre la cabeza un cubresofá de lana, la retuvo, semiahogada, por la fuerza, sobre el diván del aposento.

Entonces fué cuando entré yo en el cuarto, desvalido y

ciego; pero, a los ojos de aquellos hombres, un mensajero de la celeste venganza. Macari mismo se estremeció a mi presencia. Ceneri fué el que, obedeciendo al instinto de conservación, sacó el revólver, y lo montó: él, quien entendió mi suplica y abogó por mi vida; él, me dijo, quien me salvó.

Macari, vuelto pronto de su sorpresa, insistía en que compartiese yo la muerte de Antonio March. Ya estaba por el aire su puñal, pronto a sacar del mundo otra vida, cuando Petroff, obligado por el nuevo aspecto de la escena a abandonar a Paulina, se abalanzó a mi cuello y me retuvo encorvado sobre el cadáver. Ceneri desvió el brazo de Macari, y me libró de morir. Examinó mis ojos, y declaró que estaba ciego. No había allí tiempo para recriminaciones; pero juró que no se comería otro asesinato.

Petroff le secundó, y cedió Macari, con tal de que se hiciera conmigo lo que se hizo. El narcótico me lo hubieran dado al instante, si lo hubiesen tenido a la mano. Despertaron a Teresa, y ella fué a buscarlo. Los cómplices no osaban apartarse de mí; por eso me forzaron a sentarme, y oi su faena.

¿Por qué no denuncié Ceneri el asesinato? ¿por qué, a lo menos, ayudé después de él al asesino? Sólo puedo creer que era más malvado de lo que se pintaba, o que le aterró su parte en el delito; porque el plan que él meditaba, era poco menos criminal que la puñalada de Macari: ningún tribunal que conociese la suerte que en sus manos había llevado el caudal del muerto le habría absuelto. Acaso él y Petroff, manchado sin duda con la sangre de crímenes políticos, tenían en poco la vida humana; y, comprendiendo que no les mostraría merced la justicia en un proceso, unieron su fortuna a la de Macari, y todos juntos se dieron a burlar las pesquisas y esconder las huellas del asesinato. Desde aquel instante, apenas hubo diferencia de grados en la culpa de aquellos tres hombres.

Así ligados, no dudaban del éxito. A Teresa hubo que decir la verdad; pero Teresa veía con tales ojos a Ceneri, que si en diez asesinatos le hubiera pedido ayuda, en los diez se la hubiera dado. Ante todo, tenían que libertarse de mí. Ceneri no quería fiarme a las manos de Macari. Petroff salió, y volvió con un carruaje retardado. Pagaron bien al cochero que les dejó usar el carruaje por una hora y media. Era aún de noche y pudieron sacarme de la casa sin ser vistos. Petroff me llevó lejos, y me dejó en la acera insensible, después de lo cual devolvió el carruaje a su dueño, y se reunió a sus compañeros.

Los gemidos de Paulina habían ido cesando gradualmente, y más que espantada, parecía muerta. Ella era el mayor peligro para los tres hombres. Hsta que volviese en sí nada podrían hacer, sino dejarla en su alcoba bajo la vigilancia de Teresa. Luego decidirían.

Pero ¿qué harían del muerto? Era indispensable hacerlo desaparecer. Muchos planes discutieron, hasta que a uno al fin le hallaron condiciones de éxito, por su misma audacia. Nada aterraba ya a aquellos tres hombres.

En las primeras horas de la mañana enviaron una carta a la casa de Antonio, anunciando que el joven había caído gravemente enfermo la noche anterior, y estaba en casa de su tío. Esto prevenía toda pesquisa por aquella parte. Y en la casa del tío, el infeliz fué compuesto de modo que pareciese haber muerto de enfermedad natural. Falsificaron una certificación de médico: Ceneri no me dijo cómo obtuvieron la plantilla: el médico que la llenó desconocía su objeto.

Dieron orden a un muñidor de que enviase un ataúd, y una caja de madera en que ajustarse, aquella misma noche; y en presencia de Ceneri fué colocado el cadáver en la caja, explicando aquella prisa y desnudez con la excusa de que estos preparativos eran meramente temporales, pues el cuerpo iba a ser llevado de Inglaterra para enterrarse allí solemnemente. El muñidor estaba bien pagado, y fué prudente. Cumplidas así, con ayuda de la certificación falsa, las formalidades principales, los tres cómplices, dos días después del crimen, iban camino de Italia, vestidos de luto, acompañando el cuerpo de su víctima. No hubiera habido razón para detenerlos: ni en el aspecto de los dolientes, ni en las circunstancias del caso, parecía haber nada sospechoso. Llevaron el ataúd a la ciudad misma en que había muerto la madre de Antonio, y junto a ella enterraron a su hijo, y en la lápida hicieron grabar su nombre y la fecha de su muerte. De todos estaban ya libres, excepto de Paulina.

¿De ella también estaban libres! Cuando por fin despertó de su estupor, esta. Teresa pudo entender que sucedía en ella algo extraordinario. Nada decía de lo que había visto: no preguntaba nada: nada de lo pasado recordaba. En obediencia a órdenes de Ceneri, Teresa la llevó, tan pronto como fué posible, a reunirse a él en Italia. Macari había privado al hermano de la vida, y de la razón a la hermana. Continuará.



CANAS

El Agua de Colonia "LA CARMELA"

es un producto digno de toda confianza. Reúne las siguientes propiedades características que son las que la distinguen de todas sus imitaciones:

1. Devuelve al cabello canoso su color natural exacto: rubio, castaño o moreno.
2. Es absolutamente inofensiva.
3. Es de uso sencillísimo, pues no requiere lavados de cabeza: se aplica al peinarse, como cualquier loción.
4. No engrasa ni mancha en lo más mínimo la piel ni la ropa.
5. Higieniza el cuero cabelludo y disuelve la caspa en 4 días.

Unas cuantas gotas de Agua de Colonia "La Carmela", usadas como loción en el momento de peinarse, devuelven a los cabellos el color primitivo de los veinte años. No es tintura.

Pruebe con un frasco: nos agradecerá el consejo.

Precio del frasco \$ 18 m/

En venta en todas las farmacias y perfumerías.

Agua de Colonia Higiénica
“LA CARMELA”

Agentes exclusivos para Chile: DROGUERIA DEL PACIFICO S. A. - Suc. de Daube & Cia



CINZANO

VERMOUTH